

GENEALOGÍA

DE GIL BLAS DE SANTILLANA

CON UNO

DE SUS DESCENDIENTES

DE LOS

DON ALFONSO BLAS DE LERIA.

GENEALOGÍA

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

TOMO II

CON LICENCIA

DE SU ALCALDE DON JUAN DE LERIA.

EN EL AÑO DE 1792.

GENEALOGIA
DE GIL BLAS DE SANTILIANA.

GENEALOGÍA
DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

CONTINUACION

DE LA VIDA DE ESTE FAMOSO SUGETO,

POR SU HIJO

DON ALFONSO BLAS DE LIRIA.

RESTITUIDA

A LA LENGUA ORIGINAL EN QUE SE ESCRIBIO

POR EL TENIENTE CORONEL

D. BERNARDO MARIA DE CALZADA.

TOMO II.



CON LICENCIA.

MADRID, EN LA IMPRENTA REAL.

AÑO DE 1792.

GENEALOGIA

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

CONTINUACION

DE LA VIDA DE ESTE FAMOSO SUJETO,

POR SU HIJO

DON ALFONSO BLAS DE LÍRIA.

REVISADA

A LA LENGUA ORIGINAL EN QUE SE ESCRIBIÓ

POR EL YRMINISTO CORONEL

D. BERNARDO MARIA DE CALZADA.

TOMO II.



CON LICENCIA.

MADRID, EN LA IMPRENTA REAL.

AÑO DE 1792.

de Blas
de Gil Blas & las tierras de Xi-
de Blas

TABLA

DE LOS CAPITULOS

LIBRO CUARTO.
CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- GARTURO I. La vida de Don Ber-
CAPITULO V. *Insolencia de un bri-
bon de fortuna. Exemplo de un va-
lor modesto en la historia de Casa-
blanca* Pag. 1.
- CAP. VI. *Intentan asesinar al Señor
Scipion. La conjuracion se descubre,
y los cómplices se castigan.* 25.
- CAP. VII. *Muerte del Obispo de Oa-
xaca. Su testamento.* 43.

LIBRO TERCERO.

- Virey
CAPITULO I. *Cae enfermo Don San-
cho. Causa y consecuencia de su
enfermedad.* 80.
- CAP. II. *Que podrá leerse, ó pasar-
se en claro.* 101.
- CAP. III. *Continuacion de la historia*

de Blas por Moscada. Derecho
de Gil Blas á las tierras de Xi-
menez. 140.

LIBRO CUARTO.

CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

CAPITULO I. <i>La vida de Don Ber-</i> <i>nardo Ximenez.</i>	159.
CAP. II. <i>Continuacion del precedente.</i>	198.
CAP. III. <i>Libra Don Sancho al Conde</i> <i>de Leyva de un gran peligro.</i>	219.
CAP. IV. <i>Llegada de Don Alfonso á</i> <i>Madrid.</i>	226.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO I. <i>Que enfermo Don San-</i> <i>cho. Causa y consecuencia de su</i> <i>enfermedad.</i>	80.
CAP. II. <i>Que podrá llevarse á par-</i> <i>te en claro.</i>	101.
CAP. III. <i>Continuacion de la historia</i>	

VIDA
DE D. ALFONSO BLAS DE LIRIA,

HIJO DE GIL BLAS DE SANTILLANA,

En la qual se completa la obra de su famoso padre.

CONTINUACION
DEL LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO V.

*Insolencia de un bribon de fortuna. Exemplo
de un valor modesto en la historia
de Casablanca.*

Ya que estuvimos solos, me habló el Virey en estos términos: Señor Scipion, quizá sospechareis que, en el puesto que ocupo, no tanto atiendo al quimérico honor del Vireynato, quanto á las sólidas ventajas que le son anexas. Habeis acertado si lo presumis; pues, en efecto, su Magestad me ha conferido este mando para com-

poner los negocios de mi casa, que mi padre me dexó en malísimo estado, por no haber tenido tiempo, antes de morir, de reparar lo gastado, para gloria de la Corona, en una Embaxada larga y dispendiosa. Os tengo por hombre muy inteligente en el comercio, y sé que en él puede ganarse mucho; pero sería impropio de mi dignidad ponerme á Comerciante. Hállome con una buena suma de dinero, y quisiera hacerlo valer, sin comprometimiento de mi carácter, ni darme á conocer. ¿Querriais hacer por mí este negocio? No dudo que trabajaríais en él con igual zelo que si fuese para vos mismo. El digno Obispo, que os ha recomendado con tanto amor, no lo hubiera hecho, á no conocer substancialmente vuestra providad y talento.

Respondí á su Excelencia, que mandase quanto quisiese, y que, por las resultas, veria quan justificada quedaba la honrosa opinion que el buen Obispo tenia de mi providad. Así lo creo, repuso el Virey; dexaos ver por la mañana algo temprano.

Despedido del Virey , continuó S. E. hablándome hasta la puerta del gabinete: entró en la sala de audiencia , despidió á todos los cortesanos con un saludo , y se volvió á entrar. Yendo yo hácia la escalera , oí que decía uno en voz alta : *paso, paso, que viene el Excelentísimo Señor Don Scipion*. Volvime al que hablaba , y le dixe , que la envidia solo atormentaba al envidioso ; y continué andando , con desdenosa sonrisa , á tomar el coche , que me aguardaba á la puerta del Palacio. Al tomar el estribo sentí que me agarraban por el brazo. (Era mi mismo hombre.) *Señor buhonero* , me dixo con ayre arrogante, quisiera que me explicaseis lo que acabais de decirme. ¿ Pensais , acaso , que un hombre de mi nacimiento puede envidiar á un gusano como vos ?

En buena fe que se me da poco , le respondí , de qué me querais bien , ó me envidieis : os aseguro que es cosa que no me pasa por el pensamiento. Diciendo así , arrancó el coche , y me retiré tan picado que , á no haberme socorrido la reflexión ,

le hubiera respondido en unos términos correspondientes á la ofensa.

Apénas entré en casa , preocupado el ánimo con la insolencia de aquel desconocido , quando me dixéron que un sugeto quería hablarme. ¿ Creeríais que fuese todavía aquel mismo descarado ? A su vista toda mi colera , aun no sosegada , se despertó , y empezó á herbirme la sangre en las venas. Con todo , me esforcé á mostrarme sosegado , y le pregunté cortesmente ¿ qué habia en que servirle ?

Me he incomodado en venir aquí , respondió , para deciros , Señor mio , que el Caballero Scipion es un gabacho impertinente. Por caridad le aconsejo que otra vez se guarde de perder el respeto á personas como yo , y aprenda lo que debe á las gentes distinguidas ; porque , de nó , tenemos criados que saben manejar el garrote , y aun esto es mucho para hombres como él , pues ningun sugeto de circunstancias se envileceria tanto que le pusiese las manos encima.

Y vuestra Señoría , le pregunté con la

ir-

irritacion que dexa conocerse, ¿querria humillarse á decirme quién es el personage á quien debo tan saludables avisos?— *Don Policarpio, Guillelmo, Julian, Henriquez, Pintero, y Casablanca*, es quien os los da.— Pues bien, repliqué: decid de parte mia al *Señor Don Policarpio, Guillelmo, Julian, Henriquez, Pintero, y Casablanca*, que es un pícaro canalla. Proferir esto, darle un arrempujon, y con la puerta en los hocicos, todo fué uno.

Desde allí pasé á mi factoría, donde estaban mi tenedor de libros, y quatro ó cinco escribientes. El primero conoció que yo iba algo desabrido. Preguntóme luego el motivo, por no estar acostumbrado á verme así. Díxele naturalmente lo que habia, y le pregunté tambien, si sabia quién era aquel atolondrado que se pregonaba hombre tan distinguido — ¡Bella pregunta por cierto! me dixo con una risa burlesca. Vos sereis quizá el único que no lo conozeais, ó de vista, ó por su fama. No se le puede disputar la antigüedad de su origen. Por poco que profundizaseis en su

genealogía, veriais que el que fué tronco de su casa y familia, no solamente fué el mas grande hombre, sino el mas virtuoso que hubo en el mundo: verdad es que su virtud quedó perjudicada con su ambicion.

Por Dios que me digais, repuse, quién fué ese grande hombre, que transmitió un nombre tan ilustre á la raza de Casablanca.— Imposible es, replicó mi tenedor de libros, que no hayais oido hablar de él baxo el nombre del Señor Don Adan, á quien el Todo-poderoso dió la soberanía de la tierra, y dotó de inmortalidad y de inocencia, y quien, por haber perdido esta última, deseoso de saber mas de lo que le fué permitido, se vió luego despojado de los otros dos dones.— Entiendo muy bien todo eso, repliqué; pero decidme los nombres de sus antepasados mas inmediatos, sus empleos, sus bienes &c.

Pues su abuelo, prosiguió el tenedor, fué maestro zapatero en Castilla; pero, como algo torpe en su oficio, tenia poco que trabajar. Determinó, qual hombre prudente, mudar de profesion, y sentó

pla-

plaza de soldado. Todavía me acuerdo de haberlo conocido , siendo yo muy muchacho ; y os puedo asegurar que en mi vida he visto hombre de mejor persona. Era alto , bien proporcionado , ayroso , alhagüeño , tenía bellos modales , cara ovalada , fisonomía atractiva , aunque respetable , nariz mediana , frente espaciosa y abultada , boca pequeña , dientes blancos é iguales , tez harto delicada para hombre , ojos negros , grandes y vivos , pelo casi negro , largo , poblado , y que le caía en rizos sobre la espalda , y voz varonil y sostenida. Sobre todas estas perfecciones del cuerpo , tenía además ingenio pronto , sólido juicio , natural afable y agasajador , y era , finalmente , hombre reflexivo y buen soldado. En mas de una ocasión dió pruebas de valor extraordinario en los Exércitos de su Magestad contra los infieles de Europa , y particularmente en la famosa batalla de Lepanto , en la que se distinguió mucho , y sobre todo en el abordage de una galera Turca , pues sostuvo

solo el combate contra los infieles, hasta dar tiempo á los suyos para que acudieran á su socorro, con el que se hizo dueño de la galera.

Don Juan de Austria, que era el Generalísimo, preguntó, despues del combate, si aquel valeroso soldado habia escapado del furor de los infieles. Respondiéronle que sí, y que era del Regimiento de S. A., quien volvió á preguntar si lo habian herido; y como le dixesen, que lo habia sido tan ligeramente que no guardaba cama, no contextó el General con mas que con decir: *yo me alegro.*

Notando Don Juan al dia siguiente, que nadie le hablaba de aquel soldado, lo envió á llamar, y lo elogió mucho en presencia de todos los Generales. Seguidamente lo gratificó con una bolsa de zequines; y nõ se ciñó á esto solo su generosidad, porque tambien le dió en propiedad todo lo que era del Comandante de la galera Turca apresada. Despues le concedió su licencia, y le entregó una carta para el Rey, con orden de partir luego á Madrid,

drid , y de ponerla en mano propia de su Magestad.

Marchó con la mayor diligencia , y , llegado que fué á la Corte , se presentó al Gentilhombre de Cámara de servicio , á quien dixo , que tenia que entregar al Rey una carta de Don Juan de Austria ; y de resultas tuvo pronta audiencia.

Contentísimo se mostró el Rey del contenido de la carta. Dió á besar su mano al soldado , y le mandó que volviese de allí á ocho dias , añadiéndole , que se presentase en derecha al Gentilhombre de la Cámara para que le avisase.

Llegado este tiempo , le mandó su Magestad entrar , y seguidamente le ordenó que le hiciese una relacion circunstanciada del combate. En obediencia del mandato dixo : que quanto podia referir era , que las tropas del Rey habian acometido á los infieles , que los habian vencido , y ganado sobre ellos una señaladísima victoria , con la asistencia divina , que esperaba acompañaria siempre á las empresas de su Magestad ; y que él , como

simple soldado , solo atendió á recibir y executar las órdenes de sus Oficiales.

Muy bien , dixo el Rey : tú haces ver que el verdadero valor nunca se aparta de la modestia. Tambien se dignó su Magestad preguntarle , de dónde y qué era antes de sentar plaza. A todo respondió muy sencillamente al Rey; quien añadió: la verdadera nobleza no tanto viene de la sangre quanto de la virtud: ve desde aquí á la Secretaría de Guerra , que ya tengo dadas mis órdenes al Ministro , y preséntate esta noche en la antecámara.

Fué inmediatamente á la Secretaría , y no le embarazáron la entrada. El Ministro dió algunos pasos para recibirlo, y lo abrazó. Encontrábanse allí muchos Oficiales Generales y Coroneles. Hizo, en presencia de todos, el elogio de aquel soldado en términos tales , que casi lo abochornó. Luego , volviendose á él , le dixo , que tenia órdenes particulares del Rey concernientes á su persona. Es la gran máxima de su Magestad , continuar á los hombres de valor con beneficios. Presen-

taos aquí mañana á esta misma hora , y entraos en derechura á mi gabinete , que yo cuidaré de despacharos con brevedad.

En la segunda audiencia le entregó el Ministro unos títulos de nobleza , y comision para levantar una Compañía franca de cien hombres , con destino á México, cuyo Comandante se le nombraba. Una Compañía sobre aquel pie valia tanto como un Regimiento en España ; y era ciertamente un señaladísimo favor que el Rey le hacia. A todo esto añadió el Ministro una orden de la Secretaría de Hacienda, para que un banquero aprontase las sumas necesarias , así para reclutar la gente, como para vestirla; y su Magestad le dió mil doblones para su equipage particular , terminandose todo con encomendarle , que se presentase á menudo en la Corte , mientras estuviese en Madrid.

Fué puntualísimo en cumplirlo , sin olvidar su principal asunto , que era el alistamiento de la gente. Esto no le fué difícil en un pueblo como Madrid; y mas habiéndose encontrado con dos antiguos

camaradas suyos, á quienes hizo Sargentos, porque eran hombres de resolucion, y nada lerdos en la farandula de reclutar. En pocos dias le subministró con que completar su Compañía la Puerta del Sol, y la Plazuela de Santo Domingo.

Ya que la tuvo formada, se lo participó al Ministro de la Guerra, quien, maravillado de su prontitud, dió parte al Rey.

Al dia siguiente en Palacio, al salir su Magestad de Misa, le mandó, que pudiese en marcha su Compañía para Cadiz, á las órdenes de los Subalternos que habia elegido, para que se embarcaran en la flota que iba á dar la vela, y que él los siguiera quando quisiese.

Dió gracias á su Magestad por lo mucho que le distinguia; pero le dixo, que, siendo su único objeto el servicio de su amo, suplicaba á su Magestad, que le permitiera embarcarse con su gente, porque le bastaban tres dias para el arreglo de sus cosas, y podria salir al quarto, siendo de su Real agrado; y que

rogaba fervorosamente á Dios derramase sobre el Rey y la Real Familia quantas bendiciones podian desearse. Dióle el Rey su mano á besar, y le deseó un buen viage.

Por ventura direis entre vos mismo, que he sido sobradamente prolixo en el retrato de este hombre honrado; pero en lo sucesivo vereis, que era absolutamente necesaria esta prolixidad.

Habia entre los soldados de su Compañía un jóven hermosísimo, en quien hizo reparo durante el camino. Al cabo de algunos dias de navegacion, cayó enfermo. Dixo el Cirujano, que estaba de peligro; y Casablanca, que lo creyó hombre de calidad, lo mandó transportar á su camarote para que se le tratara con mayor cuidado.

Parecióle al Capitan, que la enfermedad del jóven no era mas que una melancolía arraygada, procedente quizá de haber dexado á su patria. Para abreviar, pues, su curacion le dixo, que se animase, que le daría su licencia, y podría

dria volverse con la flota.

¿Con que decis, preguntó el jóven, que quereis licenciarme?— Si, hijo mio, respondió Casablanca : cuenta con mi palabra.— Pues siendo así, repuso el jóven, quereis enterrarme quanto antes. Si me separo de vos, no podré vivir. Diciendo esto, exhaló un hondo suspiro.

El Capitan, que no comprehendia tal language, le dixo que se explicase mas.— Lo haré, dixo el jóven incorporándose sobre la cama. No soy, continuó, lo que parezco por mi vestido. Soy muger, é hija de Manuel de Mendoza, aquel mismo banquero con quien tratasteis en Madrid para cobrar las cantidades que mandó entregaros el Ministro. Vuestra primera vista hizo en mí tal impresion, que, léjos de disminuirse, se aumentaba cada vez que os veia. En vano acudí á mi razon. Tan prendada estaba, que, si hubierais dexado á España sin noticia mia, creo que hubiera muerto de pesar. Luego que supe vuestro destino me disfracé de hombre, y senté plaza en vuestra Com-

pa-

pañía , par nunca separarme de vos ; pero acabo de experimentar que tan perjudicial me es guardar secreto , como apartarme de vuestra vista.

Sentidísimo quedo , dixo Casablanca , de que la aficion que me teneis os haya impelido á un atentado que puede tener tan malas conseqüencias . Sois muchacha , amable , hija de un padre rico , y , lo que es mas , hija única . ¿ Cómo nos libraremos de que nos critiquen ? Unos dirán , que abusé de vuestra juventud , y os robé . Otros , de mayor malicia , dirán mas . Las reflexiones calumniosas acometerán á vuestra honra y virtud , y todo serán murmuraciones ; pero , en fin , yo me declaro desde ahora zeloso defensor y guarda fiel de vuestra honra y virtud . Tened buen animo . En mí vereis un soldado verdadero esto es , un hombre de honra , incapaz de ofenderos , ni perjudicaros en cosa alguna . Procurad quanto antes restableceros , porque , de no , antes de mucho me vereis en el mismo estado en que os halláis ; pues quando vuestra belleza no hubiera hecho

en mí la impresion que acaba de hacerme, bastaria el agradecimiento para no poderme consolar si os perdiese. Otras muchas cosas la dixo , todas igualmente afectuosas , persuadido á que , si la daba alguna esperanza de correspondencia , podria contribuir á su pronto recobro. Fuéron justas sus conjeturas. El fingido soldado se restableció brevemente , de manera , que , pocos dias despues , se halló en estado de tomar un poco el ayre sobre el alcazar.

Entre tanto sobrevino una calma , y Casablanca fué convidado á comer á bordo del Almirante de los seis navios de guerra que servian de escolta á la flota, y habian de separarse de ella en las Islas de Cabo-Verde , para volverse á España. Despues de comer, llamó á parte al Almirante , le contó todo el suceso , y le pidió su dictámen sobre si deberia , como honrado , enviar la hija á su padre.

Díxole el Almirante , que le parecia delicado el asunto ; que pedia reflexion ; y que no podia responder en la hora mis-

ma sobre qué partido debería tomar : que era posible que la jóven reusase volverse : que, si se la quería obligar , habia el peligro de que se empeorase , visto el riesgo á que se expuso , solo por haber querido callar el secreto : que , de todos modos , padeceria la reputacion de la pobre Dama : que era caso negado desimpresionar á todo el mundo de que la devolvia á sus padres por estímulo de su honor , y no por disgustado de ella : que::: Pero, en fin , añadió el Almirante , si la calma continuare , iré mañana á bordo de vuestro navio , y , mientras tanto , pensaré en lo que conviene hacerse.

Levantóse , durante la noche , viento fresco que los llevó á las nominadas Islas , y por eso no pudieron verse hasta la llegada.

Luego que se verificó , dixo el Almirante á Casablanca , que le parecia conveniente comunicar lo sucedido á los demas Comandantes de los navios que se volvian con él á España ; y que , al mismo tiempo , seria necesario que la Dama diese una declaracion en toda forma , firmada

de su mano , asegurando : que Casablanca nada habia sabido de su evasion : que ella misma se le habia descubierto : que , léjos de haber atentado á su honor , se habia declarado protector suyo : que , en caso de que el padre diese su consentimiento , se casaria con ella : y que , si la reclamaba , la enviaria en los primeros navios que saliesen de Vera-Cruz. Tambien dixo el Almirante , que , luego que llegase á Madrid , contaria al padre de la Dama quanto sabia del generoso procedimiento de Casablanca.

Abrazóse aquel dictámen , y la jóven , que deseaba que todo se hiciese debidamente , y que no quedase á su padre escrupulo que retardase su aprobacion , confirmó con juramento sus declaraciones delante del Gobernador.

El primer cuidado de Casablanca fué comprar al jóven soldado vestidos convenientes á su sexô. No me detendré en contaros las hablillas de sus camaradas quando supieron la novedad. Ella , naturalmente generosa , viendo que su Capitan ha-

habia gastado mucho en vestirla , le entregó algunos buenos diamantes que guardaba en una caja , diciéndole , que eran suyos , como manda hecha por su abuela , y que no pertenecian á su padre , á quien no habia tomado el valor de un real de plata. Respondióla el Capitan , que solo los recibia para conservarselos.

Llegados á Vera-Cruz , y sabido por Casablanca que era pais mal sano , se la llevó consigo á México , donde ella tomó el partido de meterse en un Convento , mientras sabia la voluntad de su padre , determinada á tomar el hábito de Religiosa , si no era favorable.

El buen Comerciante de Madrid quedó plenamente persuadido de la inocencia de Casablanca. No acababa de admirar tanto miramiento en un guerrero. Prendado del procedimiento del Capitan , determinó como prudente. Envió su aprobacion para el matrimonio ; y , por no ser menos generoso que su yerno futuro , le proporcionó una remesa de géneros de Europa por valor de diez mil doblones,

ase-

asegurándole otros dos tantos mas para despues de su muerte.

Celebróse el matrimonio luego que Casablanca recibió tan buenas nuevas. Compró dos bellos ingenios de azúcar con el dinero que le produjo la venta de los géneros europeos. Vivió con su muger intimamente unido ; y solo tuviéron de su matrimonio un hijo , á quien estableciéron muy bien , casándolo con la hija única de Don Diego Pintero , descendiente por linea recta de uno de aquellos valientes soldados de Hernan Cortés , que se estableciéron en el pais. Murió este hijo antes que sus padres , y dexó dos niños , siendo cabalmente el menor de ellos vuestro comedido Caballero.

Y es menester que sepais , que los descendientes , seanse comô se fueren , de los famosos soldados de Cortés , se abrogan modestamente el título de Conquistadores, y lo aprecian tanto , que lo miran como superior á la Grandeza , de modo que no se cambiarian por un Grande de la primera clase.

El anciano Casablanca dexó en su muerte todos sus bienes al mayor de sus nietos, y al segundo su legitima en dinero. Pero como este Señor gusta del juego, y de todas sus conseqüencias, le duró poco la moneda, de manera que, en el día, toda su subsistencia pende de los naypes.

Es de un genio totalmente opuesto al de su abuelo; porque es casqui-vano, presumido, querrelloso, cobarde como una gallina, y desvergonzado, siempre que cree que las orejas de burro no descubrirán que es prestada la piel de leon con que se viste. Su hermano mayor, al contrario, se hace amar generalmente por sus bellos modales; pero él es objeto del desprecio universal, exceptuando aquellos que se le parecen, cuyo número, por desgracia, es crecido en esta Ciudad. Personas hay aquí á quienes nada cuesta un asesinato, y no son capaces de hacer cara á un hombre en campo raso. Quieroos decir con esto, que no hareis bien en salir de noche sin armas y acompañamiento. Con vuestros dos lacayos, y un par de criados mas,
sup
ireis

ireis á cubierto de todo insulto.

Al dia siguiente, visité al Virey, segun me lo habia prevenido. Me encargó que emplease por su cuenta valor de veinte mil duros en aquellos géneros que me parecieren de mas ventajoso despacho en España. Dixe á su Excelencia que estaba pronto á obedecer sus órdenes, y que le mostraria las últimas cartas de mi correspondiente.

Quedó contento el Virey de mi sinceridad, y dixo, que se alegraria de verlas. Por ellas se aseguró de lo que escribia mi correspondiente relativo á las mercaderías de América, que mas falta hacian en Europa por aquel entónces; advirtiendome, no obstante, que yo me arreglara, en quanto á la cantidad mas ó menos grande de géneros, por lo que viesse cargar á la flota destinada á Europa.

Leidas las cartas, me dixo el Virey, que se le ocurría alguna dificultad sobre el asunto, porque, continuó, los otros Comerciantes pueden haber recibido los mismos avisos, y de ello pudiera resultar
que,

que, á la llegada de la flota á España, hubiese de sobra lo que ahora escasea tanto. Con que ¿ cómo podremos saber quales son los efectos de que ménos se envia actualmente?

Le satisface diciendo, que mi correspondiente de Vera-Cruz me noticiaba puntualmente todas la semanas quanto llegaba al Puerto, y juntamente la calidad y cantidad de lo que se embarcaba sobre la flota ; que hasta allí parecia no haberse enviado mucha cochinilla , exceptuando la que habia ido por cuenta mia , cuya cantidad habia yo publicado ser mucho mayor de lo que era , al mismo tiempo de haber rehusado públicamente comprar mas , diciendo , que no la necesitaba, mientras, baxo mano , mis agentes secretos compraban quanta encontraban á vil precio ; y que por eso mismo contaba con que iria poquísima por cuenta de los otros Comerciantes ; de manera que yo era de dictámen que su Excelencia emplease su dinero en aquel género.

Pero, replicó el Virey , si concurro
con

con vos podré perjudicaros. Le repuse, que veinte mil duros mas ó ménos empleados en cochinilla, no era objeto considerable, comparado con lo que de ello se despachaba en Europa.

Pues bien, dixo el Virey: si es así, dad el encargo de ello á vuestros correspondientes, con órden de retornar aquellos efectos que os parezcan mas oportunos y ventajosos. Y al mismo tiempo me puso en la mano un papel para que recibiera dicha suma de un Comerciante de la Ciudad.

Cumplí puntualmente con mi encargo. Llegó su cochinilla á Europa en tiempo que se carecia de ella, y saqué en México sesenta mil duros de los efectos que me habian enviado en retorno. De todo dí cuenta á su Excelencia, entregándole el dinero; y quedó tan pagado de una ganancia de docientos por ciento, que me volvió el dinero, encargándome que volviera á hacerlo valer; pero le dixé, que no debia esperar igual provecho, y sí considerar aquel como un caso muy extraordinario.

CAPITULO VI
*Intentan asesinar al Señor Scipion. La
 conjuracion se descubre; y los cómplices se castigan.*

Pasó mucho tiempo sin que oyese yo hablar del valiente Caballero Casablanca. Tan olvidado estaba del aviso de que me guardase, que ni me acordaba de que hubiese en el mundo tal hombre. Por mas de un mes salí de noche bien acompañado; pero, viendo que nada me habia sucedido, me cansé de unas precauciones incómodas, que yo creia inútiles. Por cierto que tuve que arrepentirme de mi descuido. Llegué á conocer que las habia con un hombre, que aunque no tan valeroso que se atreviese á pedir satisfaccion formal del modo como yo lo habia tratado, con todo tenia bastante pundonor para no poderlo digerir; bien que hubiera logrado encubrir su cobardia con la disparidad que se notaba entre un hombre de impor-

tancia como él , y un buhonero como yo.

Habria como unos veinte días que salia sin escolta , quando me envió á llamar el Virey con una órden executiva. Llegué á Palacio, y apénas su Excelencia habia empezado á hablarme , quando le entraron recado de que el Alcalde mayor pedia audiencia para un asunto urgente. Me dexó en su quarto , pidiéndome que esperara. La tal conversacion duró mas de tres horas y media. Confieso que en mi vida me he impacientado tanto. Cabalmente estaba yo convidado aquella misma noche para una gran cena que daba un amigo mio con motivo de ser su dia. Es á saber, que entré en Palacio dos horas despues de haber comido el Virey. Por fin , volvió su Excelencia diciéndome , que le pesaba de haberme hecho esperar tanto tiempo ; pero que no dudaba que yo lo disculparia , reflexionando , que el servicio del Rey era antes que todo. Sin embargo , continuó , no quiero apurar mas vuestra paciencia. El negocio de que tengo que hablaros es largo , y permite tras-

ladarse á otro dia. Sé que os aguardan á cenar en casa de Don Melchor , y deseo que os divirtais ; pero cuidado que vengais mañana temprano , porque tenemos mucho que hablar.

Despedido de su Excelencia , me fuí en derecha á casa de mi amigo , donde fuí recibido con gusto y alegría , y cada qual me dió mil enhorabuenas de haberme librado tan dichosamente.

¡ Librado ! dixe con admiracion : ¿ pues ¿ de qué me felicitáis , Señores ? No sé que quereis decirme. — Nos habian asegurado , le respondiéron , que Casablanca , el jóven , debia reñir hoy con vos , para tomar satisfacción de cierta afrenta que dice le hicisteis. — Eso ya es viejísimo , repliqué ; se ha tomado bastante tiempo para determinarse , y aun no lo está ; bien que quando llegare á decirme dos palabritas , no por eso me creeré en peligro. Con todo , dixo uno de los convidados , no siempre habeis pensado del mismo modo : las precauciones tomadas de no salir de noche , ó salir bien acompañado , no eran pruebas

de gran seguridad.— Así es, interrumpí; pero también confesareis que no deben atribuirse al miedo las medidas tomadas contra un asesino. Con un hombre de honor no hubiera yo tomado tales precauciones; pero tenía yo muy otra opinión del Señor Don Policarpo Pintado, ó Pintero, ó que se yo que me diga, con su letanía de nombres, que acababan en Casablanca; mas ¿qué digo? Sabía yo de buena parte, que el tal Caballerito era capaz de una mala acción, quando ménos se pensase.— Pues yo os aseguro, dixo otro, que es hombre de quien nada teneis que temer.

Eso es certísimo, añadió Don Melchor: perderé quanto tengo, si en tiempo alguno recibis de él el menor insulto.— Pues Señores, interrumpí, siento muchísimo, por lo que me asegurais, haber pensado de él tan malamente. Acabóse esta conversacion en el momento que sirvieron la cena, y no se pensó ya mas que en divertirse.

A la mañana siguiente, fui á casa del

Virey. Al entrar en su gabinete, se adelantó hácia la puerta, y me dixo: Señor Scipion, tenia que deciros, pero ciertos negocios urgentes del servicio de su Magestad me lo estorvan: tomaos el trabajo de ir de parte mía á casa del Alcalde mayor, que él os dirá lo que hay. Partí inmediatamente, y fuí recibido sin detencion. Dióme asiento, mandó que me trajesen chocolate, porque estaba desayunándose, y me dixo: Señor Scipion, tomaremos chocolate, y despues hablaremos. Aquel *hablaremos*, en boca de un Juez, me hubiera dado que pensar, acusándome de algo la conciencia; pero, como la tenia limpia, ninguna impresion me hizo.

Ya solos, el Señor Alcalde tomó asi la palabra: "Señor Scipion, ha llegado á mi noticia, que hay cierta enemistad oculta entre vos y Don Policarpio de Casablanca. Debo, por mi cargo, impedir que no se haga cosa en desprecio de las leyes, ó en perjuicio de los vasallos del Rey. Para llenar las funciones de Juez íntegro y vigilante, estoy obligado á pre-

»caber oportunamente los desafíos y los
»asesinatos , antes que proceder , según el
»rigor de las leyes , contra los duelistas
»y los asesinos.

»Hago , no obstante , una distincion,
»porque sé que el mundo ciego considera
»grande diferencia entre ambas cosas ;
»aunque , en lo substancial , no encuentro
»otra sino que los duelistas , embriagados
»con ciertas nociones caballerescas de
»honor , desechan todo principio de Reli-
»gion , y reniegan , por decirlo así , del
»Christianismo , que predica amor al pró-
»ximo , suavidad y paciencia ; y abando-
»nan las banderas de su Redentor Jesus ,
»para alistarse baxo de las del Príncipe
»de las tinieblas , sacrificando cuerpo y
»alma por vengarse de su enemigo , y ar-
»rastrarlo consigo al abismo de los eter-
»nos males. En vez de que los asesinos
»cuidan primeramente de sí propios , y
»toman sus medidas para no correr ries-
»go alguno personal , al mismo tiempo
»que procuran quitar á otro la vida del
»cuerpo y la del alma.

»Perdonadme este largo preámbulo de
»moral, que me ha parecido justo ha-
»cer, vistas de las informaciones que he
»recibido.

»Ahora necesito haceros algunas pre-
»guntas. Espero que, como hombre de
»bien que sois, me digais la verdad des-
»nuda. ¿Qué quimera es, pues, la que ha-
»beis tenido con Don Policarpio Casablan-
»ca, y por qué motivo?»

No desmentiré, respondí, la buena
opinion que el Señor Virey tiene de mí.
Os diré naturalmente quanto sé, sin aña-
dir ni quitar la menor cosa.—Conté-
selo efectivamente todo; y luego continué así:
nada tengo contra D. Policarpio, y sien-
to que esté quejoso de mí. Si niega que
es la envidia quien lo movió á insultarme,
no sé, en verdad, que pueda producir
otra causa. Desde que llegué á América
me he ocupado únicamente en el comer-
cio, y solo he tratado con Comerciantes;
y á no haberme llamado el Virey, os ase-
guro que mi figura no hubiera causado
zelos á ninguno en la Corte.

»Creo,

«Creo, repuso el Alcalde, que habeis
»hablado segun vuestro corazon; pero
»permitid que, por la formalidad, os ha-
»ga algunas mas preguntas, á las que me
»parece que podria responder yo mismo;
»mas, con todo, para proceder segun
»reglas, debo tener la respuesta de vues-
»tra boca misma.— ¿No habeis nunca de-
»safiado á Don Policarpio, ó no os ha de-
»safiado él?» — Ni uno ni otro, Señor; y
os aseguro que me sorprende semejante
pregunta.— «¿Estais cierto de que nunca
»lo habeis desafiado?» — No tan solo no lo
he desafiado, pero ni aun me ha ocurrido
tal pensamiento. El modo con que lo tra-
té fué, á mi parecer, no mas que una re-
paracion suficiente del insulto recibido.—
«Y vos (repassad bien vuestra memoria)
»¿no habeis sido desafiado por él?» — Os
certifico que no, sobre mi palabra de ho-
nor.— «Basta, pues: esas mismas res-
»puestas esperaba yo. Solo me queda una
»pregunta que haceros. ¿Sabeis algo sobre
»un preyecto formado para asesinar á Don
»Policarpio?» — No quiera Dios, Señor,
que

que sea yo nunca cómplice en semejantes atentados, ni aun con el pensamiento.—

“Esa no es respuesta categórica.”— Pues, Señor, para responder más claramente, diré, que ni directa ni indirectamente he tenido el menor conocimiento de un proyecto tan horrible; y que, qualquiera que tuviese tan negra el alma, haría malísima elección de mi para confidente suyo.

Y “Ahora, Señor Scipión, escuchadme, y os diré lo que no sabeis. Don Policarpio fué ayer, despues de comer, á una fonda, con media docena de camaradas suyos, gente de su mismo temple, libertinos y jugadores. Pidiéron vino, y luego que se viéron solos, formáron la conjuracion de asesinaros quando os retiraseis de casa de Don Melchor, donde sabian que cenabais.

»Bebidas algunas botellas, se citáron para el parage dicho. Llamáron al huésped, y le mandáron que les guardase aquel quarto; despues de lo qual pagáron y se dividiéron.

„Quiso la Providencia que un esclavo
 „Indio cometiese alguna falta que enfadó
 „á su dueño ; y , temiendo los azotes ,
 „procuró ocultarse hasta que , pasados
 „los primeros movimientos de la cólera
 „de su amo , le fuese mas facil justificar-
 „se. Cabalmente eligió para refugio el
 „mismo quarto donde aquellos malvados
 „formáron su conjuración , escondiéndose
 „baxo una gran mesa , arrimada á una
 „pared , que tenia encima un espejo , y
 „estaba cubierta con un gran tapete que
 „llegaba hasta el suelo.

„Luego que saliéron , se fué el esclavo
 „derecho á su Señor. Presentóse á él en
 „la postura mas humilde , y pidió perdon
 „de su falta , añadiendo , que quizá ha-
 „bria sido una felicidad el cometerla.
 „Tengo , continuó , que revelaros un se-
 „creto importantísimo : solamente os rue-
 „go que me escuchéis con paciencia has-
 „ta el fin , que con esto sereis árbitro de
 „salvar la vida á un hombre honrado. Si
 „despues juzgais á propósito castigarme
 „por las faltas cometidas , ya de no ha-

»ber cumplido con mi obligacion , ya de
»haberme ocultado , sé muy bien la sumi-
»sion que debo á vuestras voluntades.

»Contó el esclavo á su dueño quan-
»to habia oido ; y seguidamente me lo
»presentó su amo para que me hiciese igual
»narracion.

»Pasé yo mismo á la fonda : visité el
»cuarto : exáminé la posibilidad de ha-
»berse ocultado el esclavo baxo la me-
»sa ; y le mandé que volviera á ponerse
»en la misma actitud en que estaba quan-
»do oyó lo que Don Policarpio habia ha-
»blado con sus camaradas. El amo , y de-
»mas gentes de la casa , me aseguraron
»tambien que , durante aquel tiempo , ha-
»bian buscado al esclavo , sin haber pa-
»recido.

»Conocia muy bien el amo de la fon-
»da á los camaradas de Don Policarpio ,
»y tambien sabia sus habitaciones , por
»haberles enviado vino algunas veces.
»Mandé al huesped , y á todas sus gen-
»tes , que callasen quanto sabian á todos ,
»sin excepcion de personas , y me fui
»de-

»derechamente á informar al Virey, á
»quien supliqué que expidiera sus órdenes
»para que el Capitan de la guardia me
»franquease tropa, á fin de ir con seguri-
»dad á prender á los cómplices, porque no
»dudaba, como efectivamente fué así, que
»hubiesen ido á sus casas á dormir la siesta.
»Prendiéronse todos sin ruido, y fué-
»ron llevados á una prision. Quando, de
»una parte, daba el Virey sus órdenes
»para asegurarse de los culpados, de otra
»os envió á llamar, como sabeis. Su in-
»tencion fué ponerlos así fuera de riesgo,
»porque temia que, si aquellas gentes no
»estaban en sus casas, el calor del vino
»los determinase á algun atentado, en
»caso de encontrarnos, aun antes de la ho-
»ra y lugar convenidos.
»Luego que llegásteis á Palacio, su
»Excelencia os dexó solo, no sabiendo
»qué pretexto tomar para deteneros tan-
»to, sin hablaros del asunto, que no que-
»ria que supieseis hasta tomadas las infor-
»maciones, y haberse sabido si la acusa-
»cion era fundada.

»Los

» Los deliçientes fuéron presos con to-
» tal separacion. Cada uno de por sí se de-
» fendió negándolo todo; pero, á la vista
» del verdugo, y del aparato del tormen-
» to, confesáron todos igualmente. Don
» Policarpio dixo, para su defensa, que lo
» habiais insultado de obra, y desafiado:
» y que como tuvo á deshonra el baxarse
» á reñir con vos, por eso habia procu-
» rado corregiros de vuestra temeridad.

» Ahora, Señor Scipion, podeis ir por
» todas partes seguro, y contar con que
» esas gentes no atentarán mas á vuestra
» vida, ni á la de ninguno; y aun podrá
» muy bien suceder que su exemplo sirva
» de leccion á los necios que se sintieren
» con propension á tan delinçientes acciõ-
» nes.” — Dicho esto, cortó el Alcalde
mayor el discurso, y, como si hubiera
querido estorvarme hablar en su favor,
se levantó, diciéndome á Dios, y se metió
en un quarto mas adentro.

Entónces comprehendí lo que me di-
xéron todos al entrar en casa de D. Mel-
chór. Restame decir, que el Alcalde ha-
bia

bia tomado la precaucion de que declarasen todas las gentes de mi casa , miéntras yo estaba fuera de ella , sobre la causa del ódio que Don Policarpio me tenia : y como la verdad es una misma en todas partes , así el tenedor de libros , como los quatro empleados , dixéron separadamente al Alcalde mayor lo mismo que yo le habia confesado.

Prohibió á todos que nada me dixeran ; y lo cumplieron así : pero creo que tanta parte tuvo en su silencio la falta de ocasion para hablarme , como la obediencia al mandato del Señor Alcalde. Bien que , en desquite , lo confiáron con gran secreto á todos sus amigos , quienes lo dixéron á otros , de manera que no tardó en ser , por toda la Ciudad , el secreto de la Comedia.

En consecuencia de todo mandé á mi cochero que , á toda prisa , me llevara al Palacio del Virey , para solicitar el perdón de los culpados ; pero S. E. que debió sospechar mis intenciones , no quiso recibirme , diciendo , que estaba ocupado.

Quedé mortificadísimo ; pues , por lo que me habia dicho el Alcalde , temia que se procediera con aquellos infelices segun todo el rigor de las leyes. Fuime en derechura á casa , y desde allí escribí al Virey una carta humildísima en favor de ellos. Le representaba , entre otras cosas , que , si los presos padecian la muerte por causa mia , no disfrutaria yo un instante mas de tranquilidad miéntras viviese : que siempre me miraria como causa , aunque indirecta , de su muerte , y que , sin duda alguna , moriria del disgusto. Pedí á su Excelencia el perdon de los culpados , como la mayor gracia que jamas podia hacerme ; y le rogué , por quanto habia de mas sagrado en el mundo , que no llevase las cosas al rigor , y que se moviese á lastima. Por último , acababa mi carta pidiéndole encarecidamente , que no me negara un instante de audiencia.

Leida la carta , me avisó el Virey que podria verle á las tres de la tarde. Aguardé en mi casa la hora entre impaciencias é inquietudes. No pude comer. Llegada

la hora, y estando ya cerca de Palacio, vi la plaza llena de gente, y los soldados sobre las armas.

Ya estaba preparado el cadahalso para la execucion de aquellos delinqüentes, á quienes se habia substanciado el proceso por la mañana, y quienes, convencidos por su propia confesion, habian sido condenados á degüello.

El populacho, que vió pasar mi coche, creyó que iba yo á saciar mi venganza, y á divertirme en el trágico espectáculo de la execucion. Hubo gentes que rodeáron mi coche, y empezáron á insultarme; pero la tropa las disipó al instante.

Luego que llegué al Virey me eché á sus pies. No hubo ruegos ni súplicas con que no le procurase mover. Lo sumo de mi dolor me comunicó tal eloqüencia, que maravilló á todos, y aun á mí mismo, que no me juzgaba capaz de ella. Dí libre curso á las lágrimas, que ya no podia contener; y, en fin, tanto hice que conseguí del Virey se les perdonasen las vidas,

conmutando la pena de muerte en prision perpetua.

Pero, con todo, quiso, que, para exemplo, subiesen al cadahalso, y que nada supiesen de su perdon hasta que todo lo viesen preparado para la execucion.

Encargó á su Secretario que llevara las órdenes á los Oficiales y Ministros de Justicia. Fuéron conducidos los delinquentes al cadahalso, donde diéron señales de arrepentimiento sincero, y mostraron tanta sumision y conformidad, que todos quedáron edificados.

En el instante mismo que Don Policarpio, de rodillas y vendados los ojos, se puso en la actitud de recibir el golpe del cuchillo, publicó en voz alta el perdon del Virey un Oficial togado; pero con la circunstancia de publicar tambien, que se debia á la intercesion de la persona misma contra quien habian formado la abominable conjuracion, que los daba en expectáculo á todo el pueblo.

Apénas fué oida esta publicacion, prorumpió en altas aclamaciones todo el pueblo.

blo. Desde su Palacio oía el Virey las bendiciones que le daban. Los mismos que miraban con mas horror el delito, aplaudian la clemencia del Virey ; y todo el mundo atribuia el suceso á la vigilancia y prevision de su Excelencia , que halló modo de estorvar á los culpados la execucion de sus intentos.

Las personas presentes á las instancias hechas por mí al Virey , en favor de los reos , elogiáron públicamente mi procedimiento , y lo pintáron á todos como un acto generosísimo. El populacho , que oyó confirmado lo dicho por el Ministro de Justicia , se puso tan de parte mía , que los que , dos horas antes , habian intentado parar mi coche para maltratarme , lo paráron á mi salida para llenarme de bendiciones , y tener la satisfaccion de verme. Aquel mismo hombre que , un instante antes , era un indigno , un cruel , un implacable , y un vil buhonero sediento de sangre , era un instante despues el benigno , el generoso , el virtuoso y el magnanimo Señor Don Scipion.

CAPITULO VII.

*Muerte del Obispo de Oaxaca.**Su testamento.*

Poco despues de este acontecimiento, hice un viage á Oaxaca. Desde allí podia saber el estado de mis negocios en las mas de las Ciudades de aquella Provincia , donde tenia yo factores. Con aquello conseguí algun alivio , porque me ahorraré de viajar , bástandome hacer mi visita una vez cada año.

Llegué todavia á tiempo de ver al Santo Prelado , que ya estaba deshauciado de los Médicos. Quando pudiéron decirle que habia yo llegado , conociéron que la noticia le hizo tal impresion , qual si con ella volviese de un profundo letargo. Mandó al instante que me diesen entrada ; y , luego que me vió junto á sí , me precisó á sentarme á la cabecera de su cama , y tomándome seguidamente una mano , me dixo : ya me veis , estimado amigo , en los

últimos instantes, y en vísperas de comparecer ante el terrible tribunal, donde no hay mas apelacion. La confianza de que, por los méritos de nuestro divino Redentor Jesus, alcanzaré perdon de mis pecados, me tiene esperando con alegria el momento que ha de despojarme de esta carne mortal. Os aseguro que el abatimiento, que miran mis amigos como triste y deplorable, me llena de un gozo indecible:::::::::: Al llegar aquí se le fué debilitando la voz, y vino á dar en un accidente, parecido á una convulsion. Llamé para que lo socorrieran; diéronle algunos cordiales, que le volviéron un poco en sí; hizo algunos esfuerzos para continuar hablándome, y no pudo proferir sino algunos mal articulados sonidos: apretéme la mano, y, levantando subitamente los ojos hácia el Cielo, dió el último suspiro.

No me seria dable explicar la pena que sentí en aquel momento, ni aun ponderar los dolorosos gritos que se oyéron resonar por todo el Palacio. En un instante se esparció en toda la Ciudad la noticia

de

de esta muerte : fué universal la desolacion , como si cada qual hubiese perdido á su padre. Tan generalmente amado estaba aquel dignísimo Prelado , que todos sus Diocesanos vistiéron luto , excepto los que , por pobres , no pudiéron.

Sabida la muerte del Obispo , acudió el Gobernador á Palacio , seguido de los principales de la Ciudad , para tributar los últimos honores al difunto : todos lloraban como si les faltase su padre particular. Llenóse el Palacio de pueblo , y no se oia otro que el gritar y sollozar de aquellos infelices , que habian perdido tan benigno protector. Las viudas y los huérfanos volviéron á quedarse segunda vez sin esposos y sin padres.

Al día siguiente , volvió el Gobernador con los Magistrados para arreglar los funerales ; mas , como estaban persuadidos á que habria hecho testamento , supusiéron que los tendria ordenados. Para asegurarse , llamáron al Mayordomo del difunto , y le pidiéron las llaves del gabinete de su amo.

Abrié-

Abriéron su papelera , y la primera cosa que encontráron fué una carta cerrada , que era precisamente lo que buscaban. Luego que la leyéron , me enviáron á llamar , y me entregáron el testamento , diciéndome , que nada tenían que examinar en él , y tanto mas habiéndome nombrado el difunto su Legatario universal , y único executor de sus últimas disposiciones. Fuéronse , pues , á mandar decir Misas por el alma del Obispo , y á rogar á Dios que les enviara un sucesor parecido al que les habia llevado , aunque , así decian , no se consideraban merecedores de tan gran beneficio.

El Mayordomo empezó á mirarme desde luego como amo suyo. Llegóse á mi con mucho respeto , y me suplicó que me quedase á vivir en Palacio , haciéndome ver que me acomodaria mas , y que seria mas á propósito por lo concerniente á los criados del difunto. Parecióme que tenia razon , y me resolví á dormir en el Palacio , pero no quise que mis criados se movieran de mi casa.

Retirados el Gobernador y los Magistrados, me puse en posesion de la herencia; pero confieso ingenuamente, que mas sentia la pérdida de tan buen amigo, que me alegraba de lo que por su muerte adquiria. Sentéme, pues, delante de una mesa, y me puse á leer con atencion el testamento, cuya copia es esta:

“Obligado, en virtud de mi voto de
”obediencia, á volver á entrar en el mun-
”do, porque su Santidad me mandó tomar
”á cargo mio el cuidado de las almas de
”los fieles en América, confiriéndome el
”Obispado de Oaxaca, vacante por la
”muerte de su Obispo, me ví nuevamen-
”te expuesto á las borrascas del tempes-
”toso mar de este mundo, de que creí
”haberme libertado en el puerto del reti-
”ro, donde me puse al abrigo de los prin-
”cipales riesgos. Por pura sumision me
”expuse de nuevo á perder una eterna fe-
”licidad, á no haberme visiblemente asis-
”tido la gracia del Espíritu Santo, que
”siempre imploré con fervor, y todavia
”imploro con la mas humilde confianza.

”El

»El Rey, siempre zeloso de la propa-
»gacion de la Fé, confirmó el nombra-
»miento, de que yo me consideraba in-
»digno, y fué tan bueno que pagó los
»gastos de mi viage, de manera que, por
»sus bondades Reales, llegué aquí con
»seguridad, y, por la gracia de Dios, tomé
»posesion de este Obispado. Encontré el
»Palacio Episcopal totalmente moblado,
»y con proporcion á la dignidad del Pre-
»lado que me habia precedido. Habia,
»ademas, una cantidad extraordinaria de
»vaxilla de toda especie. Me entregaron
»mas de diez mil doblones, que su Ma-
»gestad habia mandado al Recaudador de
»la Provincia me pagase, para subvenir
»á mi subsistencia, hasta que percibiese
»el primer año de las rentas del Obis-
»pado.

»Recibí aquella suma con la sumision
»y agradecimiento que era debido en un
»sugeto tan pequeño como yo; pero co-
»mo sabia que tan gran Príncipe obraba
»siempre con suma prevision, miré la tal
»cantidad, no tanto como un donativo
»he-

»hecho á mí por aquel piadoso Monarca,
»quanto como un beneficio destinado á la
»Silla Episcopal de Oaxaca.

»Porque así lo comprehendo , declaro,
»que miro , como siempre miré , aquel di-
»nero , qual un sagrado depósito , cuyo
»capital de ningun modo podia apropiar-
»me ni disponer de él , pibando á mis
»sucesores de la facultad del usufructo.
»Por tanto pido al Señor Gobernador , y
»á los Magistrados de esta Ciudad , que
»se sirvan hacerse depositarios del dine-
»ro , y sus administradores , para que go-
»cen de él los que me sucedieren. Dexo
»la suma entera como la recibí , por no
»haber necesitado tocarla , pues quando
»llegué , me entregáron los caidos de lo
»devengado miéntras estuvo vacante la
»Silla ; y , léjos de encontrarse disminuida,
»se encontrará aumentada por las rentas
»y los contratos sobre bienes raices , ad-
»quiridos con lo que produxéron los inte-
»reses : todo se hallará baxo llave , en el
»mismo cofre donde está el capital. Tam-
»bien se encontrará alli un inventario

»puntual de todos los muebles , vaxilla y
»servicio de cocina. Nada de esto se ha
»tocado ni perdido ; y me lisongeo de
»que será así , porque conozco á mis
»criados.

»Declaro ademas : que he mirado
»siempre las rentas del Obispado de Oa-
»xaca como patrimonio de los pobres ;
»exceptuando lo necesario para el man-
»tenimiento y servicio de la Iglesia , y
»para una mesa decente , segun lo pide
»la hospitalidad que debe ejercer un pa-
»dre comun. En atencion á esto , solo me
»he apropiado la decima parte de dichas
»rentas, tomada como un salario de ad-
»ministrador , y que he reservado para
»los gastos de mi entierro , y para gra-
»tificar , quando muera , á mis criados
»fieles.

»Hecha esta declaracion , que delan-
»te de Dios protesto , y desnudo de todo
»motivo de vanidad humana :

»Yo *Gaspar Velazquez* , Obispo de
»Oaxaca , invocando el Santo nombre
»de Dios , y considerando que no hay co-

»sa mas cierta que la muerte, ni mas in-
»cierta que su hora, y queriendo preca-
»ber los altercados que podrian suscitar-
»se despues de mi muerte, por las cosas
»que creerian haberme pertenecido du-
»rante mi vida; hago saber mis últimas
»intenciones del modo siguiente, desean-
»do que sean miradas como mi testamen-
»to y última voluntad, y que no puedan
»ser anuladas por defecto de alguna for-
»malidad, ó por ignorancia de los tér-
»minos legales. Y para darlas mayor fuer-
»za, y revestirlas, en quanto estuviere
»de mi parte, con todas las formalidades
»requeridas, las hice firmar por los testi-
»gos que abaxo se nombran, á quienes leí
»la disposición testamentaria; la qual de-
»claro formalmente ser como deseo que
»sea executada, sin tergiversaciones, y
»segun el sentido de la letra. Escrito todo
»y firmado de mi mano, y sellado con el
»sello del Obispado de *Oaxaca*, dia...
»del mes de..... año de nuestro Salva-
»dor..... Primeramente: encomiendo mi alma
»á

»á Dios , y le pido humildísimamente per-
 »don de mis culpas , esperando que , por
 »su divina misericordia , y por los méri-
 »tos de su Hijo nuestro divino Redentor,
 »segunda persona de la gloriosa , inefable
 »y santísima Trinidad , me mirará con
 »ojos de misericordia.

»Dexo mi cuerpo á la tierra para que
 »sirva de pasto á los gusanos , y para que
 »sea sepultado segun gustare mi herede-
 »ro , abaxo nombrado , á quien suplico
 »disponga las ceremonias de mi entierro,
 »de manera que , por consideracion á la
 »dignidad Episcopal , no olvide la hu-
 »mildad y pobreza convenientes á un
 »*Cartujo.*

»Por lo perteneciente á los pocos bie-
 »nes y efectos que puedo tener de la gra-
 »cia de Dios , y de los beneficios de mis
 »amigos , dispongo como sigue:

»Primeramente : se distribuirá entre
 »mis criados el dinero ahorrado de la de-
 »cima parte de las rentas del Obispado ;
 »pero de manera que se dé la quarta par-
 »te á mi Mayordomo , á quien lo lego

»en

»en agradecimiento de su fidelidad ; dis-
»tribuyéndose por igual lo restante entre
»mis otros criados.

»Item : quiero que mi executor testa-
»mentario venda mis mulas , coches y
»equipages , y todo lo demas pertenecien-
»te , para ocurrir á los gastos de mi se-
»pultura.

»Item : doy y lego á dicho mi exe-
»cutor la taza de plata que me regaló mi
»hermana , y que es la única pieza de
»vaxilla de que puedo disponer como
»propia. Tambien doy y lego al dicho mi
»executor , para él y los suyos á perpe-
»tuidad , mi casa de la Ciudad de México,
»con todos sus muebles y dependencias,
»la qual me fué legada por mi amigo *Don*
»*Gerónimo Vazquez.*

»Item : doy y lego á mi querida her-
»mana la sortija de esmeraldas que me
»regaló el Señor Virey.

»Item : doy y lego á los presos por
»deudas en las cárceles de Oaxaca toda
»quanta ropa blanca se hallare , despues
»de mi muerte , señalada con la letra V,
»la

»la qual es mia, como regalada por mis
»amigos, y quiero que se venda para que
»su producto se reparta entre dichos pre-
»sos, á proporcion de la necesidad de
»cada uno. Pero la ropa blanca comprada
»del dinero procedente de la suma que su
»Majestad me consignó, está marcada
»con la letra O: la miro como propia del
»Obispado, y de consiguiente la dexo para
»el uso de mis sucesores.

»Quanto se encontrare de mas, y se
»creyere poderme pertenecer, así como
»vestidos, y otras cosas semejantes, quie-
»ro que se venda, para que se reparta el
»dinero entre los que llevaren mi cadáver
»á la tierra.

»Dexo á la piedad de mi executor el
»número de Misas que hubieren de cele-
»brarse por mi alma, para alcanzar de
»Dios el eterno reposo.

»Nombre, señalo, é instituyo por mi
»heredero, legatario universal, y execu-
»tor de esta mi última voluntad y testa-
»mento, á mi amigo *Don Scipion*, su Co-
»merciante de la Ciudad de México.

Leído el testamento, busqué al Gobernador y á los Magistrados, y les pedí que inventariasen lo que habia quedado á su disposicion, y que tomasen posesion de ello.

Quise que los funerales correspondieran á la dignidad del difunto, y gasté mil y doscientos pesos mas de lo que habia mandado en su testamento. Acompañaron al cadáver quantos habitadores de la Ciudad pudieron dexar sus casas, y cada uno llevaba una hacha encendida. Al acompañamiento fúnebre precedia todo el Clero, así regular como secular.

Seguidamente procedí á la execucion de todos los artículos del testamento. La ropa blanca, señalada con la letra V, se vendió en tres mil duros, y esto prueba quan amado estaba en su Diócesis aquel digno Prelado. Pero sus vestidos, su ropa blanca, y algunos otros efectos, que me parecieron de su uso, no llegaron á trecentos duros, prueba tambien evidente de su moderacion.

Quando fuí á las cárceles de la Ciudad

dad , para distribuir entre los presos lo mandado por el Obispo , quedé admirado de encontrar entre ellos al pobre Indio á quien debia mi entablado comercio.

Hecha una distribucion , que sacó á muchos de la cárcel , llamé á mi Indio , y le pregunté ¿por qué se encontraba allí , y por qué no habia acudido á mi amparo?— Respondió , que una gran parte de su comercio giraba sobre fondos que le habian confiado otros Indios , con quienes repartia las ganancias ; pero que noticiosas aquellas gentes de que un Español , por consejo suyo , habia emprendido el comercio de lo interior del pais , temieron que otros no imitasen aquel exemplo ; y , para vengarse de él , le pidieron todos de una vez sus capitales , cabalmente en el tiempo en que aun no habian vuelto á su poder : que llegó su rabia á tanto , que no le diéron lugar de recoger lo que le debian , y con lo que hubiera podido pagarles ; y , por último , que se echáron sobre sus libros , y lo pusieron en la cárcel.— Preguntéle ¿á cuánto montaba su deuda?

Res-

Res-

Respondiíme , que á unos setecientos pesos. Nada le contesté ; pero fui derecho á mi casa , y le llevé mil , encargándole , que llamase á sus acreedores , que les pagase , y que despues se presentase en mi casa ; lo que hizo al cabo de tres dias.

Mucho me alegré de verlo. Agustin , le dixé (porque así se llamaba) como habeis padecido por mí , justo es que de mí tengais alguna indemnizacion. Deseo que vengais conmigo á México , y vereis en mis almacenes quales son los géneros que mas os quadran ; y visto , sobre poco mas ó ménos , la cantidad que podreis despachar , os los daré á crédito , y ademas las bestias que necesitareis.

Llegamos á México , y Agustin , segun mi oferta , eligió géneros hasta el valor de quinientos duros , que no era la decima parte de lo que acostumbraba manejar quando estaban corrientes sus negocios.

Tan prendado quedé de la moderacion de aquel buen Indio , que yo mismo le dispuse otras cargas , valor de quinientos duros mas , y le adelanté veinte mulos á

coste y costas. Tuve en lo sucesivo la complacencia de ver á aquel hombre honrado prosperar en su comercio ; y, al cabo de tres años , pagar todas sus deudas, y verse desahogado.

Tomé posesion de la casa que me habia legado el Obispo. Era magnífica , bien alhajada , y tal qual la dexáron á quien me la habia legado.

Luego que el Virey supo mi llegada, me envió á llamar. Fuy inmediatamente á recibir sus órdenes. Mandóme sentar , y me preguntó al instante : Señor Scipion, ¿ cuánto dinero mio teneis en poder vuestro ? Le respondí , que no podia decirselo puntualmente en la hora misma , porque necesitaba hacer el balance de la cuenta de *Guillermo Aldea*.

¿ Guillermo Aldea ? preguntó el Virey : pues ¿ qué tengo yo que ver con ese hombre ? — Es , le respondí , el nombre supuesto con que paso en mi libro todos los negocios de V. E. ; mas , para en caso de muerte , (pues nunca están de sobra las precauciones) tengo en mi casa una de-
cla-

claracion firmada de mi mano, sellada, y con sobreescrito á V. E.— Alabo vuestra prudencia, repuso el Virey, y vuestra mucha prevision; pero decidme: ¿tendreis de dinero mio unos cien mil pesos?— Creo, le respondí, que tendré mucho mas; y en caso de que V. E. necesite alguna cantidad mayor que su propio fondo, estoy pronto á corresponder á quanto V. E. girare sobre mí.— Os lo agradezco, Señor Scipion, interrumpió el Virey; pero sabed, que D. Juan de Córdoba me ha propuesto entrar en un cierto negocio, que debe ser de bastante consideracion, y quiere darme parte en él, negociando por mi cuenta.

El maiz y el trigo de Europa nunca han estado tan baratos como ahora, por haber sido abundantísima la cosecha del año pasado. Si se aumenta un real á cada fanega de trigo, los Españoles venderán quanto tuvieren, viendo las apariencias que hay de buena cosecha para el año que viene. Proponeme, pues, Don Juan comprar por sí solo quanto trigo hay repartido

en

en varios almacenes; y después, quando la avaricia de los Españoles hubiere puesto en nuestro poder todos sus granos, podremos fixar el precio que quisieremos. ¿Qué os parece este proyecto? Por mi confieso que me parece acertadísimo, y que me agrada mucho.

Por mas que rogué á su Excelencia que me dispensase de dar mi dictámen sobre un asunto en que para nada entraba yo, me instó mucho para que dixese naturalmente lo que pensaba. Me defendí mientras pude hacerlo sin descortesia; pero viendome, al fin, como forzado, bien que temiese las conseqüencias que antevia, dixé á su Excelencia, que semejante proyecto no podia dexar de producir crecidas sumas, y que yo seria el primero á aprobarlo, si no temiese que la execucion tuviera fatales resultas.

Y ¿quáles serian? preguntó algo alterado el Virey.— Las de que Don Juan, ó el no querer V. E. que se baxase el precio de los granos, en caso de carestia, teniéndolos todos acopiados, llegar á dar motivo á reflexiones que perjudicasen á la alta re-

putación que V. E. se ha adquirido por su desinterés y equidad. Y también las de que un monopolio sobre los granos podría inducir al pueblo á murmuraciones, á alborotos, ó bien á otros extremos igualmente peligrosos.

Me parece, Señor Scipion, dixo el Virey con una sonrisa forzada, que sois tan habil consejero en el Gabinete, como diestro aritmetico en las empresas de Comercio. He de trabajar para conseguiros una plaza en el Consejo de México.

No se me pasó el tonillo burlon con que acompañó estas últimas palabras.— Id con Dios, continuó, á poner en limpio y liquidar las cuentas de *Aldea*, y noticiadme luego si teneis fondos para pagar.

No pude ménos de decir á S. E. que, despues de haberme visto como forzado á dar mi dictámen, temia que le hubiese desagradado mi sobrada sinceridad y obediencia.— De ningun modo, Señor Scipion, replicó el Virey; antes, muy al contrario, estimo á los hombres francos, y que pre-

veen de léjos las conseqüencias ; bien que, á la verdad , debo confesarme admirado de que no antevieseis funestas conseqüencias para vos mismo en el monopolio de los aceytes , quando cargasteis con quanto traia la flota. Andad , Señor Scipion , y haced de manera que pasado mañana quede en mi poder lo que os pido.

Respondí á su Excelencia que así lo haria : y le añadí , que si miéntras tanto necesitaba algun dinero , podia contar con quinientos mil duros que yo tenia á su disposicion. — Muy bien , Señor , me contestó su Excelencia : ya veremos si necesitamos de vuestra amistad.

No necesitaba yo tanto para conocer el ayre de Palacio. Despedime de su Excelencia, y me fuí á toda prisa, conociendo que el Virey estaba de mal humor , y que , segun las apariencias , iba á tenerle por enemigo.

Luego que llegué á mi casa, liquidé las cuentas de Aldea, y hallé que se le debian ciento quarenta y siete mil pesos y tres reales.

Al día siguiente presenté la cuenta al Virey; y al otro día vino Don Juan de Córdoba á mi casa á recibir el dinero por orden de su Excelencia.

Ya no fui mas llamado á la Corte, y, como nada tenia yo que hacer en ella, no puse mas los pies en Palacio. Dime todo entero á mis negocios, determinado á ordenarlos brevemente para volverme á Europa quanto antes; porque conocí que no podia convenirme la permanencia en un pais, donde el que representaba al Soberano, y gobernaba con un poder casi absoluto, ya no era mi amigo, si es que no era mi contrario. Pero como tenia muchos géneros en lo interior del pais, y debian venirme muchos mas con la flota del año siguiente (los que queria vender á buen precio) se pasaron cerca de tres años antes de que pudiese arreglar todas mis cosas, de modo que no necesitase volver otra vez á América. Sucedió entre tanto, que el Virey siguió puntualmente los perniciosos consejos de Don Juan de Córdoba; y, por su des-

gra-

gracia, se degradó tanto que envileció su dignidad, y, por ello, fué llamado del Soberano

Compró Don Juan todo el grano á catorce reales la fanega, que era un real mas del precio corriente. Lo abarcó todo, de manera, que solo se llevaba al mercado lo que se sacaba de sus graneros. Vendió el trigo de Europa á veinte y un reales, y el maiz á proporcion. Esta subida repentina originó desde luego murmuraciones en el pueblo, porque los pobres no podían comprar el trigo á este precio; y los panaderos tuvieron que encarecer el pan, siguiéndose á esto una escasez como en tiempo de hambre. Quejáronse al Arzobispo; y el Prelado defendió la causa de los pobres contra el Virey, representándole, que era necesario poner un precio equitativo á los granos de Don Juan, y mandarle que proveyera los mercados al precio que su Excelencia fixase.

Díxole el Virey, que no tenía facultades para tasar los géneros de los par-

ticulares , exceptuando los tiempos de hambre ; y que no podia quitarles á fuerza sus bienes , sin pagarles , á lo ménos , el precio que les habian puesto.

Disputó mucho el Arzobispo , pero inútilmente , hasta que , viendo que nada adelantaba , se retiró. A la mañana siguiente , se amontonáron los pobres en mayor número á las puertas de su Palacio , á quienes repitió lo representado al Virey , y la respuesta de éste ; y ademas les dió á entender , que sospechaba al Virey interesado en aquel monopolio , por cuyo motivo dudaba que lo remediasse por su parte.

Uno del pueblo dixo en alta voz : “que el hambre penetraba duras rocas , y podia derribar murallas de piedra.” — El Prelado respondió sosegadamente , que las paredes de los graneros de Don Juan eran solo de ladrillos y tablas ; y , diciendo esto , tomó su coche.

No hubo menester mas un populacho hambriento. Con el dicho del Prelado se creyéron con autoridad para saquear los

almacenes de Don Juan; y así lo executaron al instante.

Acalorados como estaban, se dirigieron á su casa, resueltos á sacrificarlo á sus furores, y á vengar en su persona los males padecidos. Don Juan, que tuvo soplo de sus intenciones, ya no estaba en casa; pero pegaron enfurecidos con todos sus muebles, y le llevaron hasta doce mil onzas de vaxilla de plata.

Luego que supieron que Córdoba se había refugiado al Palacio del Virey, fueron á embestir el Palacio, y pidieron tumultuosamente la persona de aquel hombre, para hacer con él justicia, tratándolo de ladron de la patria, y de sanguiuela de los pobres. Ya habian desarmado la guardia de la puerta, y apoderándose de ella; y se hubieran infaliblemente hecho dueños del Palacio, si el Virey, auxiliado de todos sus domésticos armados, no hubiera conseguido desalojar á los que ya estaban en el patio, y cerrado y atrancado las puertas.

Pero crecia el número de los sedicio-

sos. Habia ya mas de cinco mil en la plaza grande, y algunos hacian fuego á las ventanas del Palacio. Las gentes del Virey tiraban tambien sobre los amotinados, y mataban algunos.

Hálleme entónces con unos quarenta hombres, entre muleteros y otros criados. Juntélos lo mas pronto y mejor que pude. Tenia bastante provision de fusiles, pistolas, y espadas. No me faltaba pólvora y municiones. Los armé, pues, á todos completamente. Púseme á su cabeza, y recogí en el camino muchas criaturas del Virey, y algunos amigos de Don Juan. A estos se acogieron algunos bien intencionados, ó que temian ser robados; y los hubo tambien que traxeron sus criados. Con toda esta gente me fuí derecho á la plaza, y caimos, espada en mano, sobre aquella turba sediciosa.

Los que yo capitaneaba serian como unos doscientos hombres bien armados; y bien que hubiese algunos millares de sediciosos, apénas tenian armas de fuego
ochen-

ochenta de ellos, y los mas solo llevaban para ofender un garrote. Por tanto no nos fué dificultoso abrirnos paso hasta el Palacio, á donde llegamos cabalmente quando los amotinados se preparaban á pegar fuego á las puertas.

Allí fué donde encontramos mayor resistencia, y donde hubo algunos mortueros de ambas partes. Pero, finalmente, conseguimos desalojarlos, porque les faltó la pólvora.

Acudieron oportunamente las gentes del Virey, y, con su socorro, limpiamos brevemente la plaza. Tomamos algunos prisioneros. Fuéron acusados los Xefes de la sedición, descubiertos y presos; y, al dia siguiente, se les formó la sumaria con tanta brevedad, que, por la tarde, se ahorcáron catorce.

Yo recibí dos fusilazos: uno en el hombro derecho, y otro en el brazo izquierdo, ademas de una cuchillada en la cabeza. Esta fué la herida mas peligrosa, y que me tuvo mas tiempo en cama.

Pronto supo el Virey lo que yo habia

hecho, y lo que me habia sucedido. Conoció que me debia su salud, y, por ventura, la de todo el Reyno. Envióme dos habiles Cirujanos, y su Médico, con órden de no perdonar diligencia alguna para mi curacion, y de avisarle inmediatamente el estado de mis heridas; pero ya me encontráron entre las manos de un facultativo habil, quien les dixo, que mis heridas no eran mortales.

Al dia siguiente, me visitó su Excelencia; pero como el Cirujano le dixese, que me seria provechoso no hablar y sosegarme, se contentó con saber como lo pasaba; y los dias siguientes envió á preguntar por mi salud dos veces cada dia.

Restablecida la pública tranquilidad, mandó el Virey, que, con toda la diligencia posible, saliese de Vera-Cruz una embarcacion para llevar pliegos á la Corte. Daba cuenta de la sublevacion, y atribuia toda la culpa al Arzobispo. El Prelado, que no se descuidaba, habia ya encontrado medio de despachar otra embarcacion, y en ella uno de sus mas fieles.



les criados, con orden de llegar á la Corte antes que las noticias del Virey, á quien culpaba de sordida avaricia, y de insaciable ambicion; añadiendo, en términos fortísimos, que la opresion en que gemia el pueblo, baxo su mando, habia sido la única causa del amotinamiento.

En la relacion que hizo su Excelencia no dexó de hablar de mí con elogio, atribuyendo el pronto restablecimiento de la tranquilidad, á mi valor, y al oportuno socorro que le llevé; por lo qual me recomendaba mucho á S. M., quien se dignó acordarse de mí en su respuesta, y me expidió título de Noble.

Entretanto me iba yo recobrando por instantes. Así que el Virey supo que me levantaba, me honró con segunda visita. Díxome cosas muy lisongeras. ¡Cuán poco cuesta esto á los poderosos! Entre otras me dixo, que oxala hubiera pensado tan sanamente como yo, quando le dí con tanta franqueza mi dictamen. Concluyó rogándome encarecidamente, que viera

yo en que podia complacerme, para darme convincentes pruebas de lo agradecido que estaba al señalado servicio que le habia yo hecho.

Señor, le dixé, ya que V. E. quiere agradecerme el haber cumplido con mi obligacion, y hecho lo que qualquiera fiel vasallo, me atreveré á suplicaros una gracia. — Yo os la concedo, repuso al instante el Virey: no teneis mas que hablar.—Es, Señor, continué, el perdon y libertad de aquellos pobres desgraciados, condenados á prision perpetua, por haber intentado quitarme la vida.

Generosa accion, por cierto! exclamó el Virey; pero ¿no podria suceder que fuese en daño vuestro, ó de algun otro, ó quizá perjudicial para los mismos por quienes os interesais tan noblemente? No se que diga de poner en libertad á unas gentes capaces de proyectar un asésinato. Cuidado, Señor Scipion, que vuestra generosidad no llégue á costar la vida á algun hombre de bien con quien ellos se enemisten.

Es-

Espero, Señor Excelentísimo, repliqué, que su dilatada prision los habrá corregido. Y si V. E. juzga que he podido merecer alguna recompensa, no puede V. E. darme otra que mas satisfaga mi corazon.

Está bien, dixo el Virey: no debo volver atras mi palabra: ya que así lo quereis, os enviaré su perdon para que los pongais en libertad quando quisiereis, á ménos que no mudeis de parecer: pensad bien en ello.

Cumplióme el Virey efectivamente su palabra, de manera, que, á los tres dias recibí su perdon total. Al instante envié á llamar al hermano mayor de Casablanca, advirtiéndole, que tenia que hablar le de un asunto importantísimo para su familia. No poco le sorprendió un recado de mi parte; pero, sin embargo, vino inmediatamente con el criado que le envié.

Luego que estuvo en mi quarto, me habló en estos términos:

Lleno de rubor, Señor Scipion, me
pon-

pongo en vuestra presencia, despues de la abominable accion de mi hermano, y de la grandeza de alma con que pedisteis su perdon, salvando á toda mi familia de la mayor infamia. Por mas inocente que yo estuviera de su delito, no por eso el castigo hubiera manchado menos á mí, y á mis descendientes. Pero, Señor, á pesar de la repugnancia que sentia á ponerme delante de vos, luego que recibí vuestro recado me puse en camino para tomar vuestras órdenes.

Nada tengo que ordenaros, le repuse; ya veis que mi estado no me permitia ir á buscaros, aunque esta era mi obligacion. Me disimulareis la libertad de haberos llamado para hablaros de un asunto, que convencerá á vuestro infeliz hermano de que yo no merecia su ódio ni su desprecio.

Naturalmente habreis sabido algo del alboroto que hubo dias pasados en esta Ciudad. — Ciertamente que si, interrumpió: todo el mundo alaba la parte que tuvisteis en el restablecimiento del sosie-

go público, y lo que hicisteis para desarmar á los sediciosos.—Entónces le conté quanto acabo de referiros, y seguidamente le puse en la mano el perdon de su hermano.

El pobre hombre no se atrevia á dar crédito á sus ojos. Mantuvose algun tiempo como arrobado, y despues me dixo: Señor, faltanme las palabras para agradecer tan inaudita generosidad. ¿A qué es cansarme? quanto yo dixere será sumamente inferior á vuestro merecimiento.

Pasados algunos mas cumplimientos de esta naturaleza, salió, penetrado de gratitud el corazon, para ir á llevar tan buenas nuevas á su hermano, y á sus camaradas, que en nada ménos pensarian que en su libertad.

Al dia siguiente, volvió á mi casa el hermano mayor para cumplimentarme, y darme gracias de parte de aquellos jóvenes, quienes me aseguró que estaban arrepentidísimos, y que me pedian licencia para visitarme.

Le pregunté si habian lido ya á ren-

dir sus respetos al Virey , y á darle gracias ? Me respondió que habian ido á Palacio con ese fin ; pero que su Excelencia no habia querido verlos , sin que hubiesen antes mostrado su agradecimiento al Señor Scipion , á quien únicamente eran deudores de su libertad.

Díxele , pues , que tendria mucho gusto en abrazarlos , y en acompañarlos á Palacio ; pero con las condiciones de que se olvidarian de todo rencor , de que mirarian por sí propios , no dando jamas al Virey motivo para arrepentirse de su clemencia , y de que , en lo venidero , vivirian mas arregladamente.

Visitáronme efectivamente por la tarde. Iban á deshacerse en agradecimientos, quando yo los ataje diciéndoles : que si ciertamente creian deberme algo , y querian complacerme , lo conseguirian dando de mano á unas expresiones que me desagradaban. Fuí con ellos á presentarme al Virey , y este Señor los reprehendió severísimamente , y dió consejos saludables.

Sucedido esto, me dí prisa á ordenar mis negocios. Reduxe todos mis fondos, en quanto me fué posible, á dinero. Tomé géneros del país, y los envié á España, con órden á mi correspondiente de no enviarme cosa alguna mas á América. Fuime deshaciendo poco á poco de mis mulos; y Agustin compró hasta cincuenta, á nueve meses de crédito, y me los pagó á plazos puntualmente.

Miéntras me disponia para volver á Europa, tuve el disgusto de ver morir á uno de mis buenos amigos. Llamábase Don Ricardo Riza. Era un hombre honradísimo, que me habia acreditado mucha amistad, desde mi establecimiento en México.

Tenia una bella hacienda á tres leguas de la Ciudad; y como era de natural sobradamente generoso, no era la economía su pasion dominante. Jamas pensó en arreglar sus cosas, y siempre en gastar. Por último, se vió reducido á empeñar su hacienda, por veinte mil pesos, á un Comerciante de México, quien, an-

dando el tiempo, dexó acumular los intereses para procurar apropiarsela al precio que él quisiera: cosa que causó mucho sentimiento á Don Ricardo.

Noté que estaba inquieto, y, como le trataba familiarmente, le pregunté el motivo, y le ofrecí quanto de mi dependiera, en caso de poder contribuir al sosiego de su animo. Abrióme su corazon, hizóme ver el desórden de sus negocios, y que aquello le quitaba la tranquilidad y la salud. Entónces le subministré todo el dinero necesario para satisfacer á su acreedor, y me precisó á tomar, para seguridad mia, la prenda que tenia el otro, conociendo bien que yo no abusaria de ella.

Esto pasó cerca de quatro años antes de su muerte, y, en todo este tiempo, no me habia pagado un maravedí de los intereses. Dexó al morir quatro hijas, entre las quales quiso que se repartieran igualmente sus bienes, pagadas primeramente sus deudas.

Quando murió, me enviáron á llamar sus hijas; y, como habia yo sido tan ín-

timo amigo de su padre, no quise negarlas mi asistencia para componer sus negocios.

Envié á llamar á los acreedores, y les pagué á todos, recogiendo sus recibos. Deberia, en diferentes partidas, como unos quatro mil pesos. Hecho esto, persuadí á las hijas de mi amigo que les convenia vender la hacienda, á lo que se conformaron gustosas, por verse libres de todo embarazo.

Presentáronse muchos compradores, pero ninguno ofreció arriba de sesenta mil duros; y no era factible que las hijas del difunto prestasen la mano á vender la hacienda con pérdida tan considerable. Sabia yo muy bien que valia veinte mil mas; y así me determiné á comprarsela por ochenta mil duros, de que deduxe lo que se me debía. Dicha hacienda se hallaba entónces en buen estado, y bien situada; y es la que destino para mi buen amigo el Señor Don Alfonso Blas, juntamente con mi casa de México, que heredé del Obispo.

Todos mis negocios estaban zanjados á la llegada de la flota, á cuyo bordo vino un nuevo Virey, con Comisarios, enviados por la Corte, para tomar informaciones sobre el pasado amotinamiento. Yo habia conseguido plenamente mi gran fin, que fué enriquecerme mucho. Despedime de todos mis amigos, y partí para Vera-Cruz, donde me embarqué en el primer navio que encontré á punto de hacerse á la vela para Europa. Tuvimos, por la gracia de Dios, tan favorable viento, que el trayecto fué felicísimo, y, en tres semanas, llegamos á Cádiz con la mejor salud.

Ved aquí, Señores, una relacion fiel de mi viage á América. Temó que haya sido harto larga, y que mas bien ós haya cansado que entretenido; pero os suplico que os acordeis de que lo hice por pura obediencia.

Todos le diéron repetidas gracias, y le aseguráron que habian oido con grande complacencia la narracion de sus aventuras.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO I.

Cae enfermo Don Sancho. Causa y consecuencias de su enfermedad.

La Condesa y su hija , con el modo mas agasagador y cariñoso que cabe , convidaron á todos los concurrentes á que fueran á pasar una parte del verano en sus haciendas. Luego que partiéron , quedó mi hermano pensativo , y poco á poco fué cayendo en una melancolía profunda. Procuraba estar solo : no se acordaba de la caza , ni de la pesca , y se le volvieron insípidos todos los demas placeres. Hablaba poco , huía de todo trato , y , por último , perdió el apetito. Ninguno de nosotros dexó de conocer aquella alteracion ; pero como no quiso confesar á nadie el motivo de su melancolía , ni tampoco pudo conocerse un Médico , que llamó mi madre , se le apoderó insensiblemente

te el mal, de tal manera, que, en ménos de quince dias, se vió precisado á guardar cama. Por mas que se le representó el amor que nuestros padres le tenían, y la pena que su enfermedad les causaba; y por mas que Don Alfonso se valió de la amistad que le profesaba, todo fué inútil: no pudo conseguirse que descubriera la causa de su enfermedad. Mas, al fin, la sagacidad de mi generoso patron lo alcanzó. Un dia, que estaba junto á su cama, con mi madre, dixo, entre otras cosas, que, si la enfermedad de su amigo Sancho continuaba, le privaria del gusto de llevarnos á las haciendas de Ximenez, para pasar allí algunos dias con la Condesa.

Reparó, que, al oir esto mi hermano, mudó de color, se le ayiváron los ojos, antes languidos y abatidos, se incorporó sobre la cama, y dixo, que si su indisposicion hubiese de privar al Señor Don Alfonso de qualquiera complacencia, el pesar mismo le seria todavía mas dañoso que la enfermedad, pero que es-

peraba poder dexar la cama, y hacer como los otros.

Así lo deseo, repuso Don Alfonso, y confio en que así será: animaos ahora, recobrad vuestra primera alegría, y estad seguro de que luego que podais viajar, la mudanza de ayres acabará de curaros.—Avisáron entónces que la comida estaba pronta, y le dexamos con un criado viejo que le asistia.

Luego que salimos, dixo Don Alfonso á mi madre, que no tuviese cuidado de la enfermedad de su hijo, pues, conocida una vez la causa, seria facil hallar el remedio.

Esa es la dificultad, replicó mi madre: ahí es donde los Médicos pierden el tino.

Pues, Señora, repuso Don Alfonso, apuesto á que yo he dado en ella: no esteis mas inquieta: vuestro hijo está enamorado; pero restanos saber si es de la Condesa, ó de su hija, cosa que no será dificultoso averiguar.

Entónces declaró en que fundaba su

congetura, y todos la tuvieron por muy fundada.

Tú, Alfonso, continuó, procura acabar el descubrimiento, y ver si mi congetura es justa; pero me temo que lo sea, y es cosa que siento mucho. La Condesita es un partido de treinta mil ducados de renta, y su madre delicadísima en la elección de yerno, porque en su familia jamas se ha tolerado lo mas mínimo en esto de alianzas; Pero si precisamente es el amor quien causa los males de nuestro amigo, será necesario li-sonjear, en algun modo, su pasion con alguna ligera esperanza; pues si en lo sucesivo se viere que no hay que tener ninguna, ya entónces la razon y el tiempo podrán curarlo de su pasion.

Continuó haciendonos relacion de la familia de la Señorita, tal qual yo lo he referido. Y, acabada la comida, pasamos á otro quarto á tomar café; pero mi padre se fué con Don Scipion á dar un paseo por el jardin, y no volviéron hasta que ya iban á ponerse á jugar al *hombre*.

— Sentados ya á jugar, aparté á mi padre hácia el hueco de una ventana, y le conté lo que Don Alfonso había opinado sobre la enfermedad de mi hermano, y las razones en que apoyaba sus conjeturas.

— Está bien, dixo mi padre: ven conmigo, le haremos una visita, y procuraremos tratar mas de intento este negocio.

— Animo, hijo mio Sancho, dixo mi padre acercándose á la cama del enfermo. Nunca hubiera creído que te abatiera tanto un malecillo de nonada. A tu edad habias de tener mas resistencia.

— Yo recelo, padre mio, añadí, que el Médico que le cura no es del sexô conveniente para restablecerlo á su primera salud. O me engaño mucho, ó hay en la vecindad de Xativa alguna buena cara que lo curaria mejor que quantos remedios encierra la Medicina.

— ¿Seria esto verdad, Sancho? le preguntó mi padre sonriéndose. — Me han educado, respondió, con tan escrupuloso

respeto á la verdad, que no puedo menos de confesaros, padre mio, que mi hermano no se engaña. Los bellos ojos de la Condesita Ximenez me han herido tanto mas cruelmente, quanto mayor es la dificultad de remover los obstáculos que se oponen á mis deseos. La disparidad es tan grande (y sea dicho sin ofenderos) entre su casa y la nuestra, que no veo la menor apariencia de poder nunca poseer tan precioso tesoro; y la passion que me ha despertado es tan fuerte, que no ha de poder superarla esfuerzo alguno de mi razon.

Pues yo, interrumpió mi padre, tengo mejores esperanzas que tú, y no creo tan dificultosa, como te lo imaginas, la remocion de todos esos obstáculos. Por poco que se ahonde en el origen de las familias, aun de las mas illustres, se encuentra sobrado con que humillar su necio orgullo; y lo seguro es que la virtud constituye la verdadera nobleza.

Eso está bien, Señor, repuso mi hermano; pero acaso ¿se guia siempre el mundo

do por la razon? La posteridad de los grandes hombres, no tanto funda su orgullo sobre sus virtudes, quanto sobre los pomposos títulos heredados. Poquísimos se ven que amen con preferencia la virtud; y se ven muchos ensoberbecidos por el humo de un título vano. Un hombre de mérito, de nacimiento baxo, está siempre expuesto, entre los Nobles, á ceder á un fatuo, ó á un picaro, que cuente una larga serie de antepasados revestidos de dignidades y títulos. Y fuera de esto, Señor, yo me veo distantísimo de poderme aplicar el paralelo; porque, en fin, ¿de qué especie de mérito me puedo glorificar?

Confía, vuelvo á decirte, prosiguió mi padre: procura animarte, y cuenta sobre mi palabra, que los impedimentos se desvanecerán; y, si no hubiere mayores dificultades que superar, bien puedes ya mirarte como yerno de la Condesa. No quiero decirte mas; y piensa únicamente en tu salud, que, una vez restablecido, verás que lo que te di-

go no es una quimera. A veces lo que parece imposible á unos, es facilísimo para otros.

Ya sabes, añadí, hermano mio, quanta es la probidad de nuestro padre; con que así, no dudes un instante del cumplimiento de su palabra. Persuadido estoy á que no te haria una promesa en términos tan positivos, si no tuviese seguridad de cumplirla.

Con tal que su demasiada ternura no le engañe, replicó Sancho, y que le presente posible lo que: No, no, interrumpió mi padre: te hablo con muchísimo fundamento: Sosiegate, y descansa sobre mis conocimientos, sobre mis experiencias, y, en especial, sobre mi veracidad. Luego que te halles en estado de caminar, iremos á hacer una visita á la Condesa, y me atrevo á asegurarte, que vendrá gustosa en darte á su hija. Mañana iré á dar una vuelta á Liria, y volveré dentro de dos ó tres días; y, si, á mi regreso, te hallares capaz de baxar la escalera, podré entónces sorprehender-te,

te, convencerte y llenarte de júbilo. Verdad es, que nada ménos era menester que el estado en que te miro, para revelar un secreto, á nadie descubierto hasta ahora, ni aun á vuestra madre..... Pero, hijo mio, recelo que te haga mal el hablar mucho. Alfonso y yo jugaremos una partida á los cientos, y con eso te divertirás algo.

Pusimonos, en efecto, á jugar; pero jugué distraidísimo, y tan preocupado con las esperanzas que mi padre habia dado á mi hermano, que solia tomar una carta por otra. Mis equivocaciones divirtieron mucho á Sancho, quien, desde entónces, nos pareció ya muy otro. ¡Tanto le habia alentado el discurso de mi padre!

Jugamos hasta que encendiéron luces. Mi padre exhortó á Sancho á tener buen animo, y nos despedimos. Dixo mi padre al Señor Don Alfonso, que mi hermano le habia confesado estar enamorado de la Condesita; y que habia adivinado bien la causa del mal que moles-

ta-

taba á mi hermano. Añadió, que le habia prometido contentarlo, y que, para facilitar el cumplimiento de la promesa, partiria para Liria al dia siguiente. Suplicó á todos los concurrentes, que le oian admirados, que suspendiesen su curiosidad hasta su vuelta; que no estaria fuera mas que dos ó tres dias; y que entónces enteraria á todos del motivo de su viage.

No tardaron en servir la cena. Pasóse lo restante de la noche hablando de asuntos varios, y luego cada qual se retiró á su quarto.

Al dia siguiente partió mi padre, y no estuvo fuera mas que tres dias, como lo habia dicho. Llegó quando ibamos á sentarnos para cenar.

Le felicitáron sobre su pronto y feliz regreso, habláron de cosas indiferentes miéntras la cena; y ya quitados los manteles, y retirada la familia, dixo mi padre, que, ántes de entrar en la sala de comer, habia subido á visitar al Conde de Ximenez, á quien habia encontrado

tan restablecido, que contaba con que podría salir de su cuarto al otro día.

Sonrióse Don Alfonso de oír que mi padre daba á mi hermano el título de Conde de Ximenez.—Yo quisiera, dixo, que mi amigo Sancho estuviera tan seguro de ese título, como yo lo estoy de que lo merece.

No estamos tan fuera, replicó mi padre, del tiempo de los milagros, como pensais.—Pues no sería un gran prodigio, repuso Doña Serafina, porque la Condesita debe heredar el título juntamente con los bienes. Sancho es jóven, buen mozo, bien educado, de buen genio, y no le falta ingenio, ni bellos modales. ¿Qué milagro, pues, que una Dama de discernimiento hiciese justicia al mérito de un hombre así?

Pero, Señora, interrumpió mi padre, hay ademas haberseme asegurado, que la rama masculina de Ximenez no está totalmente extinguida; y en tal caso, aunque la Condesita tenga derecho á los bienes, no lo tendrá al título.

Pues noticia es esa, replicó mi patrón, b que me ha parado un poco; porque oí decir á Don Lorenzo Velasco, que es uno de los Fidei-Comisarios; cómo iherédero de su abuelo, que, mientras la rama masculina de los Ximenez no se extinga, no pueden las mugeres heredar la hacienda, y la qual está pensionada en una suma de 200.000 ducados, para repartirse entre las hijas, segun el número que hubiere.... Pero decidme, por Dios, ¿de dónde de teneis esa noticia?

Mañana, respondió mi padre, vereis aquí al Conde de Ximenez, porque habeis de saber que he traído conigo las pruebas auténticas de su genealogía. Y es tan íntimo amigo de mi hijo, que, por contribuir al restablecimiento de su salud, renunciará gustoso, en su favor, y en el de la Condesita, á todos los derechos que pudiere tener, así al título como á los bienes, en caso de que la madre quiera recibir á Sancho por yerno. Por cierto que es un rasgo de amistad rarísimo, y que será poco imitado,

dixo Don Juan de Juntella.

Pues una razon hay que disminuirá vuestra admiracion, quando la supiereis, replicó mi padre; pero todavía hay otra condicion en el caso, y esta os toca, la qual es que el amigo quiere que, para el ventajoso establecimiento de Sancho, transfirais al segundo los bienes que destinais al primero.

Sino hay, repuso Don Juan, mas estorvo que ese para retardar la felicidad de Don Sancho, pronto logrará quanto apetece.

Ya estais, pues, enterado del motivo de mi viage, continuó mi padre: mañana se hallará aquí el Conde, con dos Abogados, para confirmar quanto ha prometido.

Yo estaba verdaderamente complacido de las satisfacciones de mi hermano, y tanto que apenas me movian los provechos que me resultaban con la herencia de mi tio, en caso de que muriese sin sucesion.

Las Damas, particularmente, estaban

impacientísimas de ver al Conde ; y preguntaban á qual mas podia.—¿Dónde se ha mantenido oculto tanto tiempo? decía una. ¿Por qué no ha hecho valer sus derechos sobre el título y los bienes? saltaba otra. ¿Dónde lo habeis visto? preguntaban á mi padre todas juntas. ¿Cómo lo habeis hallado? ¿Quánto ha que lo conoceis? ¿Dónde vive? ¿Qué especie de hombre es? ¿Tiene buena persona? ¿Está bien educado? Y qué sé yo quantas mas preguntas, de que no me acuerdo.—Mi padre estuvo escuchando hasta que acabáron de preguntarle, y despues respondió: que satisfaria menudamente á todas las preguntas; pero que rogaba á todos aguardasen hasta el dia siguiente. Con lo qual se mudó de conversacion.

Luego que los ví metidos en otras materias, me escurrí para ir á ver á mi hermano, porque tenia vivos deseos de noticiarle quanto acababa de oir. Fuí derechamente á su quarto, y se lo conté todo, todo, hasta la circunstancia menor.

Abra-

Abrazóme estrechamente diciéndome, que le habia dado la vida; pero, continuó, no puedo dar en quien sea este Conde, ni de donde venga. ¿Cómo lo ha conocido nuestro padre? porque ello es que nunca le he oido hablar de tal Conde de Ximenez; y crece la admiracion quando se reflexiona, que es preciso que su trato sea frecuente, y su amistad íntima, segun se deduce de tan generosas ofertas; pero tengamos paciencia hasta que el dia de mañana nos revele el misterio.—Conociendo yo que tenia gana de descansar, me retiré.

A la mañana siguiente, el primero que entró en la sala de comer fué mi hermano, quien, aunque débil, manifestaba mucha alegría en el semblante. Así que nos saludamos, me dixo, que nuestro padre habia sido el mejor Médico.—No tanto como te parece, le repliqué, pues Don Alfonso fué el descubridor de la causa de tu mal; bien que nuestro padre haya sido el curandero.

En verdad, hermano mio, dixo Sanchcho,

cho, que no pasa día que no debamos algun nuevo beneficio á este Señor. Nada deseo tanto como que qualquiera de nosotros dos tenga ocasion de hacerle algun señalado servicio, y de probarle, que no siempre es la sangre la que dicta el agradecimiento, y que la virtud suele tener tantos atractivos para los de mediana clase, como para los de mas elevada cuna.

Ya veremos que no tardaron en cumplirse estos deseos, porque sobrevino un negocio en que mi hermano mostró no ménos presencïa de espíritu que afecto al Señor Don Alfonso, nuestro generoso patron.

Hablando como estabamos, oimos un confuso ruido en la antecámara. Al salir, para saber lo que era, vimos una muger, al parecer muerta, y cubierta de sangre, que traian los criados de Don Alfonso.

Preguntamos al instante ¿quién era, y quién la habia puesto de aquel modo?—Díxonos un palafrenero, que aque-

lla

lla muger, perseguida por un hombre con la espada desnuda, se habia refugiado en la caballeriza, clamando por socorro; que allí cayó desmayada; que detuviéron al asesino, que dixo ser su marido; que este les habia contado, que halló á su muger entre los brazos de un jóven, á quien amorosamente abrazaba; que, á tal vista, le cegó la cólera de manera, que mató de una estocada al infame adultero; y que hubiera hecho otro tanto con su mala muger, sino la hubiera prestado alas el miedo, y buscado asilo en la casa del Conde.

Mandé que metieran en un quarto á la muger, y que la desnudasen las criadas para ver donde estaba herida. Despaché á toda prisa un lacayo para que tragese un Cirujano de Valencia; y envié al mismo tiempo á la casa de aquel hombre, á saber si el jóven, que se daba por muerto, tenia alguna esperanza de vida, para suministrarle algun socorro. Dixéronme que el matador subsistia en el lugar, y que su casa no distaba
cien

cien pasos de las tapias del jardín de Leyva.

Todo quanto mandé se puso por obra. La muger volvió en sí; y, aunque tan ensangrentada, no tenía herida alguna. Encontraron al jóven todavía vivo, tendido en tierra, y anegado en su sangre. Llamados algunos vecinos por las gentes de Don Alfonso, registraron al herido, y le hallaron una estocada que lo pasaba de parte á parte. Procuraron lo mejor que pudieron estancar la sangre, vendaron las heridas, y lo pusieron en la cama.

Luego que Don Alfonso y las Damas supieron que la muger había vuelto en sí, baxaron á verla, por haberles asegurado que no estaba herida. Mandaron que la pusieran en una cama: sangróla un criado de la casa, que sabía sangrar; y la dexaron sola con una criada para que descansara.

Como estaba cerca de la sala que habitabamos, la oíamos gritar qual desesperada: ¡Ay, hijo mio! Ay, mi pobre hijo!

¡ *Ab, padre bárbaro!* ; *Ab, hombre violento!* ; *Ab, inhumano padre!* ; *Ay, desgraciada de mí!* ; *qué no muriera yo al instante!* ; *Ay, hijo de mis entrañas!*

Habia mandado Don Alfonso que le traxeran al matador. Luego que alcanzó á verlo, le preguntó el motivo de una accion tan bárbara.

El motivo, respondió, es una afrenta: una afrenta tan sensible, que solo un vil la sufre, sin lavar su mancha en la sangre del ofensor.

Hecho este escandaloso preámbulo, dixo, que era soldado de la guarnicion de Valencia, y que, habiendo ido á visitar á su muger al lugar del Conde, la habia encontrado entre los brazos de un mozo, á quien acariciaba.

Mandó Don Alfonso que lo aseguraran, hasta que la justicia se entregase de él. El Corregidor de Valencia envió unos Alguaciles á buscarlo, y lo metieron en la cárcel.

A poco despues llegó el Cirujano, pero ya habia espirado el jóven.

Algo recobrada ya la muger de su primer espanto , fuéron las Damas á verla. Ella las dixo , que habia treinta años que estaba casada , y solo tenido un hijo de su marido infeliz ; que , á la edad de quinze años , fué su hijo con los Galeones á Vera-Cruz ; y que , viendo que no le iba mal en América , se habia quedado allí ; que , despues de catorce años de permanencia , habia regresado con la flota para visitar á sus padres y socorrerlos ; y que , en recompensa de su amor filial , habia encontrado la muerte entre los brazos de su madre , siendo su mismo padre el matador.

Todos se condoliéron de aquella pobre muger : todos se lastimáron de su dolor ; pero nada bastó á consolarla. Tan grande era su pena , que no podia tomar alimento alguno ; y fué por grados cayendo en una melancolía que acabó en delirio. Estuvo dos dias y una noche llamando continuamente á su marido y á su hijo , hasta que murió despechada al principio de la segunda noche.

El desventurado padre supo en la prisión lo restante de sus desgracias. Degeneró su dolor en una especie de frenesí, de tal suerte, que se machucó la cabeza contra una pared del calabozo, terminando sus desdichas con su muerte.

Encontráron al jóven una caxita en que habia perlas y esmeraldas, que se valuáron en diez mil pesos; y ademas, en la faltriquera, siete doblones en oro, y alguna plata en duros y pesetas.

Don Alfonso lo recogió todo, y lo entregó escrupulosamente á los parientes mas cercanos de aquellos pobres infelices.

CAPITULO II.

Que podrá leerse, ó pasarse en claro.

Por este accidente no pudo mi padre satisfacer á las preguntas que le hicieron las Damas la noche antes; pero, apénas acabaron de comer, quando la Condesa le reconvino con el cumplimiento de su palabra, para satisfacer su curiosidad. Por consiguiente le preguntó. ¿Si pensaba ver en aquel mismo dia en Leyva al Conde de Ximenez?

Respondióla mi padre, que siempre lo encontraria dispuesto á obedecer sus órdenes; y que, en quanto al Conde, tenia seguridad de que lograria el honor de cenar en su compañía aquella misma noche, á ménos de que no se lo impidiera algun grave inopinado accidente.

Tengo suma curiosidad de conocerle, recargó la Condesa, porque la oferta generosa de dar una hacienda tan considerable, me parece un acto de amistad, no

solo raro , sino aun maravilloso ; ademas de que el no haber tomado hasta ahora ese Señor el título , denota mucho desasimilamiento del mundo.

Por ventura , añadió mi tia , habrá profesado el Conde en algun órden religioso ; y en tal caso nada hay de raro en su desinteres.

El Conde de Ximenez , continuó mi padre , conoce muy bien el mundo : ha experimentado que no hay mas que vaciedad y humo en lo que llaman placeres de la vida : sabe quan poca cosa es la confianza puesta en los hombres ; y que el Sabio ni aun fia en los Príncipes y Grandes de la tierra : aprecia como meras gesticulaciones los respetos y cumplimientos que se le tributan ; y se rie de los vanos títulos que no aumentan un grano de mérito verdadero al que los obstenta : el mismo Conde os dirá que la vida del mundo pasa como un soplo ; y que se goza como cosa prestada : que es necesario ser muy loco é imprudente para hacerla el mas importante objeto del cuidado ; y que es tanta la vi-

ci-

cisitud de las cosas mundanas , que el hombre que , á los inseparables embarazos de la vida humana , añade los cuidados de una familia , y los de adquirir fama y eternizar su nombre , como dicen , debería ser metido en una jaula ; pues sabemos por la historia , que los mas poderosos Imperios , y las mas grandes Monarquías , solo tuviéron un tiempo , y á nosotros no ha llegado mas que un nombre vano , para mostrarnos unicamente quanta locura y necesidad se encierra en fundarse sobre una fantasma de política ó de poder humano. ¿Dónde están , podrá preguntaros el Conde , aquellos dominadores del Universo , aquellos Romanos altivos , cuya ambicion no conoció otros límites que los del mundo ? Pero , sin salir de nuestra patria , ¿no vemos que una batalla sola puso en poder de los Moros la Monarquía que fué de los Godos por mas de doscientos y noventa y siete años ? Mas : una sola batalla , dada en el año de setecientos catorce , extinguió hasta el nombre de los Godos , pues desde entónces no quedó una Provincia

ba-

baxo su nombre: de manera, que aquella Nacion, antes tan famosa en Oriente y Occidente, aquella que venció al gran Cyro, y subyugó toda el Asia, que sometió tantos Reynos poderosos, hizo frente á Alexandro el Grande, desoló el pais que habia conquistado, y aprisionó al Rey su sucesor; ⁽¹⁾ aquella Nacion, digo, que pisó la Magestad del Imperio Romano, venció Emperadores, Generales famosos, y Exércitos enteros, que subyugó tantas Ciudades en Italia, saqueó á Roma, Capital del Imperio, y se apoderó de tantas bellas Provincias de Occidente, donde reynó por tanto tiempo con equidad y valor: aquella Nacion valiente, vuelvo á decir, quedó en un solo dia exterminada, sin libertar de la derrota mas que la memoria de un gran nombre.

Por lo tocante al nacimiento os dirá tambien, que como es un efecto de la casualidad, y no del mérito, ni puede honrar al hombre malo, bien nacido, ni en-

(1) Era Lysimaco.

vilecer al hombre de mérito de estado humilde.

En quanto á los títulos , no conoce el Conde otro mas bello que el de buen Christiano , porque este hace dichoso al que verdaderamente lo merece , cosa que no pueden verificar las dignidades mas relevantes que conocemos.

Y, en una palabra , tiene el Conde de Ximenez por mas grande Conquistador al que vence sus pasiones , que al que asola Imperios. Toda su ambicion se ciñe ahora á vivir como criatura racional , esto es , á despreciar todo lo que es pasajero y prestado , y á no pensar mas que en asegurarse lo permanente y sólido.

Nos habeis hecho , le dixo D. Alfonso, el retrato de un verdadero Filósofo Christiano: con dificultad se encontraria su semejante.

Pues , con todo , prosiguió mi padre, el Conde confiesa que debe á vuestro exemplo la vergüenza de sus vanidades, y que, con él , ha podido vencer sus pasiones , y dominar sus flaquezas. Ad-

mira mucho al Señor Don Alfonso, lo ama, y procura imitarlo. Creo, Señoras, continuó, que lo dicho puede satisfacer á las mas de las preguntas que me habeis hecho; y me persuado tambien á que, diciendos que ha cerca de doce años que descubrí en Madrid al Conde de Ximenez, habré contentado totalmente vuestra curiosidad.

Casi me hariais creer que lo conozco, dixo Don Alfonso, oidas las buenas ausencias que tengo de parte suya.

Aun os diré mas, añadió mi padre, y es que lo honrais con vuestra amistad, distincion que aprecia él sobre todas las distinciones del mundo. Pero, por acabar de satisfaceros, voy á mostraros su genealogía. Entónces desarrolló un lio de pergamino viejo, donde estaba. Daba principio quinientos diez y seis años antes del nacimiento del Salvador del mundo, quando los Cartagineses fuéron llamados al socorro de los Jenizaros, estrechados por los pueblos de la Andalucía, conocida entónces baxo el nombre de Be-

tica, los quales desembarcaron en España, baxo las órdenes de Maherbal. Dicho arbol genealógico empezaba en un cierto Baucio Capeto, cuyo hijo mayor fué llamado el Siciliano. El hijo de este se llamó Ramiro, que fué otro Maherbal á la cabeza de los Españoles.—Pasamos ligeramente la vista sobre estos antiguos nombres, cuya serie nos llevó, en línea recta, hasta Don Garcia, Señor de Ximenez, muerto en la batalla contra los Moros, año mil trescientos quarenta. En dicha batalla, los Españoles y los Portugueses, con solo ciento quarenta mil caballos, y veinte y cinco mil Infantes, acometieron á los Moros (en número de sesenta mil caballos, y trescientos mil Infantes), les ganaron una victoria completa, dexaron trescientos mil sobre el campo de batalla, apresaron quatro mugeres y tres hijos del Rey Moro, y tomaron tesoros inmensos, así en oro, como en plata y otros efectos.

Este Don Garcia dexó un hijo, que fué llamado Manuel, Conde de Ximenez,

cuya descendencia vemos puntualmente seguida hasta Don Henrique, nieto de otro Don Henrique, que nació en el año de mil quinientos setenta y quatro.

Ahora podemos pasar, dixo mi padre, á la rama colateral; pues, aunque la línea directa no pase mas allá, sabéis, no obstante, que se ha continuado aquella hasta la muerte del último Conde, que murió sin hijos, habrá poco mas de cinco años. Para ello hemos de retroceder hasta Don Henrique.—Entónces nos pusimos á exâminar mas escrupulosamente el arbol genealógico, atendiendo con el mayor cuidado á la explicacion de mi padre. Pero ¡quánto fué el pasmo de toda la concurrencia, quando viéron y tocáron que el Conde de Ximenez (continuacion de una casa tan antigua é ilustre) era Gil Blas, aquel que, hasta entónces, habia sido mirado con cierta especie de menosprecio, por la aparente baxeza de su origen! Don Alfonso se alegró sincerísimamente. Mi madre y mi tio no sabian donde estaban

de

de gozo. Y mi hermano y yo estabamos transportados de un modo que no cabe en la explicacion.

Aun no es esto todo, dixo mi padre, despues de apurados, de una y otra parte, los cumplimientos y enhorabuenas. Quiero ahora instruiros de como vino á mis manos esta genealogía, para que no la creais hecha á placer. Digo, pues, que está debidamente verificada por los registros de las Parroquias, y por los títulos mas auténticos de la Cámara de los Heraldos de Vizcaya y de Madrid.

Tambien hay aquí, en la misma caxita, ciertos títulos viejos que nunca me puse á examinar, mientras hubo un heredero descendiente por línea recta. Y aun pienso dexarlos hasta la llegada de dos Abogados, que confio me permitireis detener aquí, hasta tanto que, visto lo que esto es, nos enteren de todo.

Díxole Don Alfonso, que así podia mandar en Leyva, como en Liria. Agradecióselo mi padre con una profunda reverencia, y luego continuó así: bien podeis

deis acordaros, amado patron mio, que habrá una docena de años que fuí á Madrid para solicitar el cange de Don Lope de Córdoba, quien, hecho prisionero de guerra en la jornada de San-Venant, fué llevado á Francia. Como este Caballero era pariente vuestro, procedí tan zeloso, que al cabo conseguí que un Coronel Frances, hecho tambien prisionero en San-Guilain, quando esta plaza fué tomada por Don Juan de Austria, quedase libre sobre su palabra, á condicion que Don Lope seria cangeado por él, luego que llegase á Francia, ó que, si no, volveria á España á constituirse prisionero.

Cierto dia, que iba yo á la Secretaría de Guerra, una persona hizo señas á mi cochero para que parase, y se vino derecha á mí.

Si no me engaño, Señor, me dixo aquel Extrangero, sois Don Gil Blas. No os engañais; le respondí, porque soy el mismo: pues, Señor, continuó, dadme hora en que pueda veros con libertad, sin que nadie nos interrumpa. Tengo que comu-

nicaros cosas, que celebrareis mucho saber; y, ademas, tengo algunos papeles, que tambien podré entregaros; pues la reputacion que ahora gozais me hace creible, que no sois aquel vano impertinente hombre de fortuna que erais la última vez que os ví en esta Villa, quando os favorecia tanto el Duque de Lerma. ¿Dónde vivís?

No dexó de darme que hacer la desvergüenza de aquel hombre, que, en lo substancial, no retrataba malamente lo que yo habia sido. Trabaje mucho con la imaginacion para reconocerle; mas no pude.

Miéntas lo examinaba atentísimamente, volvió á preguntarme, con harta sequedad, donde vivia. Díxelo, y tambien que fuese á verme á la mañana siguiente, pues, para mayor precaucion, daria órden en mi casa que dixesen á quantos me buscasen, que yo no estaba en ella: pero le pedí al mismo tiempo, que me dixese su nombre, para que mis criados supiesen que él era el único para quien yo estaba visible.

Me

Me llamo, respondió, Bernardo Moscada: soy el hijo del tendero de Oviedo: no faltaré mañana á ir á veros; y, dicho esto, echó á andar, sin aguardar mas respuesta.

Entónces me acordé de que le habia dado sobradas razones para pintar tan naturalmente al Señor favorecido del Duque de Lerma; pues en aquellos tiempos tuvo valor para decirme cara á cara algunas verdades, y yo la bondad de agarrarle por el brazo, y echarlo fuera de mi casa, con prohibicion de volver á ella.

Al dia siguiente, muy temprano, me anunciáron al Señor Moscada. Mandé que le diesen entrada, y, para reparar, en algun modo, mi antigua descortesía, le salí á recibir hasta la mitad de la escalera, le hice pasar delante, le presenté una silla comodísima, mandé que nos traxesen chocolate, y encargué seriamente que no nos interrumpiera persona alguna.

Luego que estuvimos solos, dió principio el Señor Moscada á su discurso en

estos términos: he venido Señor Don Gil Blas (os hablo así porque sé que el Rey, dueño absoluto de las gracias y de los títulos, os ha condecorado con el *Don*, que ciertamente no os hubiera concedido á haberos conocido bien) he venido, vuelvo á decir, para noticiaros á vos mismo quien sois.

Confieso que semejante principio me desagradó. Procuré pasar revista á mi vida de algunos años á aquella parte, para ver si se me habrían escapado algunas señales de la vanidad, que tanto me embriagó en los años primeros de mi privanza.

Aunque nada tuve que reprehenderme sobre este punto, al fin me resolví á dar campo libre á aquel *Cínico*, pues como tal lo miraba, y á oírle pacientemente, para mortificar así su malicia, ó su mala intencion, en caso de que hubiese venido, segun yo lo creia, á insultarme. Respóndile, pues, con gran sosiego: que, si la instruccion que iba á darme procedia de buena voluntad, no podria ne-

garle mi amistad y agradecimiento: que, si era algun resto de encono por el modo descortes y grosero con que en otro tiempo le traté, le escucharía con mayor conformidad y paciencia, pues dí verdaderamente motivo para todo: y que, finalmente, si era por desprecio, por envidia, ó por efecto de su vanidad, estaba preparado á disculparlo, y á reírme; y que así, aunque no tenia gran necesidad de sus instrucciones, podia continuar en el mismo tono que habia empezado, sin temor de que yo le interrumpiese.

Vos mismo, prosiguió, juzgareis por mi discurso del motivo que me ha traído á vuestra casa. — Quando vuestro padre fué llevado á Oviedo, á lo mas, unos doce años. Habíanlo sacado de la casa de huérfanos de San Sebastian, á donde fué enviado desde la de Estella; y el que le sacó de ésta era un chalan de caballos.

— Mi abuelo supo esto por el mismo chalan, que era de nuestro pueblo, y ami-

go de nuestra familia. Vuestro padre sirvió de domador y palafrenero, y estuvo con su amo el chalan hasta la edad de veinte años. Es menester que sepais, aunque quiza lo sabreis tan bien como yo, que, quando se recibe un huerfano en qualquiera de estas casas, se le da desde luego un apellido. Los Directores de la de Estella diéron á vuestro padre el de *Blas*, que es el que ha dexado. Pero, por no separarme de mi asunto, vuestro padre sentó plaza, y fué enviado á Flandes, donde estuvo siete años en el Regimiento del Príncipe de Parma Alexandro Farnesio, que mandaba en aquel pais.

Quiso el Rey, en dicho tiempo, castigar á los Aragoneses, por la evasion de Antonio Perez, quien (habiendo sido favorecido, Secretario de Estado, y primer Ministro) cayó en desgracia del Rey, y fué puesto en una prision, de la que se escapó, y se retiró á Aragon, donde volviéron á prenderle. Envióse, pues, para castigar á los Aragoneses, un cuerpo de tropas, mandado por Don Alfonso de Vargas.

gas. Vuestro padre fué de aquel número; y, como verisimilmente cumplió bien con sus obligaciones, luego que quedó aquel Reyno reducido al mas deplorable estado, consiguió su licencia absoluta, y le ofrecieron una alabarda, en caso que quisiera volver á servir.

Fué á dar una vuelta á Oviedo, y encontró, al llegar, moribundo á su antiguo amo, y á mi abuelo junto á la cama del moribundo.

El Chalan, que siempre quiso mucho á Blas, se alegró sobremanera de verlo con salud, despues de tan larga ausencia, sin haber tenido la menor noticia suya. Lo abrazó cariñosamente, y le dixo. ¡Quánto me alegro de verte, amigo mio Blas! Nunca te he olvidado, y, en prueba de ello, hice mención de tí en mi testamento, señalándote una manda de doscientos doblones, en caso que volvieses á Oviedo, ó que hubiese noticias tuyas, en el término de diez años contados desde mi muerte. Tambien dexo una declaracion formal del lugar, y del como venistes á servirme.

La

La hice baxo juramento , y quedó registrada. Pero pues estás aquí, y el tiempo no es de perder, llamaré un Escribano , para declarar entre sus manos, que eres la misma persona que saqué de la Casa de huérfanos de San Sebastian; y ruego á mi amigo Moscada que sea testigo , y que firme el registro de esta declaracion. Tu cuida por tu parte de darte á reconocer á las gentes del pueblo que tratabas , de exigirles una formal declaracion , y de hacer registrar la licencia, que supongo has obtenido.

Además te aconsejo que, con esos certificados, vayas á San Sebastian, y pidas uno al Director de los huérfanos , en el que declaren , que eres el mismo que les fué enviado desde Estella , y que, desde su misma casa, pasastes á mi servicio , y venistes conmigo á Oviedo.

Tanto agradeció vuestro padre las finezas de su antiguo amo , que , mas que con palabras , expresó con llanto su gratitud.

Pocos dias despues murió el chalan.

Mi

Mi abuelo pagó á Blas la suma legada , y le repitió lo que le habia recomendado el difunto : esto es , que así por su provecho propio , como por el de sus descendientes , no descuidase ir á San Sebastian á pedir las certificaciones. — Como se hallaba en el lugar mismo , pidió á sus conocidos las declaraciones ; pero no fué á San Sebastian hasta el año siguiente.

Dedicóse al ejercicio de chalan ; y como habia aprendido con un maestro habil , salió diestro en el oficio , de manera que no le iba mal.

Al año siguiente partió de Oviedo , y tendria entónces veinte y ocho años. Siguiendo las ferias , le lleváron sus intereses á San Sebastian. Allí se acordó de lo que tanto le habia recomendado su amo. Consiguió sin dificultad de los administradores de la Casa de huérfanos un certificado , tal qual él lo deseaba. Desde allí pasó á Estella , donde los Directores le diéron una declaracion de que lo habian recibido á la edad de ocho años ; que despues lo enviáron á San Sebastian ; y que le

le habian apellidado *Blas* ; pero que su verdadero apellido era *Ximenez* , hijo de Bernardo Ximenez , vecino de Estella.

Desde esta última Ciudad pasó á Logroño. Allí se enamoró de la criada de la casa en que vivía , y , en vez de pasar adelante , se detuvo algunos dias. Mientras tanto envió sus caballos hácia la feria de Zaragoza , al cuidado de un hombre con dos mozos.

Tanto creció su amor á la criada , que se determinó á casarse con ella. Así se lo propuso á sus amos , y ellos le elogiáron mucho la virtud , fidelidad y buen genio de la muchacha ; y como les pareció que Blas era un partido ventajoso para una moza de servicio , la llamáron , y la dixéron quales eran las intenciones de vuestro padre.

Respondió con modestia , que no sentia repugnancia alguna á su persona , y que no la pesaria un establecimiento que la proporcionase mayor descanso que tenia sirviendo ; pero que no podia resolverse á cosa alguna sin el consentimiento de su

hermano, que era Canónigo en Segura.

Pero, como vuestro padre no podía abandonar enteramente sus caballos al cuidado ageno, quedó convenido que se escribiese al hermano. El amo de casa se encargó de hacerlo, y Blas prometió volver despues de la feria de Zaragoza.

Vendió con fortuna sus caballos, quedóse unicamente con el que montaba, despidió á sus criados por no necesitarlos ya, y regresó á Logroño, adonde tambien llegó el hermano de la criada, que era el Canónigo *Perez* vuestro tio.

Este, despues de muchas preguntas, dixo, que no desaprobaba que su hermana casase con Blas; pero protestó al mismo tiempo, que habia de ser con la condicion de que el pretendiente fuese christiano viejo.

Díxole sencillamente Blas: no os contaré de mi familia mas de lo que sé; pues aunque amo mucho á vuestra hermana, amo todavia mas la verdad, y no consentiria yo en alcanzar lo que amo por medio de una mentira.

Alabo vuestra sinceridad , replicó el Señor Canónigo , que era un hombrecito de cortísima estatura ; pero ello es que yo no cederé de mi condicion propuesta , y mi hermanita se guardará bien de tirar adelante sin participarmelo. Cierto es que ella no pasa de una pobre criada , y que yo no soy rico , ni hay apariencias de que jamas lo sea ; pero , con todo eso , no creais , Señor Blas , que hayamos nacido de las malvas. Acaecen tales variaciones en las cosas mundanas , y tales trastornos en las familias , que como Seneca lo notó muy bien : *Acaso no hay Príncipe que no descienda de algun esclavo ; ó esclavo que no descienda de algun Príncipe.* Y basta lo dicho , porque sería vanidad decirnos mas.

Algo inquieto vuestro padre , continuó así : puede suceder , Señor Canónigo , que conozcais mi familia mejor que yo mismo. He nacido en las inmediaciones de Estrella , que no está léjos de vuestro lugar , y mi padre se llamaba Bernardo Ximenez : poquisimo tiempo ha que lo sé , y

es todo lo que puedo deciros.

Si así es, repuso el Canónigo Gil Perez, no podeis casaros con mi hermana sin dispensacion, porque sois hijo de nuestro tio.

Tomad, interrumpió Blas, entregándole sus certificaciones, ved ahí las pruebas de lo que acabo de deciros.

El Canónigo, despues de exáminados bien los papeles, y el depositario de ellos, le dixo: la edad que representais no dice mal con estas declaraciones, y estoy mas que persuadido á que sois el hijo de mi tio.— Entónces me abrazó, y, llamando á su hermana, la notició, que, en lugar de marido, via en la persona de Blas el mas cercano pariente que tenian en el mundo.

Dixo Blas al Canónigo: que no obstante de que tal descubrimiento le honraba mucho, quedaba mortificadísimo de ser tan inmediato pariente suyo, por los impedimentos que esto ponia al casamiento con su hermana.

Eso no os inquiete, repuso el Canóni-

nigo: haya dinero, que yo conseguiré la dispensacion.— Replicó Blas, que daría gustosísimo quanto tenía por vivir legítimamente con la muger única que en toda su vida había amado.

Cenaron todos aquella noche con los amos de casa, y quedó convenido que el Canónigo Perez se llevaría su hermana á Segura, y que allí trabajarían para obtener la dispensa de cada uno, baxo su propio nombre, en vez de los prestados; y que, para no perjudicar á los hijos que pudiesen tener de su matrimonio, cuidaría Gil Perez de que se registrasen por los Reyes de armas las nominadas certificaciones. Que Blas, por su parte, iría á Oviedo á componer sus asuntos; y que, luego que Perez hubiese conseguido las dispensas, iría á buscarlo con su hermana para concluir el matrimonio. Y, á fin de dar al Canónigo mayor facilidad, así para las dispensas, como para los vestidos de la novia, le dió vuestro padre cincuenta doblones.

Al dia siguiente se separaron, reite-
rán-

rándose mutuamente las protestas de amistad, y cada qual tomó el camino hácia donde lo llamaban sus negocios.

Pasáronse cerca de dos meses, antes que el Canónigo hubiese obtenido las dispensas, y arreglado las demas cosas. Dispuesto ya todo, volvió á Oviedo con su hermana; pero no encontráron allí á vuestro padre, que habia ido á Leon. Allá se encamináron á buscarlo, y allá se casáron los dos amantes, para tener mas secreta la dispensacion. Llegados á Oviedo, publicáron al instante su casamiento.

Casi me olvidaba de deciros, continuó Moscada, una circunstancia esencial, como es, la de que Gil Perez, quando consintió en el matrimonio, puso la condicion de que vuestro padre continuaria con su apellido de *Blas*, y que mantendria oculto el de su familia; porque, de divulgarlo, en las circunstancias en que unos y otros se encontraban, no les vendria provecho alguno, antes, al contrario, picando á los parientes, que se

juz-

juzgarían deshonrados, acaso no querrian confesarlo tal, y aun acaso tendrian bastante crédito para darlos por impostores; añadiendo, por último, que siempre estaban á tiempo para divulgarlo, y para mostrar sus pruebas, dado caso que debiesen hacerlo con ventaja.

Como Moscada hiciese aquí una pausa, me aproveché de ella para decirle, que yo hasta entónces habia vivido engañado sobre el origen de mi padre, á quien yo siempre habia creido natural de Oviedo. Tengo escrita, continué, la historia de mi vida, y mando en mi testamento, que se imprima, muerto yo. Quando hablo de su nacimiento, lo fixo, como así lo creia, en este pueblo; pero, en teniendo un poco de lugar para repasar la obra, cuidaré de corregir esta falta; y si vivis, como os lo deseo, el tiempo necesario para leerla, espero que me hareis la justicia de confesar, que, léjos de dexarme llevar de la vanidad necia, tan comun entre los autores, me vanaglorió, al contrario, de
una

una gran sinceridad ¹.

Volviendo á tomar el hilo de mi historia, prosiguió Moscada, vuestro tío se mantuvo algun tiempo en Oviedo con su hermana y su cuñado. A su vuelta, le encargaron las Religiosas del Santo Sepulcro una cierta comision para el Obispo. La desempeñó muy á su satisfaccion, y volvió á darlas cuenta por sí mismo del éxito de su negociacion. Agradecidas aquellas buenas Religiosas, le proporcionaron un Beneficio, que valia doble que el de Segura, el qual dexó para tomar posesion del otro, y lo disfrutó hasta su muerte.

Pues mirad Sr. Moscada, le interrumpí, que cosa es el mundo: siempre se me dixo, que habian ordenado al buen hombre por empeño de dichas Religiosas, sin pasar por el rigor de un exámen, que no hubiera podido sufrir, á causa de su ignorancia.

Se-
x Muy de presumir es que mi padre nunca mas volvió á leer su obra; ó, si la leyó, se olvidó de corregir esta falta, que se encuentra en todas las ediciones de su libro.

Señor Don Gil, siguió Moscada, mostradme un hombre que no tenga sus enemigos. No era vuestro tío, ya se ve, esto que llamamos un sabio, pero tampoco un ignorante, qual os lo han pintado; fuera de que ya era Sacerdote, quando fué la primera vez á Oviedo. Lo que os digo os lo puedo probar con buenos papeles de mi abuelo, que era amigo íntimo del Canónigo Perez.

Ved ahí, interrumpí yo, otro error que corregir en mi manuscrito ¹.

Este Beneficio, continuó Moscada, sirvió de mucho á vuestra madre. Gil Perez tenia bellísimas prendas: era piadoso, christiano, caritativo, buen amigo, agasajador, deseoso del bien de sus vecinos, buen pagador quando debia, nada quereloso, de genio suave, y hombre que jamas habló ni hizo cosa que perjudicase á nadie. Aunque para si propio era austéro y duro, para con los otros era

¹ Tambien se le escapo á mi padre esta noticia, dado caso que hubiese revisto su obra.

era generoso y compasivo: siempre estuvo pronto á participar de las aflicciones de su prójimo, á consolar los tristes, á dar de comer al hambriento, á presentar al sediento agua, y á vestir al desnudo; sin olvidarse de visitar á menudo á los enfermos y presos, para partir con ellos su pan, quando lo necesitaban.

Podeis contar con que la vida de aquel bueno y digno Sacerdote era una leccion continuada para los Eclesiásticos de su tiempo, porque entónces habia muchos de ellos viciosos, soberbios, pleitistas, incapaces de perdonar, llenos de amor propio, avaros, libertinos, envidiosos, despreciadores, arrogantes, vanagloriosos, enredadores, y hasta comerciantes. En aquellos desgraciados dias pocos Eclesiásticos cuidaban del bien espiritual de las almas confiadas á su direccion; y muchos se aplicaban únicamente á su provecho personal, y á todo lo que podia contentar las desordenadas pasiones, cuyos viles esclavos eran. Vuelvoos á decir, que aquel venerando Sacerdote los

cu-

cubria de vergüenza y confusion con su exemplarísima vida. Sobre todas estas prendas amables era Gil Perez muy buen hermano, porque hizo quanto pudo para asistir á su hermana, y para manteneros á vos, miéntras las desgracias de vuestro padre, y su cortedad de medios, hasta que, en fin, vuestra madre, temiendo serle sobrado onerosa, buscó modo de alimentarse.

A fe mia, exclamé, que si ese es el retrato de mi tio Perez, me han engañado á mas no poder; y de consiguiente le he hecho un mal irreparable en mis escritos, pintándole como un verdadero *Epicureo* en las aventuras de *Gil Blas*, que quiero que se impriman; pero os aseguro, que no dexaré de rectificar este artículo⁽¹⁾.

Os ruego que no dexeis de hacerlo, replicó Moscada, porque es crueldad imperdonable en un autor aventurarse á difa-

(1) Como tal correccion no se ha hecho, creo, y tambien lo creerá el caritativo lector, que mi padre se olvidó de repasar su obra, ó bien que no tuvo tiempo para ello.

mar á los muertos, solo por oídas. Si los que imprimen sus obras considerasen lo que el público les afea esta casta de descuidos; ó si fuesen incapaces de hacer venales sus plumas, y estuviesen exentos de preocupaciones, conocerían los hombres, al natural, el carácter propio de los que les precedieron. Y si los antiguos escritores hubiesen sido fieles, sinceros, y exáctos, quizá reverenciaríamos la memoria de un buen compatriota, en tal personaje que vemos en la historia tachado con la nota de traydor, ó de asolador de su país; al mismo tiempo que tal otro, que se nos retrata como restaurador de su patria, por medio de una consumada política, quedaria convertido en un limitadísimo talento, cuya política toda consistia en saber prestarse al dinero ó al favor; en recurrir en lances apretados al expediente de disipar los tesoros de la Nación, ó al de sacrificar los bienes y el comercio de los particulares; se presentaria como un hombre nada cuidadoso de la gloria de su patria, amante solo de su bien personal, in-

diferente á que su Nacion fuese , ó no fuese despreciada ; y , por último , quedaria reducido á un hombre , cuyo objeto principal era levantar su indigna familia sobre las ruinas de millares de personas honradas , reducidas á la última miseria.

Nada hay que replicar á eso , dixe , porque , en efecto , pocos escritores hay tan cándidos que escriban sin parcialidad ; y muy pocos tambien que se hallen en el caso de podernos hacer relaciones exáctas sobre los hechos , y sobre los resortes ocultos de lo encerrado , baxo el sello de un silencio profundo , en los gabinetes de los Príncipes.

Los que manejan los negocios , y pueden afloxar ó apretar los resortes que mueven la gran máquina de un Estado , serian inhabiles para tan eminentes puestos , si no fuesen personas calladísimas. Sugetos tales no suelen tener tiempo , y acaso ni inclinacion , para instruir fielmente á la posteridad ; y quando lo hiciesen , ¿qué otra cosa podria esperarse que una grandísima parcialidad ?

Los

Los escritores históricos pueden , á lo mas , adivinar las causas por los efectos que ven ; y dar su dictámen , ó el de otros escritores mas antiguos , ó bien extendernos las opiniones de los escritores Extranjeros.

Esta falta de conocimientos , necesarios á los escritores públicos , es causa de que nunca aciertan en lo relativo al caracter de un Soberano , ú de un primer Ministro.

Si algun gran suceso se verifica , aunque sea un puro efecto casual , no faltan gentes que lo atribuyan á consumada prudencia , y á finísima prevision. Pero , si sobreviene qualquiera desgracia , cuyas menores circunstancias se hayan previsto , y para cuya precaucion se hayan tomado quantas medidas pueden humanamente tomarse , toda la culpa se atribuye , sin remedio alguno , á la incapacidad y á la indolencia.

La prueba de lo que digo se ha visto en el ministerio del Conde Duque. Habia antevisto la pérdida de Portugal , y tomado

las mejores medidas para precaverla. Propuso la separacion de Vasconcelos, cuya mala conducta no podia ménos de causar la pérdida de aquel Reyno; pero, disminuida la confianza que tenia el Rey en el Ministro, por causa de los descontentos Catalanes, fué mas facil á Vasconcelos mantenerse, por el crédito de la Duquesa de Mantua, Vireyna de Portugal, y por la influencia de la Reyna, que, alla para sí, no queria bien al Conde Duque.

Luego que el Conde de Olivares vió que se desatendia su dictámen, declaró, en Consejo pleno, que preveia la pérdida del Reyno de Portugal, á la que infaliblemente seguiria la suya propia. Tomó, no obstante, quantas medidas caben en la humana prudencia para precaver ambas desgracias. Envió al Duque de Braganza una comision, que parecia honrosísima, pero que, en lo substancial, era un lazo que se le armaba para asegurarse de su persona. En virtud de la comision, no podia dexar de visitar el Duque todas las plazas fuertes de Portugal, y de dar órde-

nes para poner en estado de defensa las maltratadas.

Al mismo tiempo se enviáron órdenes secretas á todos los Gobernadores para que se apoderasen de su persona , con el ménos escándalo posible , y lo enviasen á España, baxo una buena escolta. Tambien se tomó la precaucion de tener dispuestos sobre las fronteras coches y tropa para conducirlo en diligencia á Madrid.

El Duque, por su parte, tan prudente como vigilante , cumplió con las órdenes de la Corte ; pero tuvo cuidado de llevar tan buen acompañamiento , que frustró las esperanzas del Ministro , cuyas intenciones habia penetrado.

Viendo el Conde Duque que el Duque de Braganza estaba sobre sí , se inquietó mucho mas. Entónces procuró atraerlo á la Corte con la mayor parte de la primera Nobleza de Portugal , asegurándole del buen afecto de su Magestad , de lo mucho que él mismo le apreciaba , y de su estimacion á toda la Nacion Portuguesa en

general.— Respondió el Duque con igual disimulo : que daba humildísimas gracias á su Magestad : que estaba agradecidísimo al Conde Duque , á quien no dudaba deber las honras que el Rey le hacia ; y que iba á partir inmediatamente para ponerse á los pies de su Magestad.

De hecho mandó el Duque hacer libreas y equipages de extraordinaria magnificencia , y todos los preparativos necesarios para trasladarse á Madrid. Imitóle en esto lo mas de la Nobleza de Portugal ; y representó tan bien su papel , que el Conde Duque se daba ya la enhorabuena de haber cogido á Braganza en el anzuelo. Pero los varios pretextos que este alegó para diferir su viage , abriéron , en fin , los ojos al Ministro ; y la total rebellion de Portugal verificó sobradamente lo que habia previsto y anunciado tan de antemano. Aunque disminuyó su favor , no quedó por entónces totalmente en desgracia.

Tiempo es ya , continuó Moscada , de anudar el roto hilo de mi historia.— Tendria vuestro padre como unos treinta años
quan-

quando nacisteis en el de 1594. Fué notable aquel año por la mucha mortandad de ganado, y por una enfermedad, desconocida hasta entónces, que acometió particularmente á los caballos. Vuestro padre, por su desgracia, tenia entónces muchos de ellos, y se le muriéron todos, dexándole arruinado.

Luego que se vió sin recurso alguno, se acordó de la alabarda que le habian ofrecido, y se resolvió á volver al servicio de las armas. Comunicó su determinacion al Canónigo Perez, quien le prometió cuidar de vuestra madre y de vos, hasta que se viese en estado de volver, y de componer sus negocios.

Arreglado esto así, partió vuestro padre para el Exército, y fué á buscar á su antiguo Oficial; pero sabiendo que habia muerto, y viéndose sin arrimo alguno, sentó plaza de simple soldado, y fué enviado á Flandes con otros reclutas. Hecha la paz con Francia en el año de 1598, empleáron al Regimiento en que servia vuestro padre para las guerras de Holanda.

En

En ellas fué Blas herido , lo licenciáron como á muchos otros , y , por recompensa de sus servicios , los gratificáron con el permiso de que se volvieran á sus casas como pudiesen.

Volvió á Oviedo , despues de siete años de ausencia. Todavía os encontró en la casa de su cuñado ; y á vuestra madre sirviendo ; con que él tuvo que ponerse á mozo de caballos en una casa del mismo pueblo.

Contada ya la historia de vuestra familia hasta un punto en que ya no necesitais de mas instrucciones , pasaré por alto lo que sabeis , para noticiaros lo que habeis ignorado hasta ahora.

Creo haberos dicho , que vuestro tío y mi padre eran íntimos amigos. Llegado éste al extremo de su vida , el buen Canónigo , que estimaba mucho á mi padre , le acreditó igual amistad que habia acreditado á mi abuelo , y se la continuó hasta su muerte. Luego que la vió cercana , envió á llamar á mi padre , y le habló , á poco mas ó menos , en estos términos :

»Ya me veis, Beltran querido, en ví-
»peras de pagar el último tributo. He
»llegado al término á que todos los hom-
»bres caminan desde el instante primero
»de su nacimiento. No me pesa de ha-
»ber nacido, pues así lo quiso mi Cria-
»dor. He tolerado siempre con paciencia
»los trabajos de mi vida, y no he senti-
»do haber representado tan pobre papel;
»porque Dios, que es infinitamente sabio
»y misericordioso, juzgó que mi situación
»humilde contribuiría á mi salvacion.
»Léjos de melancolizarme la proximidad
»de mi muerte, me sirve, al contrario,
»de verdaderísimo consuelo. Dexo un do-
»micilio turbulento y ruidoso, para ir á
»una morada de paz eterna, nunca in-
»terrumpida con cuidados.

»He sido un gran pecador, sugeto á
»pasiones y flaquezas, inseparables de la
»humanidad; pero, por la gracia de Dios,
»nunca, que yo sepa, perjudiqué á nin-
»guno en su honra, ni en sus bienes.
»Pongo toda mi confianza en la miseri-
»cordia inagotable de mi Dios, y en los
»me-

„mercedimientos de mi Redemptor divino,
„para la remision de mis culpas, pues yo,
„por mi parte, perdono muy de corazon
„á los que me hubieren ofendido, de qual-
„quier modo que fuere.

„Os he rogado que viniessis á verme
„para un negocio sumamente delicado é
„importante, cuyo secreto y execucion
„quiero confiar á vuestra prudente con-
„ducta.”

Aquí llegaba mi padre de su narra-
cion, quando entró un lacayo á decirle,
que estaban en la puerta dos Caballeros,
dentro de un coche tirado por quatro mu-
las, y que deseaban hablarle. Mandó in-
mediatamente que los introduxeran. Eran
los dos Abogados,

CAPITULO III.

*Continuacion de la historia de Blas por
Moscada. Derecho de Gil Blas á las
tierras de Ximenez.*

Recibió Don Alfonso muy bien á los Abogados, y tanto mejor quanto los conocia, y sabia que eran sugetos de mérito.

Luego que descansáron un poco, preguntó uno de ellos á Don Gil Blas ¿en qué podian servirle? porque la carta en que les pedia su venida á Leyva estaba concebida en términos generales, sin especificar asunto alguno particular que pidiese su ministerio.

Mi padre le respondió, que ya era tarde, y de consiguiente mala hora de emprender ningun negocio; pero que, á la mañana siguiente, les mostraria ciertos papeles, á fin de que le diesen sobre ellos su dictamen.—Dicho esto, se hizo general la conversacion.

Al día siguiente, despues de haber tomado chocolate, se retiró mi padre con sus dos Consejeros, les entregó los mencionados papeles, los dexó solos, y volvió á buscarnos á la sala. Al instante le pidió la Condesa, que continuara la relacion empezada el dia antes. Mi padre lo hizo en estos términos.—El honrado Canónigo prosiguió así:

«Aunque todo el mundo sabe muy bien que no somos arbitros de nuestro nacimiento, á ninguno le desagrada que lo crean descendiente de ilustres padres, por mas pobres que hayan sido. Con todo, puedo aseguraros, que no me ha tocado esa epidemia ridícula; antes bien he creido siempre, que es un error imaginarse, que, por mas noble, se logrará mas respeto. Muy léjos de eso, opino, que quando algun fatuo celebra el lustre y antigüedad de su casa, aunque produzca las mas convincentes pruebas, en lugar de conciliarse el respeto, consigue que se burlen todos de su vanidad. Apésar de esto, no hay modo

—luc» »de

»de desengañar á muchos animos mez-
»quinos, infatuados con el papel que sus
»antepasados representáron en el mundo.
»No los enmienda el exemplo de los otros;
»y, por mas que entrevean que son ob-
»jeto de la risa de quantos los conocen,
»no por eso se corrigen.

»Quando hay bienes para mantener
»el lustre de un gran nacimiento, entón-
»ces se obtiene la veneracion; pero un
»Caballero pobre es preciso que sea des-
»preciado de los que le envidian, ó es-
»tán picados por tenerle que ceder en
»ciertas ocasiones: esta es una especie de
»indemnizacion, que el plebeyo rico no
»descuida.

»El Grande sin riquezas es blanco
»de las bufonadas del pequeño que las
»tiene. Tantas y tan serias reflexiones ten-
»go hechas sobre este punto, Beltran
»mio, que, al fin, he conseguido ven-
»cer y domar, no solamente mi vanidad
»propia, sino tambien la de mi hermana,
»y mi cuñado Blas.

»Hemos cuidado atentísimamente de
»ocul-

»ocultar el origen de nuestra familia; y
»como, por la desgracia de los tiempos,
»nos veiamos confundidos entre los ple-
»beyos, no nos ha pesado que nos cre-
»yesen descendientes de padres tan hu-
»mildes, como convenia á nuestra situa-
»cion; y os aseguro, que el secreto hu-
»biera acabado conmigo, sin hablar pa-
»labra de mi familia, á no creerme obli-
»gado en conciencia (por mi sobrino Gil)
»á confiarlo á alguna persona discreta.
»Por esto os he elegido con preferencia á
»todos mis amigos. En esta caxita encon-
»trareis ciertos títulos viejos en pergami-
»no, concernientes á nuestros bienes, que
»darán pruebas incontestables de nuestra
»familia. Os suplico que los recibais, y que
»no los entregueis á mi sobrino hasta es-
»tar bien asegurado de su modo de vivir,
»y de que tendrá toda la firmeza y juicio
»necesario para mirar con indiferencia y
»desprecio, así las lisonjas como los des-
»vios de las gentes, y de que solo hará
»caso de la virtud, que es la verdadera
»nobleza; ó bien en caso que supiereis que
»la

»la línea masculina de Ximenez va á extinguirse. Hasta que se verifique una de estas dos condiciones, os pido y suplico, por la buena amistad que tanto tiempo duró entre vuestro padre y yo, y por la que subsiste entre nosotros, que guardéis cuidadosamente la caxita y el secreto que os confio.»

No pudo mi padre negar este consuelo á su amigo moribundo. Se llevó la caxita, despues de haberle solemnemente prometido que executaria con puntualidad quanto deseaba.

Quando le llegó á mi padre la hora de su muerte me llamó á parte, y me confió todo el secreto, poniendomé las mismas condiciones que prometió guardar á vuestro tio.

Ahora pues: el Conde de Ximenez es el único que queda de la familia, sin traza alguna de dexar heredero varon. Vos, por vuestra parte, mostrais en todo, segun oigo decir, aquella prudencia que vuestro tio exigió para noticiaros el origen de vuestra familia, y daros á saber quien sois.

Veo

Veo que se verifican las dos condiciones , y que una sola hubiera bastado para descubrirnos tan importante secreto. Hállome , por consiguiente , autorizado para saludaros y llamaros *Don Gil Ximenez* , único heredero presuntivo de este título. Ved aquí por qué dixe , Señor , que si el Rey os hubiera conocido bien , se hubiera ahorrado el trabajo de daros títulos de nobleza , porque os son inútiles ; bien que no los hubierais aceptado á haber sabido quien erais. Yo , de mi parte , no me he cansado de aplaudir la poca vanidad que hicisteis de ellos , pues , léjos de lucirlos , no los habeis divulgado hasta que os ha sido forzoso para vuestro segundo casamiento.

Voy inmediatamente á traeros la caja , y os la entregaré con quanto contiene , en el mismo estado que se me confió.

Y yo no os cansaré ahora , dixo mi padre , con referiros lo que seguidamente hablamos Moscada y yo. Ya conoceréis que varié el concepto formado al principio de su discurso. Lo convidé á comer,

y, como tenia en mi casa habitacion cómoda, que no me servia, le insté á que la ocupara, miéntras estuviese en Madrid, y juntamente á que comiera conmigo; pero no aceptó mis ofertas hasta que le hube rogado mucho.

15 Por fin, me entregó Moscada la caxita con todos los papeles; pero, despues de bien exáminados, creí que me convenia imitar á mi tio en ocultarlos. Rogué á Moscada que me guardase el mismo secreto que él y su padre habian precedentemente guardado. Así me lo prometió; y os juro, que no lo hubiera revelado hasta la hora de mi muerte, si la pasion de Sancho á la Condesa no me hubiera como forzado á descubrir lo que acabo de decir.

16 Tambien hay en la caxita unos cartones de pergamino, concernientes á la hacienda de Ximenez; pero nunca los he leído, porque están escritos en letra de proceso, que no entiendo, y no he querido hasta ahora darlos á leer á nadie, por recelo de descubrir mi secreto. Para su

lectura he traído de Valencia los dos Abogados que actualmente los tienen entre manos , á fin de que , una vez leídos y examinados , me digan su sentir.

Muchos dias necesitáron los Abogados para leer tantos títulos y papeles ; y , como eran hombres de mundo y de talento , no dexaban de amenizar la conversacion en la mesa. Por cierto que un dia , cosa que nos admiró mucho , declamáron fuertemente contra las dilaciones y rodeos que el enredoso manejo de pleytear habia introducido en los Tribunales , y confesáron que era una carga insoportable para todos , y especialmente para los pobres. Seria de desear , decia el uno , que el Rey y las Cortes hiciesen una buena reforma en todos los Tribunales inferiores de justicia , y suprimiesen todos los abusos que arruinan al Estado , inutilizan á muchos ciudadanos , pueblan los Lugares y campos de ladrones y vagamundos , y llenan las Cárceles de pobres deudores , cuyas deudas no suelen merecer tanto apremio.

La Ley , decia el otro , será un peso insufrible miéntras no se exterminen esa turba de Escribas, esa raza de ensuciadores de papel , esos abestruces con pluma de paloma , esas sanguijuelas que chupan la sangre de los pueblos , y que fabrican sus fortunas sobre las necedades y ruinas de los mentecatos litigantes. El oficio de esas esponjas es multiplicar los pleytos, manchar las reputaciones de los hombres de bien , difamar un Comerciante honrado , publicando que está próximo á quebrar , descubrir sus acreedores , y persuadirles á que pidan sus pagos , haciéndoles maliciar que , dentro de poco , quedará insolvente. Con esto acumulan los pleytos, y ya que han encarcelado á un pobre hombre , saqueado su casa , y reducido á su muger é hijos á la triste necesidad de mendigar ; entónces (imitando á los Cartagineses quando invadiéron á España) se echan sobre sus protegidos , les presentan enormes listas de gastos hechos , pegan con sus propios clientes , y , por poco que estos disputen sobre sus pretensiones exôr-

bitantes, les mueven un nuevo pleyto; hasta que, por último, envian á los acreedores á que hagan compañía á su deudor.

Si entre los sugetos que componen los Tribunales solo se admitiesen personas ilustradas y pródidas, no se oirian, ni con mucho, tantas quejas de todas partes contra la justicia y las leyes; y los Procuradores no serian, como por la mayor parte lo son ahora, objeto del ódio, del desprecio, y de la execracion de todo el mundo.

Teneis razon en cierto modo, compañero mio, dixo el otro; pero confesemos de buena fe, que no solamente á los Escribas de clase inferior debe atribuirse todo el mal. Hay ciertamente grandísimos abusos en la nuestra. Los mas de entre nosotros nos damos mas á la Lógica y á los Sofismas, que al exácto estudio de la justicia y equidad. Puede decirse que trabajamos en dar tormento al derecho, y en presentarlo con falsos colores. Ahogamos el texto entre un mon-

ton

ton de glosas , cuya falsedad conocemos. Abrazamos qualquiera causa para defenderla , aunque estemos persuadidos á que es mala , y á que no tiene razon nuestro cliente. Ponemos todo nuestro estudio en obscurecer con sofismas el verdadero sentido de la ley , para aplicarla á nuestro intento , y ganar nuestra causa , echando tierra á los ojos de los Jueces. ¿Quántos de nosotros habrá que exâminen con pulso la justicia de una causa , antes de encargarse de ella ? Por mala que sea , ¿no la abrazamos , si median grandes intereses ? Hablemos con franqueza : miéntras mas enredosa es una causa , con mas gusto la admitimos. Facil es de adivinar el por qué.—Así razonaban de tanto en tanto aquellos sabios Consejeros , afeando los abusos de su profesion.

Exâminados ya todos los papeles , diéron á mi padre un resumen de todo su contenido , y le dixéron , que no cabia la duda menor en que fuese heredero , por legítimo derecho , así de la hacienda como del título de Ximenez.—Ved aquí como

mo se lo demostraron.—*Don Henrique*, su visabuelo, nacido en el año de 1474, tuvo tres hijos. 1.º *Don Francisco*. 2.º *Don Lorenzo*. 3.º *Don Garcia*. El mayor tuvo un hijo, llamado, como su abuelo, *Don Henrique*. Sus descendientes no estaban, á la verdad, en el arbol genealógico que mi padre entregó á los Abogados; pero ellos aseguraron, que podian suplir por sí mismos aquel defecto con el conocimiento puntual que tenian de aquella familia, por la qual habian sido muchas veces empleados: que encontraríamos en una genealogía, que paraba en poder de la Condesa viuda de Ximenez, y en los Archivos de los Reyes de Armas, que el hijo de este *Don Henrique* segundo era *Don Pedro*, abuelo del último Conde; y que, muerto este sin posteridad masculina, debian pasar los bienes, de derecho, como podrian probarlo, á la rama colateral, y á los descendientes de *Don Lorenzo*, de quien *Blas* procedia en línea recta, como él mismo podia justificarlo con títulos auténticos; y que el último

des-

descendiente de *Don Garcia*, hermano tercero de *Doña Leonor de Juntella*, era *Don Sancho*, quien de *Doña Maria Tordesillas*, tuvo á *Gil*, apellidado *Perez*, y á *Catalina*. *Don Juan*, apellidado *Blas*, casó con la dicha *Catalina*, y de ella tuvo á *Gil*, en quien se reunen, por la sangre, los derechos de ambas ramas colaterales.

Añadiéron, que el primer *Don Henrique* habia elegido é instituido curadores de herencia, por modo de Fidei-Comisos de todos sus bienes, á *Don Tomas Velasco*, y á *Don Guillelmo de Fuente-Seca*, arreglando el orden de sucesion como se sigue.—La herencia á su hijo mayor, y á los descendientes suyos de varon en varon; y, á falta de estos, dado caso que hubiese hijas, se habia de tomar sobre la herencia una suma de doscientos mil ducados para ellas, ya fuese una, ó muchas. Faltando, como se ha dicho, los descendientes varones del hijo mayor, pasaria la herencia al segundo, y á sus descendientes varones, baxo las

mis-

mismas condiciones estipuladas, esto es, que, en el caso de haber hijas, una ó muchas, se les daría, por solo una vez, la cantidad de doscientos mil ducados; y los bienes y títulos pasarían al hijo tercero, y á sus descendientes varones. Que si este tampoco los tuviese, ó se extinguiese en sus descendientes la línea masculina, se sacaría entónces una suma de doscientos mil escudos, y se haría entrega de ella á los Religiosos de la Santísima Trinidad de la Redencion, para rescatar Españoles cautivos; y que, en caso tal, pasarían los bienes y el título á las hijas; pero que, habiendo mas de una, sería para la mayor la mitad de los bienes, el título, el castillo y la hacienda de Ximenez; y que la otra porcion se repartiría entre las menores, en caso de haber mas de una.

A continuacion del testamento estaba escrito lo que se sigue: "*Para perpetua memoria.* En este mismo año y dia, arriba especificados, he firmado seis testamentos, todos de la misma forma y tenor

3 TOMO II. V "que

»que el presente, cada uno de siete hojas
»de pergamino, y cada hoja firmada de
»mi mano, y sellada con el sello de mis
»armas, y certificada por los testigos fir-
»mados abaxo. He puesto dos originales
»entre las manos de mis dos amigos Don
»Tomas de Velasco, y Don Guillelmo de
»Fuente-seca; otro en las de mi hijo ma-
»yor Francisco; otro en las de mi segun-
»do hijo Don Lorenzo; otro en las de mi
»hijo tercero Don Garcia; y, finalmente,
»otro en las del Prior del Convento de Re-
»verendos Padres de la Santísima Trinidad
»de la Redencion de Cautivos.— Firma-
»do.— Don Henrique, Conde de Xime-
»nez.»

Esto parece escrito todo de la propia mano de Don Henrique, y firmado por los mismos testigos que firmáron el testamento.

Tambien hemos examinado, continuáron los Abogados, la genealogía de los *O'Neals*, de quienes vuestro abuelo descendia, y hemos hallado que llega hasta tiempos remotos. Hay en ella muchos

de sus antepasados distinguidos por sus empleos, mérito y valor, la mayor parte emparentados con los Reyes, y con la principal nobleza del Reyno de Irlanda.

Dicha genealogía está en latin, y abraza todas las pruebas de la mayor autenticidad, firmada y testimoniada, no solamente por los Reyes de armas, si no tambien por veinte magnates Irlandeses.

Despues circunstanciáron menudamente algunos otros títulos, con cuya relacion no quiero fatigar á mis lectores.

Luego entregáron á mi padre un escrito de la propia mano de su tio Gil Perez; y ya que mi padre lo hubo exáminado un poco, dixo, que en otra ocasion nos lo leeria.

Despues se discurrió variamente sobre como deberia manejarse Don Blas en aquel asunto. Los Abogados diéron sobre ello su dictámen, el qual se halló, en lo sucesivo, totalmente conforme al de los Señores del Consejo; y del qual tendré ocasion de hablar mas adelante.

Por lo relativo á la hacienda de Xi-

me-

menez, su parecer fué, que era menester dar parte de sus derechos y pretensiones á los herederos de los primeros fidei-comisarios, á quienes el derecho del fidei-comiso habia pasado; y que no habia que perder tiempo, pues, ademas de todo esto, los Padres de la Trinidad habian ya puesto demanda sobre los doscientos mil ducados, creyendo que no hubiese mas heredero varon.

A todo lo dicho añadiéron, que nada mejor podia hacer la Condesa que dar su hija á uno de los hijos de Don Gil Blas, así por evitarle embarazos, como porque el matrimonio era provecho comun de ambas familias.— Ya se dexa conocer que este último dictámen no pareció mal á mi hermano.

Seguidamente les notició mi padre la inclinacion de Sancho á la Condesita, y les declaró, que por este único motivo se habia determinado á validar sus derechos; y que, sin él, acaso nunca hubiera pensado en tal cosa, tanto mas viviendo persuadido á que sus pretensiones solo se

extendian al título únicamente.

Al otro dia marcháron los Abogados satisfechísimos del buen recibimiento y acogida, y contentísimos de las gratificaciones con que mi padre habia recompensado sus fátigas y dictámenes.

Viendo mi padre que ya era tiempo de volver á Liria, dixo á Don Alfonso, que deseaba marchar allá á fin de preparar lo necesario para el viage de Madrid. A eso respondió mi patron, con su natural cortesanía, que era un rigor dexar sola á la Condesa: que él pensaba acompañar á mi padre, para ver si por sí mismo, ó por medio de sus amigos, podria serle de alguna utilidad en la Corte; y que, para el efecto, esperaba que las Damas se quedarían en Leyva con mi tio y D. Scipion, á fin de acompañar á la Condesa.

Conviniéronse todos, y se determinó que mi hermano fuese tambien del viage; y, como yo nunca habia estado en Madrid, manifesté á mi patron deseos de acompañarle, lo que me prometió gustosísimo.

A la mañana siguiente, dió Don Alfonso las órdenes para los preparativos del viage. Entre tanto la Condesa recordó á mi padre el ofrecimiento de leer á la concurrencia el manuscrito, antes mencionado, y le suplicó que cumpliese la palabra. Mi padre la dixo urbanamente que sus súplicas eran mandatos. Traxó en efecto el manuscrito, cuyo contenido era el siguiente.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

La vida de Don Bernardo Ximenez.

» Como puede suceder que el conoci-
» miento de su familia sea , en algun tiem-
» po , provechoso á mi sobrino Gil , co-
» nocido hasta ahora por el apellido *Blas* ;
» y como él ha ignorado siempre el ver-
» dadero apellido y calidad de sus padres ,
» me he creido obligado , en justicia y en
» conciencia , á dexarle instrucciones para
» que algun dia él , ó sus descendientes ,
» reclamen los derechos que pudieren per-
» tenerles , así por las leyes de la natu-
» raleza , como por las del Reyno.

lo » Y no siendo mi intencion que este es-
» crito pare en manos de nadie , miéntras
» yo viviere , ó á lo ménos hasta el tiempo
» de mi muerte , espero que no se atribuya
» á ambicion mia lo que no puedo dexar de
» decir por amor á la verdad. Confieso

» de-

»delante de mi Criador , á quien pido per-
»don humildísimamente , que he sido un
»gran pecador ; pero doy gracias á su
»bondad divina de haberme preservado
»siempre de tentaciones de vanagloria , y
»de amor propio. Seria , pues , una injus-
»ticia tildarme sobre lo que voy á escribir
»del origen de nuestra familia.»

El principio del manuscrito no contiene mas que una repeticion de lo mismo que dixéron los Abogados sobre nuestra genealogía ; y así pasará por alto este artículo para no cansaros.

»Todo lo menudamente referido está
»ampliamente verificado por las genealo-
»gías auténticas que paran en mi poder,
»y están debidamente autorizadas por los
»Reyes de armas , y cotejadas con los tí-
»tulos originales , donde la descendencia
»es exácta , y no interrumpida , hasta el
»nacimiento de mi cuñado , de mi herma-
»na Catalina y el mio ; no habiendo falta-
»do nuestros parientes respectivos á regis-
»trarlas formalmente.

»Don Henrique , tronco de que deriban

»nues-

»nuestras dos familias , dió desde la edad
»de veinte y cinco años pruebas de extra-
»ordinario valor , y se señaló en la bata-
»lla contra los Moros de las Alpuxarras
»del Reyno de Granada , que se habian
»sublevado. Ya los rebeldes se llevaban
»por delante al Conde de Tendilla , Go-
»bernador de aquel Reyno , quien , aun-
»que se defendió valerosamente , y der-
»rivó muchos contrarios á los pies de su
»caballo , hubiera sido infaliblemente
»muerto , ó quando ménos prisionero , si
»Don Henrique , viendo á su tio (era her-
»mano de su madre) en aquella extremi-
»dad , no se hubiera abierto paso hasta su
»persona , matando y ahuyentando á quan-
»tos se oponian á su furor , y llegado á
»tiempo de salvarlo , cabalmente en el
»momento en que , desesperanzado de re-
»medio , solo pensaba en vender su vida
»lo mas caro que pudiese.

»Despues de esta derrota de los Mo-
»ros , Muley-Ben-Hamet-Ben-Abdallah ,
»hombre animoso , y de prodigiosas fuer-
»zas , desafió al mas valiente de los Es-

»pañoles, en el Ejército del Conde de Tenna.
»dilla.

»Don Henrique, que se halló presente á la propuesta del desafío, hecha por
»un mensajero del Rey Moro, fué quien
»primero se ofreció á aceptarlo.

»Pidió el permiso á su tío, quien se
»lo concedió con suma repugnancia. Ob-
»tenido ya, encargó al mensajero Mo-
»ro, que dixese á su Rey, que, aunque
»no era tan temerario que se creyese el
»mas valiente Español, esperaba, no obs-
»tante, que el Rey Moro no se negaría
»á presentarse en el lugar que habia pro-
»puesto, y á la hora que habia señala-
»do, y que le pesaba de haber de mirar
»como á enemigo á un Príncipe tan bi-
»zarro, á quien mejor quisiera abrazar
»como amigo; y añadió, que, qualquie-
»ra que fuese el éxito de la pelea, siem-
»pre le sería gloriosa, por haber medido
»su espada con el valiente Muley-Ab-
»dallah.

»Ambos Campeones se encontraron, á
»la hora señalada, en el campo de ba-
»ta-

»talla. Sus Exércitos , á la vista , espera-
»ban de aquella singular pelea la deci-
»sion de su suerte. Así el uno como el
»otro riñeron con igual valor que destre-
»za , se diéron muchos golpes , y fué
»larga la pelea ; pero , en fin , debilitado
»el Moro , por la mucha sangre perdida ,
»cayó de su caballo , y lo tuviéron por
»muerto.

»Desmontóse Don Henrique para so-
»correrlo , si llegaba á tiempo : efecti-
»vamente no estaba mas que desmaya-
»do : lleváronlo á la tienda de Don Hen-
»rique , y allí le vendáron cuidadosamen-
»te las heridas.

»Los Moros , que viéron caer á su
»Rey , se abanzáron para retirarlo , y ven-
»garlo de Don Henrique ; mas los Chris-
»tianos supiéron quedarse con el uno , y
»defender al otro.

»Viniéron á las manos ambos Exérci-
»tos. La batalla fué sangrienta y porfia-
»da , y duró hasta la noche , que fué-
»ron derrotados los Moros , y persegui-
»dos con tanto ardor , que quedó su cam-

»po

»po hecho una carnicería.
»Tuvo tan buen éxito el cuidado que
»se empleó en Muley-Ben-Hamet , que,
»al cabo de seis semanas , estuvo entera-
»mente curado de sus heridas , que no
»fuéron peligrosas.
»El Conde de Tendilla , que á menu-
»do lo visitaba , pudo tanto con él , por
»medio de sus bellos modales y discursos ,
»que le ganó una promesa de escuchar ,
»sin preocupacion , los principios funda-
»mentales de la Religion Christiana. No
»dudaba el Conde del convencimiento de su
»prisionero luego que se le hiciese ver ,
»que todo lo profetizado sobre el Mesías ,
»se halla puntualmente cumplido en la
»vida de Jesus , Hijo de la Santísima
»Virgen Maria.
»Visitáron á Muley freqüentemente
»algunos sabios y piadosos Eclesiásticos.
»Los escuchó con atencion y paciencia ,
»y les respondió con tanta dulzura , que,
»al fin , convencido de la verdad de la
»Religion Christiana , recibió el Baptismo.
»Entónces hizo , con el Conde de
»Ten-

»Tendilla, un Tratado, por el qual se
»permitia á todos los Moros, que no qui-
»siesen renunciar los errores del Maho-
»metismo, retirarse á Africa; y á los que
»abrazasen el Christianismo se les ofrecia
»un tratamiento igual al de los otros va-
»sallos del Rey.

»En virtud de este Tratado, muchí-
»simas familias Moriscas dexáron el Rey-
»no; pero tambien muchos Moros abra-
»zaron el Christianismo.

»Los Reyes, Fernando é Isabel, qui-
»siéron recompensar el valor de Don Hen-
»rique, y agradecerle el servicio hecho
»á la Religion y al Estado. Para ello lo
»honraron con la Cruz del Orden de
»Alcantara.

»No he podido ménos de extenderme
»sobre este suceso notable de la vida de
»Don Henrique; porque, ya sea por envi-
»dia, ó por ignorancia, se ha omitido en
»nuestras historias, aunque está circuns-
»tenciado en la patente, cuyo original he
»visto y leído en los Archivos del Orden
»de Alcantara, con fecha del año 1499.

»Como solo escribo esto para prove-
»cho é instruccion de mi sobrino, en quien
»se reunen las dos ramas segundas de los
»descendientes de aquel Don Henrique,
»no hablaré de la línea de Don Francis-
»co su hermano mayor.»

Aquí da cuenta el manuscrito de nues-
tra genealogía, en los mismos términos
que os dixe, y continua así:

»Don Bernardo, mi tio, sirvió de vo-
»luntario, desde la edad de diez y nue-
»ve años, baxo las órdenes del Duque de
»Medina-Sidonia, Virey de Sicilia, y se
»halló con él en la toma de la Isla de Gel-
»ves; pero la armada de los Infieles, que
»cayó sobre el Virey, quando ménos lo
»esperaba, derrotó una parte de su gen-
»te, y reduxo la otra á esclavitud; fal-
»tando muy poco para que él mismo
»quedase prisionero. Uno de sus hijos,
»que se encontró en el mismo navio don-
»de estaba Don Bernardo, hizo vigoroso-
»sísima resistencia, pero inútil, porque
»los Otomanos llegaron al abordage, y
»se apoderáron del navio, llevándoselo,
»con

»con los prisioneros, á Tripoli.

»Verificóse este suceso en el año de
»1559. Pusiéron el rescate de Don Ber-
»nardo á tan alto precio, que se vió pre-
»cisado á vender casi todos sus bienes,
»para salir de una esclavitud, que le
»duró tres años, y que su dueño hacia
»mas dura é intolerable cada dia; pues
»como supo su amo que era de una de las
»mejores familias de España, y aun pa-
»riente del Virey, se propuso forzarlo á
»que se rescatara al precio que le dic-
»tara su antojo.

»De vuelta á España, fué presentado
»á Felipe II que reynaba entónces. Lo
»recibió benignamente, y tuvo la digna-
»cion de esperanzarlo en alguna indem-
»nizacion de lo padecido. Por decontado
»le confirió una Compañía.

»El grande *O'Neal*, Irlandes, estaba
»á la sazón incognito en Madrid para
»negocios muy importantes; y habia lle-
»vado consigo á su hija, á efecto de de-
»xarla Monja en algun Convento de Es-
»paña. Esta Señora vivia en casa de la
»Co-

»Condesa de Alcaudete, cuyo marido era
»Gobernador de Oran, y Coronel del Re-
»gimiento en que estaba la Compañía,
»que acababan de dar á Don Bernardo.
»Como éste se preparaba para marchar
»á su Regimiento, que se hallaba en
»Oran, necesitó freqüentar la casa de la
»Condesa, esposa de su Coronel. En to-
»das sus visitas logró ver á la Madami-
»sela Irlandesa, de la que se enamoró
»ciegamente, y fué tan dichoso, que la
»hermosa señorita le correspondió con in-
»clinacion recíproca.

»Confió su pasion á la Condesa, y la
»suplicó, que se interesara por él con el
»padre de la Dama; lo qual verificó ella
»al dia siguiente. O'Neal fué á visitar á la
»Condesa, y ella dexó caer la conversa-
»cion sobre Don Bernardo, y habló de su
»familia, de su character, de sus bienes,
»y de sus desgracias.

»Como hablaba solo con la mira de
»servir á Don Bernardo, dixo tanto, que
»ladeó el ánimo de O'Neal á favor suyo;
»y, aprovechándose de tan favorables
»dis-

»disposiciones , obtuvo su consentimiento
»para casar á su hija con un Caballero
»de aquel mérito , cuya alianza lo honra-
»ba. Vió á D. Bernardo , le gustó su per-
»sona , y ratificó lo prometido. Formali-
»záronse los contratos , y se celebró el
»matrimonio dia primero de Enero de mil
»quinientos sesenta y dos. En Febrero si-
»guiente partió Don Bernardo á servir su
»Compañía , y dexó á su esposa con la
»Condesa.

»Fué tan bien recibido del Goberna-
»dor como habia sido recomendado. Pasó-
»se lo restante del año quietamente ; pero
»en el de 1563 , Salarraz , Rey de Argel,
»perturbó el reposo con el sitio de Oran
»y de Mazalquivir.

»Sitiáron los Infieles á Oran con diez
»mil hombres, y muchos navios y gale-
»ras , para privar á la Plaza de quantos
»socorros pudiese recibir de España ó de
»Italia. Sobre todo esto llevaban veinte
»piezas de artillería de grueso calibre,
»que, para aquel tiempo , era una artille-
»ría formidable.

»Defendiéronse los sitiados con obstinado valor ; y, luego que viéron formada brecha suficiente para un asalto, determináron, á pluralidad de votos, morir antes que aceptar capitulación alguna.

»Por fortuna suya, y quando ménos lo esperaban, porque ya los bárbaros se disponian á un asalto general, se presentó Don Juan de Córdoba, General de las Galeras de España, con un socorro que traia de Cartagena. Al verle huyéron los Mahometanos con priesa y confusion, abandonáron sus cañones á los sitiados, y se embarcáron lo mejor que pudieron para salvarse en Argel. Don Juan los persiguió porfiadamente, les dió caza, y les tomó veinte y dos galeotas y tres navios.

»Despues de este descalabro, se contentáron los Moros con amenazar otro sitio para el año siguiente. Pero como el Rey aprontase una poderosa esquadra, baxo las órdenes de Don García de Toledo, tuviéron los Moros por conveniente

»de-

»dexar para otro tiempo el efecto de sus
»amenazas,

»Hiriéron peligrosamente á Don Ber-
»nardo en este sitio, y el Conde de Al-
»caudete lo envió á Madrid, en donde,
»habiendo encontrado Cirujanos mas ha-
»biles que los de Oran, quedó completa-
»mente curado de sus heridas.

»En el año de 1564 parió su muger un
»hijo, á quien llamáron Juan, en el Cas-
»tillo de Estella, donde dexó á la madre
»y al hijo para embarcarse en la esquadra
»destinada á la toma del Peñon. Esta for-
»taleza fué antiguamente edificada por el
»Conde Don Pedro Navarro, sobre las
»costas de Africa, y se hallaba entónces
»en poder de los Moros.

»Dos años despues de esta expedicion
»enarboláron el estandarte de la rebelion
»los Moros del Reyno de Granada. Don
»Bernardo, á quien el Rey acababa de
»dar un Regimiento, fué enviado para
»castigarlos, baxo las órdenes del Mar-
»ques de Mondejar. Quedáron los rebeldes
»derrotados en siete diferentes acciones.

El

»El año de 1566 fué notable por la
»muerte del Infante Don Carlos. La Du-
»quesa de Parma, hermana natural del
»Rey, era entónçes Gobernadora de los
»Países Bajos. Fué hija del Emperador
»Carlos V. Los pueblos de las diez y siete
»Provincias no se acomodaban á ser go-
»bernados por una muger. Empezaron
»murmurando, y acabaron amotinándose.
»El populacho, unido con los de la Re-
»ligion reformada, se abandonó á toda
»suerte de violencias.

»Envió el Rey al Duque de Alba para
»apaciguar la sublevacion en sus princi-
»pios. Este, léjos de suavizar los ánimos,
»los irritó más con la prision de los Con-
»des de Egmont y de Horn; y tuvo for-
»tuna el Príncipe de Orange en haberse
»escapado á tiempo, que, si no, hubiera
»tenido infaliblemente la misma suerte que
»los otros dos, á quienes el nuevo Go-
»bernador mandó cortar las cabezas en el
»mes de Junio. Dícese, que quando vié-
»ron los Condes que el Príncipe se esca-
»paba, le dixéron: *A Dios, Príncipe sin*

»tierras ; y que él les replicó : *A Dios,*
»*Condes sin cabezas.*

»En 1567 O'Neal , suegro de D. Ber-
»nardo , excitó una especie de subleva-
»cion en el norte de la Irlanda , con de-
»signio de restablecer aquel Reyno en su
»libertad antigua , sacudiendo el yugo de
»la Inglaterra , de volver á la nobleza to-
»dos sus derechos y prerrogativas ; y de
»restablecer la Religion Católica Roma-
»na , que la Reyna Isabel de Inglaterra
»queria abolir en los tres Reynos.

»Fué desgraciadamente asesinado por
»uno de los suyos. Causó esta noticia tan-
»ta afliccion en la esposa de Don Bernar-
»do , que á la sazón estaba en cinta , que
»murió de resultas de haber malparido.
»Inconsolable quedó Don Bernardo de
»haber perdido tan buena esposa ; y sen-
»tidísimo tambien del trágico fin de su
»suegro. Tenia este Señor mucho crédito
»en la Corte de España ; y él fué quien
»mas contribuyó á que confiriesen á su
»yerno el Regimiento que él mandaba.
»Y á parte de esto , como sacaba oculta-
»men-

»mente, de tiempo en tiempo, remesas
»considerables para contribuir al éxito de
»la ya mencionada empresa, ayudaba á
»la manutencion de Don Bernardo, de
»manera que este no se daba priesa á so-
»licitar las sumas devengadas que la Cor-
»te le debia, así por sus propias pagas,
»como por el vestuario de su Regimiento,
»hecho á costa suya, desde el tiempo que
»fué nombrado Coronel.

»Los rigores del Duque de Alba en los
»Paises Baxos, en vez de apagar el fuego
»de la sublevacion, lo encendian mas. A
»proporcion de su severidad se iban irri-
»tando mas los Flamencos. Esto obligaba
»al Rey á enviar sus mejores tropas á aquel
»pais, para reducir á sus habitantes.

»Nombráron al Regimiento de Don
»Bernardo para aquella expedicion; y él
»fué á Madrid á solicitar, no solamente
»sus sueldos caidos, sino tambien el ves-
»tuario antiguo de su Regimiento, con
»mas las cantidades necesarias para ves-
»tirlo de nuevo, antes de que se pusiera
»en marcha.

„Recibióle el Ministro con la mayor
„urbanidad , le dió bellísimas palabras,
„lo fué entreteniendo , y ved aquí todo lo
„que pudo sacar. Don Bernardo , que era
„de natural altivo , tomó el asunto por
„caso de honra : pidió dinero prestado so-
„bre sus bienes, volvió á vestir á su Regi-
„miento , lo puso en marcha para Cadiz,
„y lo embarcó en un navio de transporte,
„al mando de su Teniente Coronel ; y él
„fletó otro bastimento mas ligero , é hizo
„vela hácia los Países Baxos con alguna
„anticipacion.

„A pocos dias de viage lo sorprendió
„en alta mar un uracan violento , que obli-
„gó á echar abaxo todos los mástiles de
„la embarcacion , y á entregarse á merced
„de las olas.

„Fuéron juguete de las aguas veinte y
„cinco dias , siempre contrastados por el
„furor de los vientos , hasta que , en fin,
„se viéron arrojados á las costas de Pli-
„mouth en Inglaterra, donde naufragáron.
„Perdiéron quanto tenían ; pero , por gran
„felicidad , escapáron todos con las vidas.

„En

»En tan triste estado escribió D. Ber-
»nardo á Don Gerardo de Spesio, Emba-
»xador entónces por el Rey de España en
»la Corte de Isabel. Envióle este Señor al
»instante dinero para que se equipara, y
»para trasladarse á Lóndres, á donde le
»mandaba ir, porque su persona podria
»ser útil al servicio del Rey.

»En aquel tiempo, hácia fines del año
»1568, habia ya algunas desavenencias
»entre la Corte de España y la de Ingla-
»terra, por cierto dinero que unos Co-
»merciantes Genoveses habian prestado al
»Rey, enviado al Duque de Alba para
»pagar y vestir las guarniciones de los
»Paises Baxos.

»Los navios que transportaban este
»dinero para los Genoveses, perseguidos
»por algunos armadores Franceses, bus-
»cáron asilo en los Puertos de Inglaterra,
»y se refugiáron á Plymouth, á Falmouth,
»y á Southampton.

»Noticiosa la Reyna de que aquel di-
»nero era enviado contra los Flamencos
»(que ella baxo mano sostenia) se apo-
»de-

»deró de todo, dando seguridades á los
»Comerciantes Genoveses.

»Sabido por el Duque de Alba, se
»echó sobre todos los efectos pertenecien-
»tes á los Comerciantes Ingleses en los
»Paises Baxos; y la Reyna, por contra-
»represalla, hizo aun mas con los Fla-
»mencos en Inglaterra.

»En el mes de Enero del año de 1569,
»publicó la Reyna, para justificar su pro-
»cedimiento, que el Duque de Alba ha-
»bia sido el agresor, y echó la culpa de
»todo al Embaxador de España. Este se
»defendió, y dió á entender, que, no
»tanto la Reyna, quanto los enemigos de
»España, esparcian aquellos rumores; y,
»para justificarse mas plenamente, dixo,
»por último, que la Reyna era la causa
»principal de las disensiones; y aun ha-
»bló á S. M., en términos tan poco me-
»didos, que, enojada, mandó arrestar al
»Embaxador, cuyo arresto duró dos dias,
»y, ademas, se quejó amargamente al
»Rey de su Ministro.

»Apocos dias de haber sufrido el Em-

»bador esta afrenta , llegó Don Bernardo
»á Lóndres. El Ministro miró aquel pro-
»cedimiento de la Reyna como un in-
»sulto hecho á la persona de su amo,
»que él representaba. Envió , pues , un
»correo á la Corte de Madrid queján-
»dose amargamente de la Corte de In-
»glaterra.

»Apénas supo el Rey el embargo del
»dinero de los Genoveses en Inglaterra,
»quando se apoderó de todos los efectos
»de los Ingleses que se hallaban en sus
»Reynos y Dominios , y trabajó quanto
»pudo para excitar una sublevacion en
»Inglaterra y en Irlanda.

»Aunque no habia guerra formalmen-
»te declarada entre España é Inglaterra,
»no dexaban los Ingleses de hacer presas
»continuas de embarcaciones Españolas.
»Estos excesos llegaron á tanto, y perju-
»dicáron de tal manera á los vasallos de
»España, que llegó á temer la Reyna una
»guerra abierta entre las dos Coronas;
»y, para precaverla , tomó el sabio par-
»tido de prohibir totalmente á sus vasa-
»llos,

»llos que inquietaran á las naves Espa-
»ñolas.

»Mientras estaba Don Bernardo en
»Lóndres, envió órdenes á su Adminis-
»trador en España para que tomase di-
»nero sobre sus bienes, baxo el mismo
»pié que lo habia él tomado antes de su
»partida, y que lo dirigiese á Flandes; y
»él tomó en Inglaterra de un Comer-
»ciante letras de cambio para equiparse;
»después de lo qual se dispuso á mar-
»char á su Regimiento, que habia arri-
»bado mas felizmente.

»Dió parte al Embaxador de su inten-
»cion de embarcarse para los Países Ba-
»xos. Este le dixo, que no pensaba del
»mismo modo, pues antes bien queria em-
»plearlo allí mas utilmente en servicio del
»Rey para un negocio que no seria largo.
»Con todo, le añadió, será del caso que
»continúeis los preparativos, como si efec-
»tivamente hubieseis de partir, y que
»salgais antes que vuestros criados: des-
»pués os alojareis en una casa particular
»(y le indicó qual): saldreis lo ménos que
»pu-

»pudiereis : por ningun caso ireis á mi
»casa ; y yo iré á la vuestra muy á me-
»nudo.

»Y como mis visitas no pueden ménos
»de causaros algun gasto , y son relativas
»al servicio del Rey , no seria justo que
»lo pagaseis. Diciendo esto , le puso en
»la mano una bolsa con quinientas gui-
»neas , previniéndole , que le avisase lue-
»go que estuviese en su nueva casa ; pero
»sobre todo , continuó el Embaxador , te-
»ned mucho cuidado de que vuestros sir-
»vientes no sospechen que os quedais aquí.

»En virtud de estas instrucciones em-
»barcó Don Bernardo su familia , y jun-
»tamente su equipage , sobre el Támesis,
»con órden de que fuesen á Douvres , en
»donde él los alcanzaria por tierra ; pero
»que , en todo caso , si él no estaba ya allí
»á su llegada , partiesen luego , y se em-
»barcasen sin esperarlo ; y que , llegados
»á tierra firme , prosiguiesen su camino á
»Bruxélas , le alquilasen una casa en la
»vecindad de la Corte , ó , si era posible,
»sobre el Sablon.

»Em-

»Embarcados sus criados , entró Don
»Bernardo en su nueva casa , que era
»aseada y cómoda. Dadas sus primeras
»disposiciones , fué á casa del Señor Don
»Gerardo á despedirse de él ; y lo hizo á
»presencia de los criados , quienes creyé-
»ron que marchaba efectivamente. Pero,
»en particular , dió cuenta de todo á su
»Excelencia , y se retiró á su casa.

»No habia quatro horas que estaba en
»ella, tenido por un Comerciante Geno-
»ves , que se llamaba *Brocardo* , quando
»llegó un lacayo preguntando por el Sr.
»Brocardo. Entrególe una carta del Em-
»baxador en que su Excelencia le decia,
»que , como no podria pasar sin algun
»criado , le enviaba un Italiano , que ha-
»blaba muy bien el Ingles , y que era
»de toda su confianza , por tenerlo muy
»conocido ; y ademas le prevenia en la
»carta , que aquel mozo seria propio pa-
»ra su correspondencia recíproca ; pero
»que nunca lo enviase de dia á su casa.
»Y concluia la carta con que aquella mis-
»ma noche iria á cenar el Embaxador

»CON

»con el fingido Genoves ; que diese las ór-
»denes á su nuevo lacayo para que pre-
»parase una buena cena , porque su Exce-
»lencia llevaria tambien algunos amigos ;
»que el lacayo estaba en todo , y que el
»Sr. Brocardo podia mirarlo desde aquel
»dia mismo como criado suyo.

»A eso de las seis de la tarde quedó
»admirado el Comerciante fingido de ver
»llegar á su casa al Marques de Viteli,
»acompañado de un hombre que llevaba
»una caja.

»Retirado el portador , abrió el Mar-
»ques la caja , y dixo al Señor Brocardo,
»que allí le entregaba seis mil guineas,
»con comision de que las distribuyese , así
»como tambien otras sumas que se le irian
»entregando , á ciertas personas que se le
»presentarian con billetes , especificando
»la cantidad que cada uno habia de re-
»cibir , y trayendo una señal , que le dió
»tambien.

»Seguidamente le confió el Marques,
»que él habia sido enviado á Inglaterra,
»con el pretexto aparente de terminar y

»com-

»componer las desavenencias sobreveni-
»das entre ambas Cortes; pero que el ver-
»dadero motivo de su viage era ponerse
»á la cabeza de las tropas que el Duque
»de Alba debia enviar para auxiliár y sos-
»tener á los Condes de Northumberland
»y de Westmorland, dos Señores que po-
»dian mucho en el norte de la Inglaterra,
»y que tramaban una sublevacion en aquel
»Reyno; y que, á este fin, se habian omi-
»tido en sus instrucciones ciertas forma-
»lidades, que las hacian defectuosas, á
»fin de aprovechar el tiempo necesario
»para enmendarlas en atender cuidadosa-
»mente á quanto se hacia.

»Que el Duque de Alba se habia em-
»peñado en sostener aquellos dos Señores
»con tropas escogidas, que habia de en-
»viarles de los Paises Baxos; que habia ya
»enviado al Gobernador de Dunkerque,
»disfrazado de Marinero, con gentes ex-
»pertas en el pilotage, para exâminar y
»sondear los Puertos de Inglaterra, y ver
»quales eran mas á propósito para un des-
»embarco; pero que, sin embargo, no
»que-

»quería aventurar las mejores tropas del
»Rey , sin asegurarse primero del núme-
»ro de hombres que dichos Señores po-
»drían juntar. Que, además de esto , que-
»ría ver como tomaba el pueblo el motivo
»que alegasen para justificar la agresion;
»notar á que se determinaban los Católi-
»cos Romanos de Inglaterra, que andaban
»como asombrados desde la prision del
»Duque de Norfolck; y, en fin, averiguar
»que partido tomaria la Nobleza Anglicana
»en general, y quantas tropas podría alis-
»tar la Reyna Isabel. Aguarda el Duque,
»continuó Viteli , á que yo le envíe una
»noticia fiel sobre todos estos artículos, sin
»la qual le será muy dificultoso determi-
»narse. Los dos Condes cenaran con noso-
»tros esta noche. Y en quanto á vos , así el
»Señor Embaxador , como yo , hemos juz-
»gado oportuno deteneros en Inglaterra, á
»fin de disciplinar los paisanos que han de
»armar los mencionados Condes. Para ello
»pronto tendréis precision de marchar há-
»cia el norte de Inglaterra: allí encon-
»trareis muchos sugetos vuestros conoci-
»dos,

»dos, y varios Oficiales de crédito, con
»quienes ya habeis servido, y que han
»estado dispersos y ocultos en las casas de
»los Caballeros, y de los principales mal-
»contentos.

»Cerca de dos horas habia que el Mar-
»ques de Viteli estaba con Brocardo, quan-
»do entraron á decirle á este al oido que
»el Conde de Northumberland queria ver-
»le. Mandó que lo introduxeran, y se lo
»dixo al Marques. En este intervalo le
»enteró Viteli, en pocas palabras, de quien
»era este Conde, que habia venido á pié,
»embozado en su capa, y sin criado al-
»guno.

»Aun estaban en los primeros cum-
»plimientos, quando entró el Conde de
»Westmorland. El otro Conde saludó á
»este por su nombre, y en alto, sin duda
»por equivocacion.

»Don Bernardo, que representaba ya
»con mucha propiedad el papel del Señor
»Brocardo, les insinuó que seria á pro-
»pósito el estar mas sobre sí, no fuese que,
»oyéndolos nombrar alguno de la casa,

»excitase cierta curiosidad , y aun origi-
 »nase algunas sospechas , cosa nada ex-
 »traña , notando que unas personas de su
 »clase , iban á visitar , como de oculto , á
 »un simple Comerciante ; y que de la cu-
 »riosidad podrian pasar á las informacio-
 »nes , y de estas seguirse conseqüencias
 »peligrosas , y acaso fatales.

»Aprobáron unánimes las reflexiones
 »de Brocardo , y confesáron que nunca
 »sobrarian las precauciones. El Conde de
 »Westmorland puso la mano sobre el
 »hombro al fingido Comerciante , y le
 »dixo : vaya , amigo : espero que tendre-
 »mos en vos un correspondiente zeloso y
 »fiel : tengo dos mil piezas de retina or-
 »dinaria que entregaros , y no dudo que
 »nos dareis buena cuenta de ellas , por-
 »que llegarán oportunamente para poder
 »sacar buen partido.—Y yo tengo tres
 »mil , añadió el Conde de Northumber-
 »land. (Por piezas de retina enténdian am-
 »bos los hombres alistados). Brocardo , que
 »los comprendió , les dixo , que , aun-
 »que tuviese cada uno diez mil , no eran

»sobradas: que él sabia donde emplear-
»las con provecho, y que cabalmente
»era el género de que mas necesidad ha-
»bia en la feria.

»El Embaxador, que ya habia ente-
»rado á los Condes de lo que era Don
»Bernardo, llegó tambien embozado y
»solo.—Señor Brocardo, dixo despues de
»saludar, os traigo el importe de las le-
»tras de cambio que girasteis sobre mí;
»y traigo el dinero encima porque está
»en oro: desembarazadme de él: tomad
»ese saco; y no os canseis en contarlo,
»porque viene cabal en mil y quinientas
»guineas. Cuento con entregaros algo mas
»mañana.—Despues entráron en la mate-
»ria, que era motivo principal de aquella
»secreta concurrencia.

»Ambos Condes Ingleses sostenian,
»que, si se procuraba desembarcar un
»buen Cuerpo de tropas regulares, al
»mismo tiempo que publicasen su Mani-
»fiesto, se animarian con aquello cier-
»tas gentes de importancia, que, de otro
»modo, no se atreverian á declarar; y
»que,

»que, si se veían apoyados, se pondrían
»de su parte, y obrarían con ellos.—
»Los Españoles fuéron de dictamen con-
»trario, dando por razon: que el Cuer-
»po de la Nacion Inglesa, y particular-
»mente el pueblo, miraba con antipatía
»natural todo lo que era Extrangero: que
»era un pueblo celosísimo de su liber-
»tad: que, por poco que los enemigos
»les diésen á entender que aquellos Ex-
»trangeros venían á conquistar su pais,
»aumentando las cosas, como infalible-
»mente las aumentarían, sucedería, que,
»aún los mismos que, sin esto, hubie-
»ran abrazado su partido, llevados por
»la buena causa, léjos de unirseles, ó de
»mantenerse á lo ménos neutrales, se
»unirían á sus enémos, y formarían
»causa comun contra las tropas Espa-
»ñolas, miradas como un enemigo pú-
»blico.

»Otras muchas mas objeciones y ale-
»gatos se hicieron; como, por exemplo,
»¿qué fuerzas suficientes se tendrían en
»el pais? ¿qué fortalezas? ¿qué Puertos

»sobre las Costas , ya para desembarco , ó
»ya para asilo , en casos apretados ? Y
»tambien : que era absolutamente nece-
»sario tener algun Puerto á su disposi-
»cion , por si el suceso no correspondia
»á la justicia de la causa que abrazaban :
»causa tanto más justa , quanto era la
»de su Soberana , la de su Reyna , la de
»una Soberana engañada , y estrechamen-
»te presa , por la traicion y mala fe de
»la usurpadora de sus derechos ; pues no
»habria Casuista tan atrevido que osase
»defender los infundados derechos de Isa-
»bel contra los de Maria , cuya legiti-
»midad estaba tan autenticamente reco-
»nocida ; sin que tampoco , por parte del
»nacimiento , pudiese Isabel formar pre-
»tension alguna , respecto de no ser de
»matrimonio legítimo ; ni ménos alegar
»derecho al testamento del Rey Hen-
»rique , porque éste no tenia faculta-
»des para disponer de la Corona con
»perjuicio de la heredera legítima , que
»es la Reyna de Escocia ; y ademas que
»si se hiciese al Rey una proposicion ,

» como la indicada por los Condes, da-
» ria motivo á su Magestad para que sos-
» pechase , que estos Señores no tenían
» un partido tan fuerte como se lo habian
» pintado ; y que , al contrario, la Reyna
» Isabel tenia muchos ménos enemigos,
» que los que se habian publicado en la
» Corte de Madrid. Que no siendo facti-
» ble juntar cierto número de tropas, aun
» sobre las Costas de los mismos Domi-
» nios del Rey, sin causar recelos á la
» Corte de Inglaterra, lo seria todavia mé-
» nos desembarcarlas en la Isla. Que las
» medidas que tomaria la Reyna para es-
» torvar un desembarco , harian avortar
» sus designios , arruinarian las esperan-
» zas de la desventurada Reyna prisio-
» nera , ocasionarian una declaracion de
» guerra entre Inglaterra y España , y
» proporcionarian á los rebeldes de los
» Paisés Baxos la proteccion abierta y de-
» clarada de la Reyna Isabel. Pero que
» si , por el contrario, pudiesen por sí mis-
» mos , no solo hacer frente á las tropas
» que alistase Isabel , si no tambien sacar
» de

»de su prision á la Reyna de Escocia,
»y fortificar su partido con un Xefe de
»tanta nota; entónces podria el Rey qui-
»tarse la máscara, y no necesitar de mi-
»ramientos ni contemporizaciones con
»Isabel, y enviar quantas tropas juzga-
»sen ellos necesarias; bien que, segun
»la natural aversion de los Ingleses á los
»Extranjeros, seria acertado no enviar
»mas que una quarta parte de las que
»levantasen los naturales del pais, con
»las que se uniesen las tropas Españo-
»las.— Que, en quanto al dinero, su Ma-
»gestad Católica estaba pronto á submi-
»nistrar las necesarias sumas para la em-
»presa; y que ya habia remitido quinien-
»tos mil duros para que se entregasen á
»los Condes allí presentes. Que aquel di-
»nero se iria transportando secretamen-
»te á la casa del Señor Brocardo; y que
»los Condes lo irian pidiendo, como lo
»juzgasen á propósito, y con todas las
»precauciones que ellos mismos prescri-
»biesen.

»Por mas plausibles que fuesen dichas

»ra-

»razones , de ningun modo gustáron á los
»Condes. Representáron todavía , que
»unas tropas tan nuevamente levantadas,
»sin disciplina ni practica , no podrian
»servir de mucho , y que les parecia pre-
»ciso mezclarlas con hombres aguerrir-
»dos.— A esto se les respondió , que te-
»nian en el norte de la Inglaterra muchos
»buenos Oficiales de experiencias y servi-
»cios que podrian disciplinar á sus reclu-
»tas , y que á ellos se juntaria Don Ber-
»nardo , que allí estaba presente : fuera
»de que no se podia , sin injusticia , dudar
»de la capacidad del Marques de Viteli.
»Que el Rey lo habia enviado con anti-
»cipacion para tomar el mando en Xefe
»de las tropas dispuestas á marchar á su
»socorro , á la primera noticia de que los
»Ingleses empezaban á alborotarse.

»Los mencionados Condes tuviéron
»despues muchas conferencias en casa del
»Señor Brocardo ; pero , por mas que ha-
»bláron é hiciéron , no pudieron conven-
»cer á los Españoles á que aventurasen un
»desembarco de tropas.

»Mas,

107 »Mas , por último , el Conde de West-
»morland , particular y personalmente des-
»contento de la Reyna Isabel , por haber-
»le quitado y adjudicado á otro unas ricas
»minas de cobre que , por derecho y leyes
»del pais , eran suyas , como descubiertas
»en terreno propio ; el Conde , digo , des-
»contento , se dexó arrebatár de su queja,
»y atrajo á su partido al Conde de Nor-
»tumberland.

»Partiéron al norte de la Inglaterra ,
»y se lleváron consigo á Don Bernardo ,
»transportando al mismo tiempo el dine-
»nero recibido de España. Determinarlo
»y enarbolar el Estandarte de la rebelion,
»todo fué uno , aun sin haber tomado las
»medidas convenientes para semejante
»atentado. Verdad es que se viéron como
»forzados á la alternativa de abandonár
»para siempre su intento , ó de declararse
»como lo hiciéron ; porque Isabel , des-
»cubiertas ya sus tramas , los llamó á la
»Corte , y , viendo que se escusaban , rei-
»teró sus órdenes , en términos tan fuer-
»tes y precisos , que conociéron positiva-

»mente que la Reyna lo sabia todo, por
»la traicion de alguno.

»Las cartas y demas papeles de Don
»Bernardo, que paran en mi poder, y de
»donde he sacado la mayor parte de lo
»concerniente á su vida, contienen una
»relacion circunstanciadísima de las con-
»seqüencias de la rebelion, que fué tan
»funesta á los Xefes ya nombrados. Pe-
»ro como este asunto nada tiene de co-
»mun con mi principal objeto, lo pasaré
»en silencio, y solo diré: que Isabel man-
»dó trasladar á la Reyna de Escocia, su
»competidora, á una plaza fuerte, que
»los rebeldes no podian sitiar, así por no
»tener mas que quatro mil infantes y
»siscientos caballos, como por la indisci-
»plina de esta gente; á la que Isabel po-
»dia oponer mas de veinte mil hombres
»de tropas arregladas. De manera, que
»los rebeldes, no atreviéndose á presen-
»tarse, se retiráron mas hácia el norte,
»donde esperaban aumentar considerable-
»mente su número; pero ya era tarde.
»No tan solo no se les unió gente alguna,

»mas ni sus mismas tropas les quedáron,
»porque se fuéron disminuyendo poco á
»poco, así por la desercion, como por la
»propia seguridad que cada qual fué bus-
»cando.

»El Conde de Northumberland y Don
»Bernardo se refugiáron á Escocia; y el
»Conde de Westmorland se retiró á Flan-
»des, donde el Rey le concedió una li-
»gera pensión para vivir.

»Llegado Don Bernardo á Edimbourg,
»encontró una embarcacion Escocesa, car-
»gada cabalmente para Cadiz, en la qual
»tomó lugar en calidad de pasagero. Hizo
»quanto pudo para persuadir al Conde de
»Northumberland que se pasase con él á
»España; mas no lo pudo conseguir, por-
»que todavia animaban al Conde algunas
»remotas esperanzas sobre verificar su
»primer designio, fundadas en unas car-
»tas de un tal Dacres, que le lisonjeaban
»de un socorro pronto y poderoso, redu-
»cido á algunos hombres mal disciplina-
»dos, que efectivamente presentó Dacres,
»pero fuéron al instante dispersados. Vien-
»do

»do Don Bernardo el encaprichamiento
»del Conde , se despidió de él , y se em-
»barcó para España. Tuvo un viage fe-
»liz , y apénas llegó á Cádiz , quando
»marchó en posta á la Corte. Presen-
»tóse al Ministro , y este dió parte de su
»llegada al Rey. S. M. le concedió una
»larga audiencia , y oyó , con atencion y
»bondad , la relacion que le hizo de todo
»lo perteneciente á la intentada suble-
»vacion.

»No manifestó el Monarca admiracion
»ni enojo. Como tan constante y firme,
»dixo solamente , despues de haberlo oido
»todo con gran paciencia : no tuve las me-
»jores esperanzas del éxito de la empresa,
»luego que supe la prision del Duque de
»Norfolck.

»Tu, Bernardo , añadió el Rey , pue-
»des servirme mas utilmente quedandote
»aquí , que yendo á Flandes á buscar tu
»Regimiento. Yo te nombro Mayor Ge-
»neral.

»Dió Don Bernardo las gracias á su
»Majestad , y le pidió al mismo tiempo

»licencia por un mes para ir á poner en
»orden algunos negocios domésticos. Con-
»cediósele el Rey como la pedia , solo por
»un mes.

»Desde Palacio fué á verse con el Mi-
»nistro , quien le entregó su Patente de
»Mayor General ; y luego , aprovechán-
»dose de la licencia obtenida , partió en
»diligencia á Estella. Allí encontró los ne-
»gocios de mi padre tan perdidos , que,
»para aliviarle , nos llevó á su casa á mi
»hermana y á mí , y nos confió al cuida-
»do de una buena dueña , encargada ya
»de la educacion de su hijo.

CAPITULO II.

Continuacion del precedente.

» Puso Don Bernardo en orden sus cosas
» lo mejor que pudo , y se volvió á la Cor-
» te. En su primera audiencia le dixo el
» Rey , que lo habia destinado para acom-
» pañar á Irlanda á Don Juan de Mendo-
» za ; y que , de allí á unos diez dias , les
» daría sus instrucciones : que , entre tanto ,
» viese al Ministro , quien le hablaria mas
» ampliamente sobre el punto.

» Recibió efectivamente sus órdenes é
» instrucciones al tiempo prefixado ; y ,
» dispuesto ya todo para la partida , mar-
» charon él y Don Juan á Cádiz , donde
» se embarcáron á bordo de una fragata
» ligera. Con viento favorable , y la tra-
» vesía corta , tuviéron un agradable via-
» ge , y llegaron felizmente en pocos dias
» á las costas de Irlanda.

» Cubrió Don Bernardo los motivos de
» su viage á Irlanda con el pretexto de ver

»á los parientes de su muger difunta, con
»el de enterarse de los asuntos de su fami-
»lia, y con el de entablar sus pretensiones
»sobre la parte que debia venir á su hijo
»de los derechos de su madre.

»Don Juan se dió por un amigo de
»Don Bernardo, que habia querido acom-
»pañarle, sin mas motivo que el de ver
»un Reyno, cuyos habitadores antiguos
»se dice que eran una Colonia de pueblos
»originarios de España.

»Pero el verdadero objeto de su viage
»era una órden secreta de la Corte para
»exáminar bien la situacion de aquel Rey-
»no, y la disposicion de los ánimos entre
»la Nobleza Irlandesa: como tambien qué
»número de hombres podrian aprontar los
»Católicos Romanos: qué puertos de mar
»podrian mas facilmente ser tomados; y
»donde se desembarcarian con mas como-
»didad las armas y municiones de que ve-
»nia cargada su fragata, para distribuir-
»las despues entre las familias antiguas
»del pais.

»Viendo el Rey la tenacidad de los

»Fla-

» Flamencos , sobre quienes producian un
» efecto contrario al que se aguardaba los
» rigores y severidad del Duque de Alba,
» sospechó que estuviesen asistidos y ani-
» mados , baxo mano , por la Reyna Isa-
» bel. Entónces se dispuso á todo su Ma-
» gestad, para en caso de que aquella Prin-
» cesa abrazase abiertamente los intereses
» de los Flamencos ; y preparó lo necesá-
» rio para darla que hacer en su propio
» Reyno.

» Fuéron sumamente bien recibidos Don
» Bernando y Don Juan ; y en especial
» Don Bernardo logró cariñosa acogida de
» los parientes de su muger.

» Encontráron quanta facilidad quisié-
» ron para desembarcar sus armas y mu-
» niciones ; las distribuyéron en diferentes
» casas , sobre todo entre los parientes de
» Don Bernardo ; y permaneciéron en aquel
» pais hasta el mes de Enero del año de
» 1570.

» Aguardáron para embarcarse la es-
» tacion del invierno , á fin de evitar la
» esquadra del Conde de la Marck , com-
» pue-

»puesta de veinte y quatro navios de lí-
»nea, que habia ya causado bastantes ma-
»les á los Españoles; y, cumplida su co-
»mision, se embarcáron para España. No
»fué su viage de vuelta tan gustoso como
»el de la ida; pero, por lo ménos, no
»tuvieron contratiempo alguno. En Cádiz
»no se detuvieron, tomaron la posta, y
»marcháron en diligencia á la Corte. Dié-
»ron al Rey cuenta puntual de todo lo
»hecho, descubierto y notado; y su Ma-
»gestad se mostró satisfechísimo de lo bien
»que habian desempeñado una comision
»tan delicada.

»Dignése el Rey de decir á Don Ber-
»nardo, que no olvidaba sus pasados ser-
»vicios, y que su intencion era recom-
»pensarlo con proporcion á su mérito;
»pero que, mientras tanto, podia irse á
»descansar de sus fatigas por algunos me-
»ses, asegurado de que no lo olvidaria.

»Aquel año fué notable por la liga
»entre el Papa, el Rey de España y
»los Venecianos, contra los Turcos, que
»habian tomado á estos últimos la Isla de

„Chipre; lo fué tambien por la famosa vic-
 „toria de Lepanto, que ganáron los Chris-
 „tianos contra los Infieles; y asimismo por
 „el valor y sabia conducta de Don Juan
 „de Austria, hermano natural del Rey,
 „que mandaba los Exércitos de la liga.

„No habia un mes que estaba D. Ber-
 „nardo en su casa, quando fué llamado á
 „la Corte á instancia de este Príncipe,
 „que lo apreciaba mucho, y que se lo
 „pidió al Rey para aquella expedicion,
 „en términos que lo honraban excesiva-
 „mente.

„Pusóse Don Bernardo en camino por
 „Abril. Así que llégó á la Corte fué á
 „rendir sus respetos al Príncipe, quien lo
 „presentó al Rey. Su Magestad lo distin-
 „guió mucho, lo ascendió al grado de Te-
 „niente General, le regaló dos mil do-
 „blones para su equipage, y le prometió,
 „ademas, que, á la vuelta de la expedi-
 „cion, se le pagarian todos sus caídos, así
 „de sueldos, como de adelantamientos pe-
 „cuniarios á fin de vestir su Regimiento.

„Dispuesto todo para la salida de la
 „Chipre

„armada , se señaló por punto general de
„reunion el Faro de Mesina , desde donde
„se hicieron á la vela el diez de Setiem-
„bre , para ir á encontrarse con la arma-
„da Turca.

„Tanto se ha hablado de esta batalla
„famosa , que desde luego podré pasar en
„silencio lo que de ella dice Don Ber-
„nardo en sus Memorias ; y me ceñiré
„únicamente á referir las circunstancias
„que tengan alguna relacion particular
„con su persona.

„Mandaba seis galeazas grandes , ar-
„madas con sesenta cañones , y tripuladas
„cada una con quatrocientos hombres es-
„cogidos , que formaban la vanguardia
„de la armada. Al principio del com-
„bate tuvieron los Infieles la ventaja del
„viento , que llevaba todo el humo de sus
„buques á los Christianos. Pero poco les
„duró ; porque cesó el viento , se aprove-
„chó de la calma Don Bernardo , mandó
„remolcar sus buques por algunas gale-
„ras , y , á favor de esta maniobra , se
„abanzó al enemigo , y empezó á poner-

„lo

„lo en desorden. Con su exemplo se abrió
 „paso á la victoria lo restante de la ar-
 „mada ; y fué una de las mas señaladas
 „que se hubiesen conseguido desde la fa-
 „mosísima de *Actium*. Una accion tan lu-
 „cida como aquella le valió, despues del
 „combate, elogios y gracias de todos los
 „Generales ; y, á parte de esto, D. Juan
 „de Austria, Príncipe magnánimo, infor-
 „mó particularmente á la Corte de que
 „al valor y prudencia de Don Bernardo
 „habia debido el mundo Christiano aque-
 „lla victoria, que habia costado á los Tur-
 „cos doscientas galeras, treinta mil hom-
 „bres, cinco mil prisioneros, y dado li-
 „bertad á veinte mil Christianos miseros
 „esclavos. de la armada el 7 de
 „Dia 7 de Octubre se verificó aquella
 „accion gloriosa, que empezó á las cinco
 „de la mañana y acabó con el dia.
 „Don Bernardo fué peligrosamente he-
 „rido en la barriga de un astillazo, en
 „términos que no se contaba con su vida.
 „Estimabalo mucho antes Don Juan
 „de Austria ; pero creció el aprecio con el
 „ser-

„servicio hecho á la christiandad. Fué es-
„te Príncipe á visitarlo, y envió á sus pro-
„pios Cirujanos para que lo curasen. Así
„que lo viéron pronosticáron muy mal;
„pero agotáron en él toda su habilidad y
„ciencia, y tanto hicieron que, á fuerza
„de cuidados, lo sacáron de peligro; bien
„que pasáron mas de seis semanas antes de
„que lo estuviere, y cerca de nueve me-
„ses antes de poder salir.

„De vuelta á la Corte, lo recibió el
„Rey con mucha benignidad y agrado;
„y le díxo, que el Generalísimo le ha-
„bia hecho justicia en la relacion del com-
„bate.

„Con tales alabanzas de la parte de
„un Monarca, que no era pródigo de
„ellas, ni las daba en valde, le tributáron
„los cortesanos mucho incienso, moneda
„comun de las Cortes. Recibió sus cum-
„plimientos con suma modestia, pensó
„despues en sus negocios, y solicitó el
„pago de sus sueldos caídos, y de los
„caudales que habia adelantado.

„Prometiéronle el pago de todo; y,
„con

»con tales promesas, iba tres ó quatro
»veces cada semana á la Secretaría de la
»Guerra; de la que regularmente sacaba
»elogios y promesas; pero nada mas.

»Por último, cansado de diligencias
»y esperanzas, presentó un memorial al
»Rey, cabalmente delante del Ministro
»de la Guerra, á quien su Magestad re-
»convino seriamente. El Ministro se dis-
»culpó con las muchas ocupaciones esen-
»ciales al servicio de su Magestad que
»no sufrían dilacion; y añadió: que un
»Oficial como Don Bernardo no podia
»ignorar el estado de los negocios mili-
»tares, á que debiera haber tenido al-
»guna consideracion, y dispensándose de
»importunar á su Magestad con tales ba-
»gatelas.

»Don Bernardo respondió, con algu-
»na entereza, que el ver sus bienes entre
»manos de acreedores, y á su hijo redu-
»cido á la miseria, por haber él servido
»á su Rey con tanto zelo, no era en ver-
»dad cosa de bagatela.

»Su vivacidad le llevó mas alla de

»lo

»lo que convenia á un vasallo en pre-
»sencia de su Rey. Este dixo al Minis-
»tro con pausa, pero con sequedad: pa-
»guesele desde luego, sin exâminar sus
»cuentas; y no vuelva yo á oir mas se-
»mejântes reconvenções. Dicho esto, vol-
»vió la espalda, y se entró en su gabi-
»nete con el Ministro.

»Al otro dia, envió á llamar á Don
»Bernardo Don Juan de Austria, y le di-
»xo, que su Magestad se habia resentido
»de que hubiese hablado con tanta li-
»bertad en su presencia, y que le ha-
»bia costado mucho suavizar al Rey, y
»estorvar que no le hubiese despedido
»del servicio.

»Don Bernardo dió cuenta á su Al-
»teza de lo sucedido, de las repulsas su-
»fridas en la Secretaría de Guerra, y de
»la pobre desecha de que se habia va-
»lido el Ministro en presencia del Rey.
»Seguidamente hizo al Príncipe una re-
»lacion de sus servicios, de su esclavi-
»tud, del rescate que le costó mas de
»la mitad de sus bienes, y de los con-

„siderables adelantamientos hechos, para
 „los que habia tenido que empeñar lo
 „restante de su hacienda. Despues le no-
 „tició, que todo lo recibido consistia en
 „un regalo de dos mil doblones, en un
 „Regimiento, que habia acabado de ar-
 „ruinarlo, y en un vano título de Teniente
 „General; y que, por último, aun no
 „habia tocado un real de todos sus suel-
 „dos devengados. Continuó suplicando al
 „Príncipe, que se dignase representar á
 „su Magestad la deplorable situacion á
 „que se veia reducido; pues un Prínci-
 „pe tan prudente é ilustrado facilmente
 „hallaria modo de disminuir su falta, de
 „desenojar á su Magestad, y de conseguir
 „el perdon, que pedia con toda la hu-
 „mildad posible.

„Don Juan de Austria se encogió de
 „hombros: le dixo, que su situacion era
 „lastimosa, y su asunto espinoso; pero,
 „no obstante, le ofreció hablar á su Ma-
 „gestad y hacer quanto pudiese para sus
 „alivios.

„Picado Don Bernardo (y tenia ra-

„zon para ello) contra el Ministro de la
„Guerra , no quiso visitarlo mas , y se
„contentó con esperar las resultas de las
„representaciones que el Príncipe Don
„Juan le habia prometido hacer al Rey
„en favor suyo.

„Como unos ocho dias despues , le
„envió á llamar Don Juan , y le dixo:
„que , habiendo representado al Rey so-
„bre sus negocios , se habia manifestado
„su Magestad muy compadecido de sus
„contratiempos , y de que el Ministro no
„le hubiese hecho justicia , segun las in-
„violables máximas de su Magestad de
„distinguir á todas las personas de mé-
„rito ; y que habia dado de nuevo sus
„órdenes para que se le pagara inmedia-
„tamente quanto se le debia. Diciendo
„esto , le entregó la orden , previniéndole
„le , que la llevase él mismo al Minis-
„tro , quien no hallaria pretexto para
„eludirla , pues estaba firmada del Rey ;
„peró como sé , añadió el generoso Prín-
„cipe , el estado actual de la caja , y
„que la situacion de vuestros negocios

„no os permite aguardar , tened á bien
 „que yo os preste esta letra de cambio
 „sobre el banquero Perez.—Don Bernar-
 „do , que era naturalmente magnanimo,
 „procuró escusarse de aceptarla ; pero el
 „Príncipe lo obligó de tal manera , que
 „no pudo negarse á recibirla.

„Tenedme , le dixo aquel Príncipe,
 „por vuestro amigo : contad con que me
 „obligareis siempre que me creyereis bue-
 „no para serviros de algo ; y , hablando
 „así , le entregó la letra de cambio , que
 „era de mil doblones.

„A pesar de su repugnancia , se pre-
 „sentó Don Bernardo al Ministro con la
 „orden del Rey. La respuesta fué : que
 „le era mas facil á su Magestad ordenar
 „pagos , que hallar dinero para hacer-
 „los : que , por entónces , no habia cau-
 „dal alguno en la caixa ; y que lo que
 „mas urgiria , quando lo hubiese , seria
 „la paga y vestuario de las tropas , que
 „carecian de todo en los Países Baxos ;
 „por último : que tuviese paciencia hasta
 „que hubiese dinero sobrante.

„En una palabra , experimentó Don
„Bernardo , por su desgracia , que el mis-
„mo Soberano no tenia crédito con su
„Ministro, y que no se hacia mucho ca-
„so de sus órdenes.

„Entónces , no sabiendo que partido
„tomar , fué á contarselo todo á Don
„Juan de Austria.

„Su Alteza le aconsejó, que no im-
„portunase mas al Rey ; pero le añadió:
„que el Duque de Alba habia exígido en
„los Países Baxos una contribucion del dé-
„cimo de toda suerte de mercaderías: que
„un impuesto semejante produciría consi-
„derables sumas: que, á buenas, ó á malas,
„los Flamencos tendrian que pagar ; y que
„él escribiría al Duque para que le paga-
„se sobre aquellos impuestos : que le acon-
„sejaba , como amigo , que se trasladase
„luego á Flandes , donde aun estaba su
„Regimiento ; y que aprovechase la oca-
„sion que se le presentaria de acompañar
„al Duque de Medinaceli, que habia te-
„nido orden para marchar allá , por las
„noticias recibidas de que el Conde de la

„Marck

»Marck se había apoderado de la Brilla,
 »en los Países Baxos.

»Estaba el Duque de Medinaceli pron-
 »to á embarcarse, y Don Bernardo, por
 »recomendacion del Príncipe de Austria
 »fué admitido á una audiencia del Rey,
 »para despedirse de su Magestad, quien
 »lo recibió benitamente, y le hizo be-
 »llísimas promesas.

»Llegó á tiempo de embarcarse para
 »los Países Baxos, en compañía del Du-
 »que de Medinaceli, quien se alegró de
 »llevar consigo un Oficial de tanto mé-
 »rito, y tan generalmente reconocido, co-
 »mo D. Bernardo. Esto sucedió en el año
 »de 1572.

»Hasta aquí he seguido lo que he en-
 »contrado de la vida de Don Bernardo
 »en sus propios papeles, en los que habla
 »siempre de sí mismo con una modestia
 »suma. Quantos papeles tengo suyos, así
 »escritos de su mano, como de mano age-
 »na, me han sido entregados por su Ca-
 »pellan, de quien he sabido que en el via-
 »ge se encontraron con la armada de los
 »alia-

»aliados y la envistieron ; que fueron to-
»talmente derrotados ; que los enemigos
»nos tomaron muchos navios ; que uno de
»ellos f.é el en que iba Don Bernardo ;
»que lo hiriéron peligrosamente ; y que
»murió de sus heridas dos dias despues
»del combate.

»Supo ademas de su Capellan (que
»fué cangeado al cabo de algunos meses),
»que, á su vuelta á Estella, encontró la
»novedad de que los acreedores se habian
»aposeionado de los bienes de Don Ber-
»nardo ; que nos habian echado de casa
»al hijo de Don Bernardo, á mi hermana
»y á mí ; y que algunas personas carita-
»tivas habian hallado modo de que nos re-
»cibieran en diferentes casas de huérfanos.

»De manera, que mi hermana y yo
»fuimos enviados al hospital de Segura ;
»de donde eran naturales ; y el hijo de
»Don Bernardo fué recibido en el de Es-
»tella, sin que ninguno de sus parientes
»pensase en socorrerlo.

»Recorrida ya la vida de mi tio Don
»Bernardo, descendiente del hijo segundo
»del

»del Conde de Ximenez, voy ahora á de-
 »ciros algo de la de mi padre.

»El mérito de Don Sancho era de dis-
 »tinta especie. Fué un hombre dado en-
 »teramente al estudio; pero ¿qué estudio?
 »Por su desgracia, y por la nuestra, era
 »cabalmente el que se llama *Filosofía*,
 »*Medicina universal*, *pólvera de proyec-*
 »*cion*, *piedra filosofal* &c.; y si reducir
 »el oro á nada, es señal cierta de que el
 »Filósofo va por el buen camino; sin
 »duda ninguna que mi padre iba también
 »por el recto, pues los crisoles, los hor-
 »nos, y los experimentos chímicos, re-
 »duxéron á nada su plata y oro; y trans-
 »mutando poco á poco en humo, hoy una
 »heredad y mañana otra, convirtió en
 »ménos que nada todo aquello de que po-
 »dia disponer en este mundo.

»Día y noche lo ocupaban el *Trevi-*
 »*sano*, *Zacharias*, *Gheber*, *Zenon*, el
 »*Cosmopolita*, *Raymundo Lulio*, y qué se
 »yo quantos otros sabios de esta especie.
 »No le bastó arruinar sus bienes, y quiso
 »también arruinar su salud. Como no fue-

»ra mi padre diria que , á fuerza de so-
»plar , se le desvaneci6 el cerebro ; por-
»que se imaginaba el hombre mas dicho-
»so de este mundo , en vísperas de hallar
»la piedra filosofal , aquella preciosa pie-
»dra que debia producirle mas tesoros que
»encierran las minas del Perú ; aquella
»medicina universal , que habia de pro-
»longar el curso de su vida aun mas allá
»de lo que nos cuentan del ciervo y del
»cuervo , y la que , para colmo de felici-
»dad , segun sus locas esperanzas , habia
»de mantenerle , durante tan larga vida,
»en perfecta salud , exênto de todas las
»enfermedades que atormentan á lo res-
»tante del género humano.

»Bien es verdad , que un cierto Caba-
»llero Aleman , que trabajaba y soplaba
»con mi padre , dió con el secreto de ha-
»cer oro , en tan poco tiempo como mi
»padre humo , pues luego que advirti6 al
»buen hombre sin nada , se retir6 con to-
»do lo que habia asegurado ; y ninguno
»de los amigos de mi padre pudo darle á
»entender que aquel charlatan le enga-

»ñaba. No podia sufrir que se le hablase
»una palabra relativa á desengañarle del
»concepto que habia formado de su Filó-
»sofo, quien, segun mi padre, no sola-
»mente era el mas habil, sino tambien el
»mas honrado del mundo. Mi madre, y
»la demas parentela, que lo veian casi
»arruinado, se esforzaron, pero sin fru-
»to, á precaver tan dura extremidad. La
»pobre señora adivinó lo que sucederia;
»mas, por su fortuna, murió antes que
»Don Sancho nos hubiese hecho entera-
»mente miserables. Los disolventes, las
»revivificaciones, las coaliciones, las pu-
»trefacciones, las mudanzas de cuerpos
»en espíritus, y de espíritus en cuerpos,
»las sutilizaciones, las sublimaciones, las
»espiritualizaciones, las oleaginidades, las
»incombustibilidades, y un millon mas
»de términos del arte, que le costaron
»tanto tiempo y dinero, y que eran el
»único idioma ó gerigonza que se habla-
»ba en la casa, juntamente con los exce-
»sivos gastos de diferentes pleytos, con-
»duxeron al pobre Filósofo á una horrible
»pri-

»prision, por solicitud de sus desapiada-
»dos acreedores, que acaso habian abu-
»sado sobradamente de su debilidad é in-
»dolencia. Y como sus bienes remanentes
»no bastaron para pagar la mitad de sus
»deudas, murió insolvente, y nos dexó á
»mi hermana y á mí entre los brazos ca-
»ritativos de Don Bernardo; y, muerto
»éste, fuimos llevados al hospital de huér-
»fanos de Segura, donde nos recibieron con
»el apellido Perez.

»El Capellan de Don Bernardo, que
»vino á dar una vuelta á Segura un par
»de años despues de estas desgracias, en-
»tregó al Cura de dicho pueblo todos los
»papeles de que he sacado las ilustra-
»ciones y pruebas de quanto acabo de
»decir.

»Vióme el Cura cierto dia en casa de
»uno de los Administradores del hospital,
»y quiso acordarse de haber visto mi ca-
»ra. Pidióme al director, y éste se ale-
»gró mucho de desembarazarse del cui-
»dado y gasto de mi manutencion. Lle-
»vóme á su casa, y desde entónces cuidó

» particularmente de mi educación y estudios.

» Luego que tuve edad competente me ordené, recibí el Subdiaconato, y el Diaconato, y despues me ordenáron de Sacerdote; y así que mi hermana fué capaz de ganarse la vida, la pusieron á servir.

» Hecha toda la antecedente narracion por el Canónigo Perez, acabó diciendo: que, ademas de lo que él habia sacado de los mencionados papeles y títulos entregados por el Cura, habia sabido muchas cosas mas de varias personas ancianas en Segura y en Estella.»

CAPITULO III.

*Libra Don Sancho al Conde de Leyva
de un gran peligro.*

Apenas acabó mi padre su narracion, quando llegó Don Pedro Patillos con su esposa. Al volverse á Valencia ambos Abogados, fuéron á visitarlo; y como no se les habia encargado el secreto sobre el descubrimiento relativo á nuestra familia, se lo noticiáron, y quiso venir á darnos la enhorabuena. Me atrevo á asegurar que se alegró sincerísimamente, porque era muy amigo nuestro, y mi madre estaba emparentada con su familia.

Miéntas cenabamos, propuso Don Pedro la diversion de una cazería de javalies, para el dia siguiente, en los montes de mi patron. Pero mi padre repuso, que seria mejor que las Damas fuesen á ella, y que, para resguardarlas de todo peligro, se preparase un puesto, desde el qual pudiesen ver la caza; y que esto

po-

podria verificarse difiriendo la diversion á otro dia. — Todos fuéron de su dictamen, y en especial la Condesa de Albano le dió muchas gracias.

Al siguiente dia, montáron todos á caballo, inclusas las Damas, que iban vestidas de Amazonas. Los hombres pasamos á reconocer el monte, y buscamos el lugar mas acomodado para las Damas, el que se dispuso de manera que pudiesen ver la caza sin riesgo alguno. En esto ocupamos toda la mañana; y, como el dia era hermosísimo, salimos Don Pedro, mi hermano y yo, despues de tomar café, á pescar; y dexamos á todos los demas entretenidos á su gusto.

Apénas apuntó el alba del siguiente dia, quando me despertó el ruido de las trompas que nos llamaban al monte. Todos se preparáron; y dexamos á las Damas colocadas en el lugar que se les habia destinado. A poco tiempo de estar en él, se las hizo pasar por delante un javalí de enorme tamaño; y los cazadores supiéron descaminarlo tan bien que

pa-

pasó muchas veces por delante de las Señoras.

Era la vez primera que yo me encontraba en aquella especie de caza; y de tal manera me animáron las voces de los cazadores, los ladridos de los perros, y el estruendo de las trompas de caza, repetido por el eco, que no creía yo hubiese en el mundo mayor diversion que aquella.

Llevaba yo á mi lado un cazador viejo para que me sirviera de guia y de resguardo. El tal me impacientaba mucho deteniéndome, y estorbándome correr á donde yo queria, porque, como ignorante de aquella caza, no veia en ella peligro alguno.

Era mayor mi impaciencia al ver que mi hermano iba á donde me impedia ir, de modo que no pude ménos de preguntarle la causa. Respondióme, que para mi hermano habia poquísimo riesgo en el mismo lugar que habria mucho para mí; pues, aunque todavía era jóven, se le podia mirar como un cazador viejo, as-

tuto, y de los mas experimentados.

Gozamos dos horas largas el placer de una caza, que por poco acabó trágicamente.

Dícese, que es natural en el javalí huir de los que le persiguen, mientras puede, y no se lo estorvan; pero que, viéndose acosado, se pone en defensa, respaldándose en el tronco de algun arbol, para que no le acometan por detras; y que, entónces, enfurecido, mata quantos perros se le llegan; y que, mientras corre, como no vaya herido, nunca se vuelve contra los cazadores ni los perros; pero que, si lo está, se arroja furioso sobre quien le ha tirado.

Don Alfonso, inteligentísimo en aquella caza, conoció, en la carrera de la bestia, que no podia alejarse mucho, y temió el mal tratamiento de sus perros. Corrió, pues, al galope detras del javalí, y le metió la lanza por una espaldilla, al pasar delante de las Damas; pero con el sobrado impulso que dió á la lanzada, echándose con fuerza sobre el cue-

llo de su caballo, perdió el equilibrio, y cayó en tierra. Iba ya el furibundo animal á arrojarse á Don Alfonso, á quien hubiera infaliblemente despedazado, si mi hermano, que seguia al Conde, no hubiese atravesado á la bestia de parte á parte con un dardo, dexándola como clavada en tierra, á unos dos pies del cuerpo de Don Alfonso. Horrorizáronse las Damas, gritáron, y se desmayó la Condesa de Leyva. Corrió mi hermano á un inmediato arroyuelo, trajo agua en la copa del sombrero, y roció con ella la cara de la desmayada Señora. El Conde, que no estaba herido, acudió al socorro de su muger, la tomó entre sus brazos, y la habló. La voz del Conde, y el gozo de verlo bueno y sano, contribuyéron á volverla en su acuerdo; pero pasáron dos ó tres dias antes de restablecerse del todo.

Vuelta la Condesa de su desmayo, cortó mi hermano la cabeza del javalí, tocó á muerte, y al sonido acudieron los demas cazadores, que estabamos dis-

tan-

tantes. Llegamos al campo de batalla quando cabalmente mi hermano subia hácia las Damas con la cabeza del javalí clavada en la punta de una lanza. Así que llegó, puso su trofeo á los pies de la Condesa de Leyva; y ésta lo abrazó, diciéndole: quanto poseo, y hasta mi propia vida, es poco para pagaros lo que os debo.—Y yo, Señora, replicó mi hermano, ¿qué gracias no debo dar á la Providencia por haber podido servir de algo á mi generoso patron?—Entónces lo abrazó estrechamente Don Alfonso, llamándolo su libertador.

Noticiosos nosotros de lo sucedido, felicitamos unánimemente al Conde de Leyva, y á mi hermano, al uno por haberse librado del peligro, y al otro por lo que puso de su parte para ello.

Volvimos á casa porque la Condesa de Leyva se sentia indispueta. Recibió mi hermano modestamente las muchas enhorabuenas que le diéron por su accion; y me dixo en particular, que, en toda su vida, no habia tenido mayor

gozo que el que tuvo quando libró del peligro á nuestro amado patrón.

Aconsejaron á la Condesa de Leyva que se metiese en la cama. Las otras Damas dixéron tambien que necesitaban descanso , así por la fatiga y el susto , como por haber madrugado tanto ; y en efecto se retiráron á descansar.

Don Pedro estuvo quatro dias en Leyva con nosotros. Antes de irse , convidó á todos á pasar una parte del verano en sus haciendas ; pero como le dixesen que debiamos marchar á Madrid á negocios de importancia , y que ya estaba señalado el dia de nuestra partida , exigió , á lo ménos , que las Damas fuesen allá con mi tío , y con Don Scipion , despues de nuestra salida , y que allí esperasen nuestro regreso. Instó tanto , que no se pudieron negar ; y pocos dias despues , dispuesto y arreglado ya todo para el viage , nos pusimos en camino para Madrid.

CAPITULO IV.

Llegada de Don Alfonso á Madrid.

Tuvimos un viage felicísimo, y fuimos á parar á un alojamiento muy acomodado, dispuesto de antemano por un criado de Don Alfonso. Tres dias nos mantuvimos sin salir; y, en este tiempo, envió mi padre á llamar á los mas hábiles Abogados para que le informaran de como debería portarse, á fin de hacerse conocer debidamente por el Conde de Ximenez.

Todos fueron de opinion que presentase un memorial al Rey en que expusiese sus títulos, y le suplicase la admision á la clase de *titulado*, á que podia aspirar por el derecho de su cuna: que, presentado este memorial, mandaria su Magestad pasarlo al Abogado general: que este consultaria sobre ello á los Consejeros del Rey, y á los Genealogistas: que exáminarian juntas todas las pruebas presentadas: que despues darian al Rey su dictámen;

men; y que, si su Magestad lo hallaba favorable, lo enviaria todo á las Cortes, para que lo reconociesen como titulado, y le concediesen las mismas prerrogativas que sus antepasados gozaron.

Por último, y para no cansar mas al lector con la materia de este asunto, diré, en pocas palabras, que mi padre suplicó al Rey; que fué introducido por el Duque de Osuna, á petición de Don Alfonso; y que presentó su memorial á su Magestad.

Los demas trámites de la pretension fuéron como los Abogados los indicaron. Pasáronse dos meses antes de que se pudiesen en limpio todas las pruebas, y de que se examinasen los diferentes títulos que estaban en los archivos. Despues se formó la relacion circunstanciada; y, como todo favorecia la pretension de mi padre, fué admitido á la clase y título de *Conde de Ximenez*.

Quando mi padre fué á besar la mano al Rey, logramos tambien mi hermano y yo la honra de ser presentados á su Magestad. Dignóse el Monarca de felicitar á

mi padre, y nos admitió benignamente. Cumplida esta obligacion, recibimos enhorabuenas de toda la principal Nobleza de Madrid.

El Rey, que se acordaba muy bien de mi padre, le dixo un dia, que queria gratificar al Conde de Ximenez con alguna muestra de su favor Real, y que así le daria la Cruz de Calatrava. Dió mi padre humildes gracias á su Magestad por la honra que le hacia; pero añadió, con mucho respeto, que, para que la gracia de su Magestad fuese completa, se dignase conceder el hábito á su hijo; porque él ya estaba en el último tercio de su vida, y, segun el órden de la naturaleza, tendria su hijo vida mas larga, y podria consagrarla al servicio de su Magestad. Pareció muy bien al Rey aquel testimonio de ternura paternal, y, pocos dias despues, concedió á mi hermano la Cruz de Calatrava.

¶ Miéntras mi padre estaba ocupado en sus negocios, tuvimos tiempo mi hermano y yo para hacer conocimientos. Iba-

mos á todas las tertulias , y apénas habia noche que no estuviésemos combidados para alguna diversion. Una, entre otras, que habiamos estado en casa del Conde de Torre-Leona , nos retiramos á casa á la una de la noche. A veinte pasos antes de llegar , divisamos , al resplandor de una linterna , que un criado nuestro llevaba detras del coche , á unos hombres que reñian , y vimos que eran tres contra uno que se defendia valerosamente. Mandamos parar el coche , y corrimos al socorro del que iba á ser arrollado por el número. Viendo aquello los agresores , se fuéron poco á poco retirando : dos de ellos fuéron los primeros á ceder ; y mi hermano envistió con el tercero , que hizo mas resistencia.

Como estabamos tan cerca de nuestra casa , avisó un lacayo lo que pasaba y pidió auxilio. Acudiéron al instante Don Alfonso y mi padre con otros criados ; y , como traian luces , dos de los agresores echáron á huir. El otro , herido ya por mi hermano en el pecho , fué facilmente

cogido. Lleváronlo á nuestra casa , y juntamente al Extranjero que habíamos socorrido , herido ligeramente en un lado.

Luego que llegó á casa se desmayó el Caballero. Envióse á llamar al Cirujano : no tardó en venir : visitó á los dos heridos ; y mandó que los metiesen en cama. Luego , encarándose con él mas peligrosamente herido , le dixo : os aconsejo que os dispongais á dexar el mundo , porque sería yo responsable de la perdicion de vuestra alma , si no os advirtiese que enviéis á llamar un Confesor , pues por ahora , á ménos de algun milagro , no comprehendo que podais escapar con vida. Seguidamente dixo al Caballero jóven, que su herida no era peligrosa , pero que convenia se mantuviese en cama bien abrigado.

El Caballero , que era muy mozo , y tenia trazas de hombre distinguido , nos pidió el favor de que enviasemos alguno á casa de Don Gerónimo Hisopillo , calle Mayor , á noticiarle que lo habíamos detenido , y que no lo esperase hasta la

mañana siguiente , sin decirle cosa alguna de lo sucedido ; porque temo , añadió , que mi madre se asuste , y quiera venir á incomodaros á esta misma hora.

El otro herido pidió con instancias un Confesor ; bien que , continuó diciendo , desconfio mucho de que me sea meritorio un arrepentimiento en la hora última , habiendo vivido tan pecaminosamente ; pero Dios es tan infinito en su misericordia como en sus demas atributos. Me llamo Angel de la Gamba. El hijo del Duque de Osuna es un vil : lo que siento es acabar á manos de un muchacho.

Confesolo un Padre de Santo Domingo , y recibió los últimos Sacramentos. A eso de las siete de la mañana , se sintió muy débil , y pidió al lacayo que lo asistia , que suplicase al amo de casa fuese á verlo , porque tenia que decirle.

Acudiéron al instante Don Alfonso y mi padre. — Muchas gracias os doy , Señores , dixo el herido al verlos , de la caridad que habeis exercido con el hombre mas malvado que han parido las madres.

dres. Veome ya en la hora de la muerte; y os aseguro que moriría con la conciencia mas sosegada, si ese indigno Don Cárlos..... no me hubiera precisado á seguirlo.—Nací en Roma, y exercité largo tiempo el oficio de valenton, esto es, de asesino. Por muchos años me liberté de las manos de la Justicia; pero, empenado una vez en asesinar á un cierto Don Pedro Patillos, sobrino del Embaxador de España en Roma, fuí descubierto, no sé como, preso y condenado.

Pero, por la intercesion de este mismo Señor, conseguí el perdon que no esperaba, ni merecia. Entré en mí mismo, miré con horror mi vida pasada, resolví firmemente abandonar un oficio tan detestable, y emplear lo restante de mis dias en arrepentirme de mis delitos. Mas ¡ay!..... Cumplí bien con mi resolucion hasta que, por mi desdicha, me conoció ese Don Cárlos quando pasó á Roma. Admitióme á su servicio, le seguí, y vine á esta Villa como la mariposa á la llama..... El jóven, que qui-

si-

simos asesinar ayer noche, aspiraba á casarse con Doña Isabel Marquina..... Don Carlos estaba enamorado de ella; y era su intencion lograrla por fuerza, sino podia por alhago..... ¡Ay de mí!..... ¡no puedo mas!..... ¡me muelo!..... Si Dios se apiada de mí..... pido.....—Y no pudo decir mas, porque murió al instante.

Quando volvió el Cirujano á visitar al jóven, lo encontró sin calentura, y lo esperanzó en que podria salir á los ocho dias; pues, aunque la herida era grande, profundizaba poquísimo.

De resultas de un recado de Don Gerónimo para saber de su hijo, tomó mi padre el coche, y fué á su casa.—Pasados los primeros cumplimientos, trajo insensiblemente la conversacion hácia el suceso de la noche pasada, y sacó diestramente del cuidado al padre, asegurándole, que la herida de su hijo era una friolera, y que el Cirujano lo daba por bueno en breves dias.

Don Gerónimo dió cordialísimas y repetidas gracias á mi padre, y la con-

versacion no fué larga, porque estaba ansioso de ver á su hijo. Para ello, suplicó á mi padre, que lo llevara en su compañía; lo que mi padre le otorgó gustosísimo. Miéntras hablaban, le pareció á mi padre haber conocido aquel Caballero en otra parte.— Al baxar la escalera, mandó este á un criado suyo, que hiciese poner su coche, y lo fuesen á buscar á casa del Conde de Ximenez, porque mi padre era ya conocido de todos con este título.

Pasó algun tiempo en compañía de su hijo Don Henrique, habló mucho con el Cirujano, dió nuevas gracias á mi padre, y le rogó que permitiera á su muger visitar á su hijo. Mi padre le dixo que era dueño de mandar en su casa quanto quisiese.— Con esto, pasó sin detencion á su casa Don Gerónimo, previno á su muger prudentemente sobre lo acaecido al hijo, la aseguró de que no estaba de peligro alguno, y la ponderó lo bien que lo habiamos asistido.— Todas estas buenas razones hicieron poquísima

impresion en el animo de la madre. Tanto se sobrecogió como si se le hubiera muerto el hijo.

Al instante vino á nuestra casa ; se arrojó á abrazar á su hijo ; lo bañó de lagrimas ; se mantuvo todo el dia á la cabecera de su cama ; y , aunque lo veía sin peligro , no admitia consuelo. Ofrecimosla caldo , ó chocolate , pero no hubo forma de que tomase cosa alguna. Quiso pasar la noche con su hijo Henrique ; pero el Cirujano la dixo , que su presencia y su pesadumbre retardarian la curacion de su hijo. Rindióse , en fin , á las razones de los Cirujanos , y á nuestros consejos ; y se retiró , dándonos palabra de que no volveria en quatro dias.

Miéntras estuvo en casa , mandó mi padre á un criado , que se informara de los de la Señora , si Don Gerónimo era Catalan. Con haberle dicho que era natural de Barcelona , y un Caballero de los mas ricos del Principado , así por sus bienes , como por los beneficios del Rey , se acordó mi padre de haberlo visto mu-

chas

chas veces en la Corte, quando estaba empleado en ella; é hizo memoria de sus sucesos.

Don Alfonso, juntamente con mi padre, diéron parte á la Justicia de lo acaecido. Transportáron el cádaver del asesino á la carcel; y, despues de las formalidades debidas, le condenáron los Jueces á ser colgado en un palo, á la orilla de un camino Real, declarándolo al mismo tiempo indigno de la sepultura.

La viuda del desventurado Angel de la Gamba se echó á los pies de Don Alfonso, y le rogó encarecidamente que empleara su crédito para que se revocase la sentencia dada contra el cuerpo de su difunto marido.

Don Alfonso la respondió, que no era cosa para conseguida; pero que la ofrecia cuidar de ella miéntras estuviesemos en Madrid; y que, ademas, no dudaba de la caridad de Don Pedro Patillos, que la asegurase pan para miéntras viviese; y que él mismo se la presentaria con este objeto.

La pobre desdichada (que por otra parte no estaba muy afligida de la muerte de un marido, que no podia acabar bien viviendo tan mal) aceptó gozosa los ofrecimientos de Don Alfonso. Lleváronla, pues, á casa de Don Pedro Patillos, quien la señaló una renta vitalicia, en agradecimiento del servicio que le hizo estando en Roma.

F I N.



La presente (que se ha de leer) que por sus
 partes no están muy diligidos de las muer-
 te de un marido, que no podía ser
 una (que se ha de leer) que por sus
 las extrinsecas de Don Alonso. Lin-
 vionia, por el de Don Pedro Pa-
 rillas, quien lo tenía en su poder
 en el matrimonio del servicio que le ha-
 zo estando en Roma.

F. I. N.









GR. WALLA

de Gal Bla

ce. Santilla

.ly²